MARK TWAIN

44

EL FORASTERO MISTERIOSO

colección rara avis

Mark Twain tardó trece años en escribir *44*, su novela sobre lo maléfico, la dejó terminada pero inédita cuando murió en 1910. Su albacea y su hija hicieron en 1916 una edición póstuma (titulada *El forastero misterioso*), en la cual suprimieron una cuarta parte del original y adjudicaron todas las maldades del villano (un cura) a un burdo personaje satánico inventado por ellos mismos. Esta edición rescata, un siglo después, el texto original y muestra a Twain en su máximo esplendor. Leerlo es ponerse en sus zapatos: uno puede deslizarse gozoso por su superficie como si patinara sobre hielo y al mismo tiempo ver con escalofríos los monstruos que yacen debajo de esa capa de hielo.

Mark Twain

44. El forastero misterioso

ePub r1.1
Titivillus 04.08.2025

Título original: *Nº 44, The Mysterious Stranger*
Mark Twain, 2018
Prólogo: Juan Forn
Traducción: Esther Cross
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Digitalización y OCR para Epublibre

Prólogo

Cuenta la leyenda que Mark Twain tenía un hermano gemelo en su infancia. Para diferenciarlos le ataban a cada uno una cinta a la muñeca de un color diferente. Un día los dejaron solos en la bañadera y uno se ahogó. El chapoteo en el agua había desatado las cintas, de manera que nunca se supo a ciencia cierta cuál de los dos había muerto. «Desde entonces no sé si yo soy yo o mi hermano», dicen que remataba siempre la anécdota él. Pero ya en vida de Mark Twain había tantas historias apócrifas sobre su persona que él no sólo comisionó a su propia hija que escribiera una biografía aclarando las falsedades (cuando ella tenía dieciséis años) sino que, para no ser menos, encaró él mismo la escritura de dos autobiografías, una para consumo estrictamente doméstico (de la que hizo una edición príncipe de dos ejemplares) y otra que dejó guardada bajo siete llaves, con la orden de que se publicara cien años después de su muerte. En el interín inspiró veinticinco biografías «serias», que se contradicen sin pudor, quizá para ser fieles a lo que él mismo declaró alguna vez: «Mark Twain es un hombre hecho de partes, pero no todas pertenecen al mismo rompecabezas».

Hasta sus fechas de nacimiento y muerte parecen uno de sus famosos epigramas (en 1909 había declarado: «Vine al mundo con el cometa Halley en 1835, espero irme con él cuando vuelva a pasar por la Tierra el año que viene», y efectivamente murió al año siguiente). A los doce años, luego de la muerte de su padre, el joven Samuel Clemens dejó la escuela y entró a trabajar como aprendiz en una imprenta, luego fue grumete en aquellos barcos de rueda que recorrían el Mississippi, y de ahí viene su seudónimo literario: su trabajo consistía en acostarse en la proa y medir la profundidad del

río con una soga y una plomada: «Mark Twain» («Marca veinte») era la manera de anunciar que las aguas eran navegables. Sabemos que evitó la Guerra Civil porque no quería pelear del lado de los esclavistas, que partió a Nevada tentado por su hermano, en plena fiebre del oro, y que ponerse a escribir fue el Plan B cuando fracasó el Plan A.

El periodismo le dio dinero y alta exposición. Los diarios se peleaban por sus crónicas, fueran sobre las fronteras del Oeste o Nueva York o Tierra Santa. En 1870 se casó con Olivia («Livy») Langdon, tuvo tres hijas y un varón que murió de difteria a los dos años. Con sus tres hijas y su esposa se mudó a un castillo en Hartford, Connecticut, que pagó con las ganancias de su libro *La edad dorada*, donde retrataba la codicia de los millonarios norteamericanos. A partir de entonces comenzó su propia edad dorada: publicó en rápida sucesión *Príncipe y mendigo, Aventuras de Tom Sawyer* y *Aventuras de Huckleberry Finn* (lo que llevó a William Faulkner a declarar, cincuenta años después: «Toda la literatura norteamericana viene de los bolsillos del chaleco blanco de Mark Twain») y también dio rienda suelta a su falta de criterio comercial: además de dilapidar gran parte de su fortuna financiando inventos que invariablemente fracasaban, llevó a la quiebra su propia editorial, algo que parecía imposible luego de los dos exitazos con que la había iniciado poco antes (su *Tom Sawyer* y las *Memorias* del general Grant).

Por esta razón, a los cincuenta y seis años debió salir de nuevo a los caminos, a dar conferencias y escribir para los diarios que le pagaran más. En 1891 aceptó una gira por Europa que le permitiría pagar sus deudas y rescatar su castillo. Partió con su esposa, sus hijas y una novela que estaba escribiendo. Ninguno de sus libros hasta entonces le había llevado más de seis meses; éste le llevaría trece años, puntuados por una serie de desgracias.

La idea inicial de Twain era contar una visita del joven Satán a la Tierra. Luego decidió que el joven Satán debía llegar al Mississippi y encontrarse con Tom Sawyer y Huck Finn. Dos veces abandonó la historia. La primera cuando su hija favorita, Susy, murió de meningitis en Hartford (había viajado a ver en qué condiciones estaba la casa familiar, porque Twain calculaba terminar de pagar su deuda en breve; la encontraron muerta en esa

misma casa, sola; dejó una carta ilegible de 47 páginas). Y la segunda cuando su esposa Livy murió en el palacio que alquilaban en Florencia (porque la propietaria del palacio, la condesa Massiglia, prohibió que la enferma yaciera en el dormitorio principal, por temor a futuros contagios).

Enloquecido de pena, furioso contra la religión en general y contra la Ciencia Cristiana en particular (su hija Susy se había puesto en manos de Mary Baker Eddy, la fundadora de la Christian Science), Twain reformuló la novela que estaba escribiendo: ahora no hablaba del Diablo sino sobre Lo Oscuro, aquello que yace en el fondo de todos nosotros, lo que vemos y lo que no vemos de nosotros mismos. Twain mezcló la idea del doble con lo autobiográfico y la picaresca con la mística: usando sus recuerdos juveniles como aprendiz de impresor (en inglés, *devil printer's*) y su estadía en Europa, ambienta su novela en un castillo de Austria, en los primeros tiempos de la imprenta, cuando la Inquisición aún castigaba con la hoguera todo lo que pareciese brujería. En ese castillo hay un taller de imprenta, adonde se presenta en las primeras páginas un misterioso aprendiz llamado 44.

Antes de partir a Europa, Twain se había fascinado con los hermanos siameses Chang y Eng cuando los vio en el circo Barnum & Bayley. En sus diarios imaginaba a uno borracho mientras el otro bebía, a uno pensando mientras el otro hablaba. Años más tarde, mientras escribía este libro, anotó en sus diarios: «Hay dos personas en nuestro interior: el que está despierto y el que aparece cuando dormimos, que se separa de nosotros y puede vagar por donde quiera, en busca quizá de la diversión que no nos permitimos durante la vigilia. Los actos y las palabras de una persona son sólo una ínfima parte de su vida. Su vida verdadera se da en su cabeza y ni siquiera esa persona la conoce. Todos los días, durante todo el día, el molino de su mente muele y tritura esa masa que bulle sin descanso mientras duerme».

De eso trata *44*, debajo de toda la parafernalia de época. Twain usó el libro como catarsis y como respiro de esa dolorosa catarsis: escondió, debajo de su proverbial encanto y maestría verbal, ese

fuego negro que bullía en su interior contra la superstición, la codicia, la esclavitud, la prepotencia del poderoso y la propia ignorancia. Leerlo es ponerse en sus zapatos: uno puede deslizarse gozoso por su superficie como si patinara sobre hielo y al mismo tiempo puede ver con escalofríos los monstruos que yacen debajo de esa capa de hielo.

Twain dejó inédito el libro después de ponerle punto final en 1908. Sus últimos días fueron difíciles: su hija menor, Jean, murió de epilepsia y su única hija sobreviviente, Clara, abrazó la Ciencia Cristiana y se casó por esa iglesia. Seis años después de la muerte de Twain, su albacea y Clara publicaron una versión del libro que tuvo más éxito en traducción que en su país de origen (en nuestro idioma se conoció con el título *El forastero misterioso*). Hubo que esperar que la última hija del escritor pasara a mejor vida, casi medio siglo más tarde, para que se supiera que aquella versión había sido cercenada y manipulada por el albacea, Albert Bigelow Paine, con la anuencia de Clara y la ayuda de un editor religioso llamado Frederick Duneka. Este suprimió el 25 por ciento del texto (las «profanidades» según él), inventó un personaje que era astrólogo y le adjudicó torpemente todas las acciones que en el libro realizaba el maligno cura Adolf y todas las sospechas sobre lo diabólico que estremecen a los cándidos personajes del libro.

Lamentablemente, cuando *44* por fin se publicó fue en una editorial universitaria muy seria de California: nadie ajeno al mundo académico se enteró, razón por la cual hasta el día de hoy son más los lectores que conocen *El forastero misterioso* que los que saben de la existencia de *44*. El último gran libro de Mark Twain lleva un siglo escondido debajo de una copia vil, que huele a santurronería y a humo de Inquisición. De manera que es un acto de justicia, además de una celebración, darlo por fin a conocer, en esta impecable traducción de Esther Cross.

JUAN FORN

(Conocí la historia de 44 una noche de tormenta en Gesell. Me la contó, por mail, un ser único que tenemos en este pueblo, llamado Miguel Berger. Miguel es un sabio silencioso, pero a veces lo rebelan ciertas cosas, y se ve que esa noche pasó eso. Así que esta edición de 44 está dedicada a tu santa furia, Miguel).

Title-page.

No. 44.

The Mysterious Stranger

Being an Ancient Tale found in a Jug, & freely translated from the Jug

by

Mark Twain

Manuscrito de Mark Twain para la página del título.

44
El forastero misterioso

Antiguo relato hallado en un jarro y contado a boca de jarro

Capítulo 1

Fue en el invierno de 1490. Austria estaba alejada del mundo, y dormida. La Edad Media continuaba y prometía quedarse para siempre. Algunos retrocedían unos cuantos siglos más y calculaban que, según el reloj mental y espiritual, Austria estaba todavía en la época de las Cruzadas. Pero lo decían sin ofender, como un elogio, y nosotros lo tomábamos bien y nos sentíamos halagados. Me acuerdo perfectamente aunque sólo era un niño. Y también recuerdo cuánto me gustaba.

Sí, Austria estaba alejada del mundo, y dormida, y nuestra aldea se encontraba en medio de ese sueño porque estaba en el centro de Austria. Descansaba tranquila, aislada en la soledad profunda de las montañas y los bosques, donde las noticias del mundo casi nunca alcanzaban a perturbar sus sueños, y era inmensamente feliz. A sus pies fluía el río apacible, con las aguas pintadas por las formas de las nubes y los reflejos de los grandes botes y las barcazas que pasaban. Detrás se alzaba una pendiente arbolada que llegaba hasta el fondo de un elevado precipicio. En la cima del precipicio se asomaba, amenazante, el gran castillo de Rosenfeld, con sus torres y bastiones cubiertos de enredaderas. Al otro lado del río, había una extensión irregular de colinas tapizadas de bosques, surcada por desfiladeros sinuosos, nunca tocados por el sol. A la derecha había un precipicio que daba al río, y entre éste y las colinas se abría una vasta llanura salpicada por casas emplazadas entre huertas y árboles frondosos.

La región abarcaba varios kilómetros y había sido heredada por el príncipe Rosenfeld. Sus sirvientes mantenían el castillo en perfectas condiciones para vivir aunque ni él ni su familia venían más de una vez cada cinco años. Cuando venían, era como si llegara

el señor del mundo y trajera con él las glorias de su reino. Cuando se iban, dejaban una calma parecida a la del sueño profundo que sigue a las orgías.

Eseldorf[1] era un paraíso para los niños. No nos molestaban demasiado con los estudios. Nos educaban, más que nada, para que fuéramos buenos católicos y veneráramos a la Virgen, la Iglesia y los Santos por sobre todas las cosas; para que reverenciáramos al Monarca con temor sagrado, lo nombrásemos con el corazón en la boca, nos descubriésemos ante su imagen y reconociéramos que él era el bondadoso proveedor de nuestro pan de cada día y de todas las bendiciones terrenales porque nosotros habíamos venido al mundo para cumplir con la misión de trabajar por él, sangrar por él y, si era necesario, morir por él. No pretendían que supiéramos mucho más, y de hecho no nos dejaban. Los curas decían que el conocimiento no era bueno para la gente común porque podía conducir a la disconformidad con los designios de Dios, y que Dios no toleraba la disconformidad con Sus planes. El Obispo se lo había dicho a los curas, así que era cierto.

La disconformidad estuvo a punto de dejar en la ruina a Gretel Marx, la viuda del lechero, que tenía dos caballos y un carro y llevaba leche a la feria del pueblo. Una mujer husita[2] de nombre Adler vino a Eseldorf y se dedicó a embaucar a la gente. Primero convenció a algunos ignorantes y estúpidos para que fueran en secreto de noche a su casa y escucharan «el *verdadero* mensaje de Dios», como decía ella. Era una mujer astuta y seleccionó a los pocos que sabían leer. Los aduló, les hizo creer que eso demostraba su inteligencia y que sólo los inteligentes podían entender su doctrina. Llegó a reunir a diez y los fue envenenando noche a noche en su casa con sus herejías. Les entregó los sermones husitas, todos por escrito, para que los guardaran, y los convenció de que leerlos no era pecado.

Un día pasó el padre Adolf y encontró a la viuda Marx sentada a la sombra del castaño que había junto a su casa, leyendo estas iniquidades. El padre Adolf era un sacerdote gritón, ferviente y enérgico, y trataba de ganar renombre porque quería llegar a ser obispo. Se lo pasaba espiando y vigilando atentamente los rebaños ajenos y los propios. Era disoluto, profano y maligno pero en general se pensaba que, de no ser por eso, era un buen hombre. Y

tenía talento, sin duda. Era un orador elocuente y vivaz. Podía decir cosas sumamente mordaces e ingeniosas, y a veces medio vulgares —esto lo decían sus enemigos y era tan cierto de él como de otros, pero el padre Adolf integraba el consejo de la aldea, donde actuaba como amo y señor y hacía todo tipo de tramoyas para salirse con la suya, así que los otros se vengaban poniéndole sobrenombres en secreto. Le decían «toro de pueblo», «buscapleitos» y cosas por el estilo, como era de esperarse, porque cuando alguien se mete en política se mete en un nido de víboras, como dice el refrán.

El padre Adolf venía caminando por el sendero, luego de beberse varios jarros. Se sentía bien y canturreaba «alabemos al vino y a las doncellas» con su voz potente de bajo, cuando vio a la viuda Marx concentrada leyendo su libro. Se detuvo frente a ella y se quedó ahí, balanceándose y mirándola de refilón con sus ojos saltones. Su cara roja y gorda estaba transpirada. Hizo una mueca de disgusto y dijo:

—¿Qué tiene ahí, Frau Marx? ¿Qué lee?

Ella le mostró. Él se inclinó y echó un vistazo, después le arrancó los escritos de la mano y ordenó con ira:

—¡Quémelos, quémelos, idiota! ¿No sabe que leer esto es pecado? ¿Quiere condenar su alma? ¿De dónde los sacó?

Cuando ella le contó, el padre Adolf dijo:

—Es lo que pensé. Ya me voy a ocupar de esa mujer. Le voy a hacer la vida imposible. Usted va a sus reuniones, ¿verdad? ¿Y qué le enseña, le enseña a adorar a la Virgen?

—No, sólo a Dios.

—Lo sabía. Usted se va a ir al infierno. La Virgen va a castigarla por esto. Acuérdese de lo que le digo.

Frau Marx se asustó. Quiso justificarse, pero el padre Adolf le dijo que cerrara la boca y siguió atormentándola. Le contó lo que le haría la Virgen hasta que, a punto de desmayarse de miedo, ella se arrodilló y le rogó que le dijera qué hacer para que la Virgen la perdonara. El padre Adolf le impuso una dura penitencia, la sermoneó un poco más y después retomó su canto donde lo había interrumpido y se alejó balanceándose en zigzag.

Pero la viuda Marx reincidió a la semana y volvió una noche a la reunión de Frau Adler. ¡Cuatro días después, exactamente, murieron sus dos caballos! Corrió a ver al padre Adolf, arrepentida y desesperada. Gritaba y lloraba, decía que estaba en la ruina y que se

moriría de hambre porque, ¿cómo podría vender ahora su leche? ¿Qué tenía que hacer? Por favor que el padre Adolf le dijera qué hacer.

—Le dije que la Virgen la castigaría, ¿no? ¡Por Dios! ¿Creyó que mentía? La próxima vez me va a hacer caso, estoy seguro.

Entonces le dijo lo que tenía que hacer: encargar un retrato de los caballos, peregrinar hasta la Iglesia de Nuestra Señora de las Bestias, colgarlo y hacer sus ofrendas. Después tenía que regresar a casa, vender los cueros de los caballos, comprar un billete de lotería con la fecha de sus muertes como número y esperar pacientemente la respuesta de la Virgen. La respuesta llegó a la semana, cuando la viuda Marx ya se moría de desesperación. ¡El billete ganó mil quinientos ducados!

Así es como la Virgen recompensa una verdadera contrición. La viuda Marx no volvió a reincidir. Estaba tan agradecida que habló con las otras mujeres, les contó su experiencia para que entendieran que eran unas pecadoras y unas tontas y que estaban en peligro. Ellas arrojaron sus sermones al fuego, volvieron arrepentidas al seno de la Iglesia y Frau Adler tuvo que llevarse su ponzoña a otra parte. Fue la mejor lección, la más sana que recibió nuestra aldea. Se prohibió la entrada a los husitas y la Virgen, como recompensa, veló por la aldea, la cuidó personalmente y le brindó fortuna y prosperidad.

Cuando presidía funerales, el padre Adolf estaba en su esplendor, siempre que no tuviera demasiadas copas encima, sólo las necesarias para apreciar la sacralidad de su oficio. Era hermoso verlo desfilar con su procesión por la aldea, entre las filas de acólitos arrodillados, con un ojo puesto en las velas que brillaban amarillas al sol para asegurarse de que todos las mantuvieran en alto, y el otro ojo atento por si algún pobre idiota se distraía y se quedaba mirando sin descubrirse cuando pasaba la Hostia Consagrada. Entonces el padre Adolf le arrancaba el sombrero de la cabeza con un manotazo, con ese mismo sombrero le propinaba un golpe en la cara que lo dejaba tambaleando y gruñía:

—¿Dónde están tus modales, animal? ¡Está pasando el Señor Dios!

Cuando había un suicidio, el padre Adolf entraba en funciones para ocuparse de que el gobierno cumpliera con su deber y echara a la familia a la calle, confiscara sus pocas pertenencias y no se quedara con nada de lo que le correspondía a la Iglesia. También estaba ahí a la medianoche, cuando enterraban el cuerpo en un cruce de caminos —no para encargarse del oficio religioso, claro, porque eso estaba prohibido, sino para asegurarse personalmente de que la estaca atravesara el cuerpo del suicida y quedara bien clavada, como correspondía.

Igual de impresionante era cuando desfilaba por la aldea en tiempos de plaga y ofrecía plegarias y velas a la Virgen con las reliquias de nuestros Santos en su cofre enjoyado, a cambio de ayuda para terminar con la peste. Y, por supuesto, cada 9 de diciembre, el padre Adolf se presentaba en la cabecera del puente, para la Ofrenda al Diablo.

Nuestro puente de piedra era hermoso y macizo, tenía cinco arcos y setecientos años. Lo construyó el mismo Diablo en una sola noche. El prior del monasterio lo contrató para que lo hiciera, y le costó convencerlo porque el Diablo le dijo que había construido puentes para curas en toda Europa pero siempre lo habían estafado con el pago así que, si esa vez le hacían trampa, no volvería a confiar en ningún cristiano. Hasta entonces, cuando el Diablo construía un puente, había que pagarle entregándole el primer pasajero que lo cruzara. Todo el mundo sabía que el Diablo se refería a un cristiano. Pero como no lo *decía*, siempre mandaban primero un burro o un pollo o cualquier otro pasajero libre de cargo y culpa, y el Diablo salía perdiendo. Pero esa vez dijo *cristiano* y lo escribió él mismo en el contrato para que no hubiera ningún malentendido.

No es una leyenda; es historia, yo mismo vi el contrato muchas veces. Lo exhibían siempre el día de la Ofrenda al Diablo y lo llevaban hasta la cabecera del puente con la procesión. El que pagaba diez groschens podía verlo, además de obtener la absolución de treinta y tres pecados. En esos tiempos todo era más fácil que ahora y los pecados salían más baratos, tan baratos que todos, a excepción de los más pobres, podían costeárselos. Así eran los buenos tiempos pero ya se han ido y, según dicen, no volverán.

Cuando el Diablo ofreció su contrato, el prior dijo que todavía

no levantaran el puente pero que en breve concertaría la fecha —en una semana, quizás. Había en esos días un viejo monje que se debatía entre la vida y la muerte, y el prior pidió a quienes velaban por el moribundo que estuvieran atentos y le avisaran cuando vieran que el monje se moría en serio. Cerca de la medianoche del 8 de diciembre los veladores le avisaron, él convocó al Diablo y empezó a erigirse el puente. El prior y los hermanos se quedaron despiertos toda la noche y rezaron para que el moribundo recibiera fuerzas para levantarse y cruzar el puente al amanecer —las fuerzas necesarias, pero no demasiadas.

Las plegarias fueron atendidas y provocaron una conmoción tan grande en el cielo que todos los habitantes celestiales se despertaron antes del amanecer y se asomaron a mirar: nubes y nubes de ángeles colmaban el aire sobre el puente. El monje moribundo cruzó a los tumbos, apenas le alcanzaron las fuerzas para llegar al otro lado y cayó muerto, justo cuando el Diablo se adelantaba para apresarlo. El alma del difunto se escapaba pero los ángeles se abalanzaron y se la llevaron volando al cielo, entre risas y burlas, y Satán descubrió que se había quedado con un cadáver inútil en las manos.

Se enojó muchísimo y acusó al prior por el engaño. «*Esto* no es un cristiano», dijo. Pero el prior le contestó: «Sí que lo es; es un cristiano *muerto*». Entonces el prior y todos los monjes cruzaron el puente haciendo reverencias. Fingían dedicárselas al Diablo, para tranquilizarlo y reconciliarse con él, pero en realidad era para burlarse y desafiarlo. El Diablo los maldijo mientras ellos se reían sin parar. Después levantó una tormenta oscura de truenos, relámpagos y viento y salió volando, pero se le enganchó el aguijón de la punta de su cola en un alero del puente y dejó una grieta que quedó por los siglos de los siglos, como una prueba de lo que había hecho. Yo mismo la he visto miles de veces. Esas cosas son más elocuentes que los testimonios escritos porque los testimonios escritos pueden mentir, a menos que hayan sido asentados por un sacerdote. La falsa Ofrenda al Diablo se repite todos los 9 de diciembre hasta hoy, en conmemoración de esa idea bendita del prior, que así nos dio un puente y rescató a un alma cristiana amenazada por el Enemigo odioso de la humanidad.

Es cierto que el padre Adolf tenía sus defectos y que había curas preferibles en varios aspectos, pero en el pueblo lo respetaban y reverenciaban más que a ninguno porque él no le tenía miedo a Satán. Era el único cristiano que conocí del que realmente podía decirse eso. Las personas lo miraban con temor y pensaban que era tan valiente y osado porque tenía algún poder sobrenatural. Todos los hombres reprueban severamente al Diablo pero lo hacen en tono respetuoso, sin impertinencia. El estilo del padre Adolf era muy distinto: le decía las cosas más viles y obscenas que se le ocurrían y quienes lo oían se quedaban temblando. Hasta se refería al Maligno con resentimiento y sorna. Entonces la gente se persignaba y le rehuía por temor a que les pasara algo temible. Era lógico porque, a pesar de lo que se diga de él, Satán es un personaje sagrado: lo mencionan en la Biblia y es mejor no pronunciar los nombres santos en vano, no vaya a ser que en el Cielo no les guste.

De hecho, el padre Adolf se encontró más de una vez cara a cara con Satán y lo desafió. Se sabe que fue así. Lo contó el mismo padre Adolf. Nunca lo mantuvo en secreto, lo decía abiertamente. Y había pruebas de que decía la verdad, al menos una de las veces, porque en esa ocasión peleó con el Enemigo, le arrojó intrépidamente un jarro de vino y la mancha rojiza quedó ahí, en la pared de su estudio, donde hizo impacto y se rompió.

Pero el cura que nosotros más queríamos y que más lástima nos daba era el padre Peter. El obispo lo había suspendido por andar diciendo que Dios era todo bondad y que encontraría una manera de salvar a *todos* sus pobres hijos humanos. Era algo terrible, no se hallaron pruebas contundentes de que el padre Peter lo hubiera dicho y además no iba con su personalidad porque era un buen cristiano, siempre fue bueno, gentil y sincero y se limitaba a predicar desde el púlpito exactamente lo que la Iglesia requería y nada más. Cuando lo acusaron no fue por decirlo en el púlpito (en ese caso toda la congregación habría escuchado y testificado) sino afuera, en una conversación, y a sus enemigos les resultó fácil inculparlo. El padre Peter lo negó pero no importó. El padre Adolf quería quedarse con su puesto y le juró al obispo que alcanzó a oír al padre Peter cuando se lo decía a la sobrina mientras él escuchaba detrás de la puerta —porque sospechaba de la integridad del padre Peter, dijo, y los intereses de la religión requerían que él espiara.

Gretchen, la sobrina, lo negó y le imploró al obispo que le creyera y salvara a su viejo tío de la pobreza y la desgracia, pero el padre Adolf venía envenenando en secreto al obispo contra el anciano desde hacía tiempo, y el obispo se negó a escuchar a Gretchen porque admiraba mucho la valentía con que el padre Adolf enfrentaba a Satán cara a cara, y eso lo tenía sometido. El obispo suspendió al padre Peter por tiempo indefinido, aunque no se animó a excomulgarlo basándose en la evidencia de un solo testigo.

Ya hacía un par de años que no teníamos al padre Peter y el padre Adolf se había quedado con su rebaño. Fueron años duros para el viejo sacerdote y para Gretchen. Habían sido los favoritos del pueblo pero eso cambió, por supuesto, cuando cayeron en desgracia ante el obispo. Muchos de sus amigos se apartaron totalmente y el resto se mostraba frío y distante. Gretchen era una chica adorable, que tenía dieciocho años cuando empezaron los problemas. Era la más inteligente de la aldea y lo aprovechaba al máximo. Enseñaba el arpa y pagaba su ropa y su pan con su propio trabajo. Pero ahora los alumnos se le iban uno tras otro. Los jóvenes de la aldea se olvidaban de ella cuando organizaban fiestas y bailes. Todos los muchachos dejaron de ir a su casa, menos Wilhelm Meidling —que tampoco hacía la gran diferencia. Gretchen y su tío vivían tristes y afligidos en su desgracia y abandono, y la luz del sol había dejado sus vidas. En esos dos años, las cosas fueron empeorando. La ropa se gastaba, cada día era más difícil ganarse el pan. Y ahora, para rematarla, había llegado el fin: Solomon Isaacs, que les había prestado dinero con la casa de ellos como garantía, acababa de notificarles que al día siguiente tendría que ejecutar la hipoteca.

Capítulo 2

Yo conocía bien la vida de la aldea pero me había ido un año antes, para dedicarme a aprender un oficio. Estaba en un lugar más extraño que agradable. Ya hablé del castillo de Rosenfeld. También mencioné el precipicio que daba al río. Sobre ese precipicio se desplegaba la mole de torres y almenas de otro castillo —prodigioso, cubierto de enredaderas, bello y señorial, pero prácticamente en ruinas. El linaje de sus dueños se había extinguido luego de siglos; hacía cien años que no vivía en él ningún descendiente. Pero el edificio era firme y gran parte de él todavía era habitable. Los estragos del tiempo y el abandono eran menos patentes por dentro que por fuera. La verdad es que las grandes habitaciones, los vastos corredores, los salones de baile, los comedores y la recepción en general tenían un aspecto deprimente, estaban despoblados y llenos de telarañas, pero las paredes y los pisos se hallaban en condiciones aceptables y se podía vivir adentro. En algunas habitaciones quedaban muebles antiguos y deteriorados, y por eso parecían más tristes que los grandes ambientes vacíos.

El viejo castillo no estaba del todo exento de vida. Hacía muchos años, su dueño, el príncipe soberano del río, había dado permiso para que mi señor y su gente se instalaran en una parte pequeña, en el centro del edificio. El castillo podía albergar a mil personas y este puñado de individuos se perdía en su interior como el nido de una golondrina en un acantilado.

Mi señor era tipógrafo. Su arte contaba con sólo treinta o cuarenta años de vida, y era aún prácticamente desconocido en Austria. Sólo unas cuantas personas habían visto una página impresa en nuestra alejada comarca, muy pocas tenían una idea clara del arte de la imprenta y eran menos las que sentían interés o

curiosidad por él. Pero de todas maneras teníamos que manejarnos con un poco de discreción, por la Iglesia. La Iglesia se oponía al abaratamiento de los libros y la divulgación indiscriminada del conocimiento. Los aldeanos no le daban importancia a nuestro trabajo y no se metían. No publicábamos nada para ellos ni imprimíamos nada que pudiesen leer, porque ignoraban las ciencias abstrusas y las lenguas muertas.

Éramos una familia mixta. Mi señor, Heinrich Stein, era corpulento, de porte grave y digno. Tenía una cara ancha y benévola, y ojos tranquilos y profundos. Era un hombre paciente, podía tolerar mucho antes de enojarse. Su cabeza calva estaba circundada por un halo de pelo blanco y sedoso. Llevaba la cara siempre bien afeitada, sus ropas eran buenas y elegantes pero no lujosas. Era un erudito y un soñador y un pensador. Le encantaba aprender y estudiar. Si Dios lo hubiese permitido, se habría sumergido de lleno en los libros día y noche, sin prestar atención a su entorno. Su complexión era más juvenil que su cabello. Le faltaban pocos años para cumplir los sesenta.

Su esposa controlaba gran parte de su entorno. Estaba entrada en años y era alta, flaca y plana como una tabla. Tenía una lengua activa y feroz, un alma diligente y diabólica y más religión encima que lo aconsejable, teniendo en cuenta la calidad de su religión. Era ambiciosa y creía que había un tesoro escondido en algún rincón de las profundidades oscuras del castillo. Eso la tenía de acá para allá y como también trataba de que los pecadores que se cruzaban en su camino se acercaran a Dios, se las ingeniaba para ocupar el tiempo, salvar su vida del aburrimiento y que su alma no cayera en la tentación.

Sobre el tesoro había una vieja leyenda y además estaba lo que decía Balthazar Hoffman, que había venido de lejos y era un mago muy renombrado aunque trataba de ocultarlo porque prefería, como todos, que la Iglesia no lo quemara en la hoguera. Vivía con nosotros a cambio de techo y un salario modesto y trabajaba con las constelaciones para encontrar el tesoro. Tenía un buen puesto: si las constelaciones no le respondían, no iba a quedarse sin trabajo porque lo había contratado Frau Stein y creía en él con la misma fe resistente que profesaba por todo lo que le importaba. Puertas adentro, Balthazar Hoffman se sentía protegido y se vestía como los

egipcios y los magos. Se paseaba majestuoso, envuelto en terciopelo negro bordado con las estrellas, lunas, cometas y soles de plata que simbolizaban su oficio, y en la cabeza llevaba un bonete con esos mismos símbolos resplandecientes. Cuando salía de vez en cuando del castillo se sacaba el traje, por las dudas, y se vestía como cualquiera, con un aspecto de cristiano tan logrado que el mismo San Pedro lo hubiera dejado entrar en sus dominios como si nada y hasta le hubiera preguntado si se le ofrecía tomar algo. Nosotros le teníamos miedo, como era lógico —lo nuestro era humillante—, aunque Ernest Wasserman aseguraba que él no le temía. No lo decía en público porque Ernest Wasserman hablaba mucho pero tenía un don que nunca le fallaba: sabía cuándo hacerlo. Si le daban pie, contaba que ni siquiera le tenía miedo a los fantasmas. Y no sólo eso: tampoco creía en ellos. Es decir, *decía* que no creía en ellos. La verdad es que era capaz de decir cualquier estupidez con tal de lucirse.

Pero volvamos a Frau Stein. Este hábil demonio era la segunda esposa del señor. Antes había sido la viuda de Vogel. Trajo a la familia de nuestro señor una criaturita de su primer matrimonio, que ahora tenía diecisiete años y era insufrible porque era una segunda edición de su madre —una simple prueba de galera sin revisar ni corregir, llena de letras invertidas, fuentes equivocadas, repeticiones y omisiones: una «empastelada»[3] como decimos en la imprenta, para hablar sin tapujos y sin forzar los hechos, aunque en su caso se justificaría forzarlos porque ella los forzaba sin reparos cuando le convenía. Moses Haas decía que si ella tenía que meter un doble espacio en una situación donde apenas cabía un espacio simple, se salía con la suya aunque tuviera que ayudarse con el martillo. ¿No es genial? ¿No la describe al pie de la letra? Bueno, Moses decía esas cosas, era malicioso como el demonio pero brillante y rápido como una luciérnaga cuando quería. Sabía hacerse odiar y era un usurero. Pero estaba hablando de esa hija del primer matrimonio, que conservaba su nombre de nacimiento —María Vogel— por elección suya y de su madre. Las dos se jactaban del apellido sin motivo, o por motivos que inventaban ellas mismas de vez en cuando para darse aires. Quizás algunos Vogel se habían distinguido, sí, pero por salvarse de la horca, según Moses, así que nadie le daba mucha importancia a lo que contaban madre e hija.

María Vogel era enérgica, vivaz, bien proporcionada y charlatana. No era bonita, de no ser por sus ojos, que adquirían distintos brillos de acuerdo al humor del momento: brillo opalino, brillo zorruno, brillo infernal y demás. En términos generales, no era temerosa. A lo mejor no le tenía miedo a nada, o sólo le temía a Satán, a los fantasmas, a las brujas, al cura y al mago, aunque creo que también le tenía un poco de miedo a Dios en la oscuridad y a los relámpagos cuando había blasfemado y no había tenido tiempo de arreglar cuentas rezando un par de avemarías. Despreciaba a Marget Regen, la sobrina del señor, y también a la madre de Marget, Frau Regen, la hermana del señor, una viuda sin recursos que estaba postrada en cama. Estaba enamorada, en cambio, de Gustav Fischer, el oficial tipógrafo grandote, rubio, apuesto y de buen corazón, y creo que odiaba imparcialmente al resto de la tribu. Gustav no le correspondía.

Marget Regen tenía la edad de María Vogel: diecisiete. Era ágil, elegante y delgada como un pez. Era rubia y tenía los ojos celestes. Era suave, dulce, inocente y retraída, atractiva, gentil y bella. Era un deleite para los ojos, venerable, adorable y encantadora, pero no estaba en su elemento: era un gatito entre las fieras. También ella era una segunda edición de lo que había sido su madre a su edad, pero de composición tan impecable que no necesitaba prueba de corrección, como decimos en la imprenta. En cuanto a su madre, esa pobre y débil madre, ya estaba postrada, semiparalizada, cuando era una viuda joven y adorable y su hermano, mi señor, se empeñó en traerla con su hijita. Las recibieron bien, sin importar ni su pobreza ni su inferioridad de condiciones, y fueron felices durante tres años enteros.

Pero entonces llegaron la esposa nueva con su mocosa y empezaron los cambios. La nueva esposa no pudo vencer el cariño que el señor sentía por su hermana ni sacarla de la casa, pero logró lo demás: en cuanto tuvo dominado al señor, se encargó de que él fuera espaciando las visitas que hacía a la recámara de su hermana, hasta que dejaron de ser frecuentes. Las compensaba yendo frecuentemente ella misma a gozar a la viuda, como quien dice.

Después estaba la vieja Katrina, cocinera y ama de llaves. Sus antepasados habían servido a la familia Stein y a nadie más durante cuatro generaciones. Tenía setenta años y había atendido al señor

desde que ella era una niñita y él un bebé envuelto en pañales. Medía un metro ochenta de altura, tenía el porte y el andar de un soldado, era independiente y autoritaria y sus temores se limitaban a lo sobrenatural. Estaba convencida de que podía mandonear a todos y, en cuanto le daban pie, aprovechaba encantada. Defendía los alcances de su lealtad con afecto y veneración, aunque no la extendía más allá de «su familia»: el señor, la hermana del señor y Marget. Para ella, Frau Vogel y María eran intrusas, y lo decía abiertamente. Katrina tenía dos robustas asistentes a su servicio, Sara y Lanas (que era un sobrenombre). Además tenía un mucamo, Jacob, y un portero, Fritz.

Y luego teníamos las fuerzas de la imprenta, que paso a enumerar.

Adam Binks, sesenta años, maestro licenciado, corrector de pruebas, pobre, desilusionado, hosco.

Hans Katzenyammer[4], treinta y seis años, tipógrafo, oficial mayor, enorme, pecoso, pelirrojo, rudo, peleador cuando se emborrachaba. Se emborrachaba siempre que se presentaba la ocasión.

Moses Haas, veintiocho años, tipógrafo, sólo preocupado por sí mismo, propenso a decir cosas mordaces sobre las personas y a las personas. Un fulano nada agradable, que se sepa.

Gustav Fischer, veintisiete, tipógrafo, grandote, fornido y bien proporcionado, callado, valiente, amable, justo e imparcial, con un carácter lento para entrar en calor pero ardiente cuando se ponía en marcha. Se hallaba casi tan fuera de lugar como Marget. Era el mejor del grupo y merecía mejores compañeros.

Ernest Wasserman, diecisiete años, aprendiz, fanfarrón, malicioso, odioso, cobarde, mentiroso, cruel, falso, traicionero. Él y Moses se sentían parcialmente atraídos por el otro, cosa lógica porque compartían unos cuantos rasgos de la escala más baja de rasgos.

Barty Langbein, quince años, el chico de los mandados, tullido, de espíritu alegre, cariñoso, podía tocar el violín.

Y por último, August Feldner, dieciséis años, aprendiz; que soy yo.

Capítulo 3

No nos faltaban comodidades, leña y albergue entre ellas. Teníamos espacio de sobra, habitaciones grandes o pequeñas para todos —cada uno elegía a su antojo y, si quería, podía cambiar. Nuestra cocina era una sala amplia que estaba encima de la enorme y amenazante entrada del castillo. Por la ventana se veían los bosques empinados y la llanura lejana hacia el Sur.

La cocina daba a una gran sala con la misma vista. La usábamos de comedor, cantina, cuadrilátero, en fin: era el salón familiar. Sobre la vasta chimenea, flanqueada por columnas estriadas, había una gran repisa de granito, tallada con esmero. Cuando en su interior ardía un manojo de leña y afuera la nieve se encrespaba formando remolinos, era el lugar ideal para ponerse cómodo, relajarse y divertirse, pero también para que circularan las insidias, sobre todo después de la cena, con el trabajo del día cumplido. La tribu no tenía la costumbre de irse temprano a dormir.

Las dependencias de los Stein se encontraban pasando esta sala hacia el Este. Las de Frau Regen y Marget también estaban en el mismo sector pero hacia el Oeste, más allá de la cocina. Las habitaciones del resto de la manada se hallaban en el mismo piso pero al otro lado del gran atrio principal —en el sector Norte, que se elevaba sobre el precipicio y el río. La imprenta estaba alejada, oculta en las alturas de la torre circular. Las visitas no eran bienvenidas y, si trataban de llegar sin un guía, acababan por rendirse y darse cuenta de que la próxima vez sería mejor avisar.

Un día frío, cuando terminábamos de almorzar, se presentó en la puerta del castillo un joven de aspecto muy triste, de unos diecisiete años. Se quedó ahí, tímido y humilde, sin arriesgarse a dar un paso. Su ropa, ordinaria y vieja, estaba hecha jirones y rociada de nieve;

sus zapatos eran retazos de sarga atados con cuerdas sobre los tobillos. Nuestra discusión se interrumpió de golpe y todos los ojos se posaron sobre la aparición: los del señor, los de Marget y Gustav Fischer y Barty Langbein, compasivos y bondadosos, los de Frau Stein y el resto, con distintos grados de desdén y hostilidad.

—¿Qué se te ofrece? —dijo la Frau, tajante.

El joven estaba avergonzado. Tenía los ojos clavados en el piso y retorcía con timidez la gorra gastada que se había sacado de la cabeza. Respondió, sumiso:

—No tengo amigos, amable señora, ¡y estoy muy, *muy* hambriento!

—¿Estás *muy* hambriento? —lo imitó ella— ¿Y quién te invitó? ¿Cómo entraste? ¡Será mejor que te vayas!

Se incorporó como para ayudarlo a irse con sus propias manos. Pero Marget se puso de pie al mismo tiempo, con su plato en la mano y un pedido en los labios:

—¿Me permite, señora?

—¡No! ¡Quédate sentada! —ordenó la Frau.

La cara del señor estaba colmada de piedad. Había abierto los labios para decir algo, sin duda amable, pero los cerró, desalentado. La vieja Katrina se acercó desde la cocina y se plantó en la puerta, evaluando la situación. Cuando el joven ya se daba vuelta para irse, lo llamó:

—¡Muchacho! En mi cocina hay lugar y también hay para comer.

—¡Cierra la boca, insolente! ¡No te metas donde no te llaman, es mejor que te atengas a tus funciones! —gritó la Frau, mientras se ponía de pie y se dirigía a Katrina. Al ver que el joven permanecía en su sitio, paralizado de terror, y que Katrina se acercaba a él a grandes pasos, giró sobre sí misma y le dijo al marido: —¡Tienes que imponerte, señor Stein! ¿Vas a permitir que una sirvienta desafíe a tu propia esposa?

El señor dijo:

—No sería la primera vez —y no parecía molesto.

Katrina pasó indiferente frente a su señora, le tendió la mano al chico y se lo llevó a su fortaleza. Desde la puerta dijo:

—Si alguno de ustedes quiere a este chico, que venga a buscarlo.

Al parecer nadie estaba dispuesto a pagar semejante precio, así

que nadie se movió. La charla se reinició enérgicamente y de inmediato. Frau Stein quería que echaran al intruso lo antes posible. Que lo alimentaran primero, en todo caso, si era cierto que el joven estaba tan hambriento como decía, aunque probablemente había mentido porque tenía todo el aspecto de un mentiroso. No se merecía que lo hospedaran porque podía ser un asesino y un ladrón, y le preguntó a su hija María si estaba de acuerdo. María Vogel le dio la razón y entonces la Frau consultó el parecer de toda la mesa.

Las opiniones surgieron con libertad. El señor, Marget y Fischer no estaban de acuerdo pero el resto sí, y se desató la guerra. Cualquiera podía darse cuenta de que el señor estaba perdiendo la paciencia. Cuando eso pasaba, era porque después se pondría firme. Y así fue. El señor interrumpió la discusión de pronto y dijo:

—¡Basta! Esto no tiene sentido. El chico no es necesariamente *malo* porque sea un desgraciado. Y si es malo, ¿qué? Una mala persona puede tener tanta hambre como una buena, y el hambre siempre es respetable, lo mismo que el cansancio. Ese chico está exhausto y hambriento, cualquiera puede darse cuenta. No es un crimen que pida descanso y amparo, y que lo obtenga, sea buena o mala persona. Hay lugar de sobra en nuestra morada.

Asunto arreglado. Frau Stein abrió la boca para desarreglarlo de nuevo pero Katrina reapareció con el chico, lo llevó delante del señor y lo alentó a hablar:

—No tengas miedo. El Señor Stein es un hombre justo. Mi señor, se ve que es un buen chico, aunque parezca un pobre diablo. Lo que pasa es que está en las malas. Mírelo a los ojos. No es mendigo por gusto. Quiere trabajar.

—¡*Trabajar*! ¿Ese vago? —se burló Frau Stein.

—¡Trabajar! —repitieron con sorna en la mesa. Pero el señor estaba interesado y para nada molesto. Dijo:

—¿Quieres trabajar? ¿Qué tipo de trabajo eres capaz de hacer, hijo?

—Cualquier trabajo que le ofrezcamos, mi señor —interrumpió Katrina, entusiasmada—, y no quiere que le paguen.

—¿Qué? ¿No quiere que le paguen?

—No, señor. Sólo comida y un techo sobre su cabeza, pobre chico.

—¿Ni siquiera ropa?

—No va a andar desnudo, señor. Se lo garantizo con mi salario.

La gratitud brilló en los ojos del chico cuando levantó la vista y miró a su nueva y corpulenta amiga. El señor advirtió el gesto y preguntó:

—¿Crees que podrías hacer tareas pesadas?

—Sí, señor. Póngame a prueba. Soy fuerte.

—¿Podrías subir leña para el fuego por esas largas escaleras?

—Sí, señor.

—¿Y fregar como las sirvientas, y encender el fuego en los salones, y subir agua a las habitaciones, y cortar leña, y ayudar en la lavandería, y cuidar al perro?

—Sí, señor. Puedo hacer todo eso. Póngame a prueba.

—¿Sólo por techo y comida?

—Sí, señor.

—Bueno, cómo podría negarme a…

—¡Un momento, Heinrich Stein! ¿No pensarás alojar aquí a esta plaga sin consultarme? Estás muy equivocado si…

—¡Silencio! —dijo el marido con firmeza—. Todos opinaron sobre el chico pero hay un voto que no tuvieron en cuenta y yo valoro. De hecho, lo valoro más que a los demás. Por ese solo voto le daré una oportunidad; ésa es mi decisión. Ahora pueden cambiar de tema porque ya terminamos con este. Puedes llevarte al chico, Katrina. Dale una habitación para que descanse.

Katrina se hinchó de orgullo y satisfacción. El chico la miró con ojos brillantes y dijo:

—Me gustaría empezar a trabajar ahora si puedo, señor.

Antes de que llegara la respuesta, Frau Stein interrumpió:

—Quisiera saber de quién es ese voto que no tuvimos en cuenta. Yo no ando mal del oído y no escuché ninguno.

—El del perro —dijo el señor Stein.

Todos se sorprendieron. Pero así era: el perro no se había movido cuando el chico entró. El único que se había dado cuenta había sido el señor, y tenía razón. Era la primera vez que ese demonio trataba a un desconocido con civilizada indiferencia. Estaba encadenado en un rincón y mordía distraídamente un hueso que tenía entre las patas pero ni siquiera gruñó al mirar al chico, cosa rara en él. Los ojos de Frau Stein brillaron con un fulgor maligno.

—¿Quieres trabajar? Pues ahí tienes un trabajo a tu medida: puedes sacar ese perro a pasear.

Hasta los más duros de corazón advirtieron la crueldad. Cuando el chico se adelantó inocentemente para obedecer, el horror asomó en sus caras.

—¡No! —gritó el señor, mientras Katrina se abalanzaba sobre el chico y lo detenía—. ¡Debería darte vergüenza! —dijo indignado a su esposa, con un énfasis que la dejó helada. Después se dirigió al forastero: —Si quieres, puedes descansar un poco antes, hijo. Pero si prefieres trabajar, Katrina te encontrará algo para hacer. ¿Cómo te llamas?

—Número 44, Nueva Serie 864.962, señor [5].

—¡Qué clase de nombre es ese! —comentó Katzenyammer, espantado.

—Parece un número de preso —sugirió Moses Haas, mientras examinaba intrigado al chico con sus ojos de rata, y se retorcía el bigote sedoso y ralo con los dedos sin darse cuenta, como siempre que se concentraba en algo.

—Cierto, es un nombre raro —dijo el señor, con un dejo de desconfianza casi imperceptible en la voz—. ¿De dónde lo sacaste?

—No sé, señor —dijo 44 con calma—. Siempre me llamaron así.

El señor no insistió con el tema, seguramente para no meterse en terreno resbaladizo. Pero María Vogel preguntó con su voz chillona:

—¿Alguna vez estuviste preso?

El señor perdió la paciencia.

—¡Basta, basta! No tienes que responder, hijo. A menos que quieras.

Hizo una pausa, quizás esperanzado, pero 44 no aprovechó la oportunidad; se quedó quieto y mudo. Varias sonrisas irónicas recorrieron la mesa. Se notaba que el señor estaba enojado y desilusionado, aunque trataba de ocultarlo.

—Puedes llevártelo, Katrina —dijo, con toda la gentileza posible pero un poco distante, para beneplácito de las malas bestias de la mesa.

Katrina se fue con 44. Por prudente respeto al ánimo del señor, nadie comentó nada abiertamente pero un murmullo general recorrió la mesa: «Su silencio fue una confesión, ese chico es un delincuente».

Fue un mal comienzo para 44. Todos se dieron cuenta. Marget preguntó preocupada a Gustav Fischer si creía que el chico era lo que decían. Con pesar en su voz, Fischer respondió:

—Usted lo vio, Fräulein: pudo negarlo y no lo hizo.

—Es cierto, sí, pero piense en su cara bondadosa. Pura. Bella.

—Es increíble. Pero la verdad es que no lo negó. De hecho, ni siquiera pareció muy interesado en el tema.

—Incomprensible. ¿Qué piensa usted?

—El hecho de que no advierta la gravedad de la situación hace pensar que es un tonto. Pero no tiene cara de tonto. Su silencio en semejante situación es una prueba de que algo oculta. ¡Con esa cara! Parece imposible. Pero lo cierto es que no puedo resolver el enigma, Fräulein. Me supera.

44 entró con una pesada carga de leña sobre los hombros, la dejó caer en un cajón junto a la chimenea y salió rápidamente, para regresar al rato con una carga similar, y otra, y otra.

—Basta —dijo entonces el señor, mientras se ponía de pie para retirarse—. Ya es suficiente. No hace falta que te mates trabajando.

—Una carga más, sólo una más —dijo el chico, como si pidiera un favor.

—Está bien, pero que sea la última —dijo el señor y se fue.

44 trajo la última carga y se quedó ahí, esperando órdenes. Como no se las daban, las requirió. Fue la oportunidad de Frau Stein. Le dirigió una gozosa mirada maléfica con sus ojos amarillos y gritó:

—¡Lleva a pasear al perro!

Simpatizantes y rivales del chico alzaron sus voces y se abalanzaron para protegerlo pero llegaron tarde. Él ya se había arrodillado para soltar la cadena; su cara y la del perro podían rozarse. Los demás empezaron a retroceder porque ahora querían salvarse, pero 44 se puso de pie, tiró de la cadena y el perrazo lo siguió mansamente al trote, feliz y contento.

Capítulo 4

¿Si se armó revuelo? ¡Claro que sí! El rebaño quedó en silencio durante un largo minuto, casi dos. Yo diría que todos temblaban y estaban pálidos. Después empezaron a hablar a la vez. La mayoría para manifestar su sorpresa: si no lo hubiesen visto con sus propios ojos, no lo habrían creído. En el caso de Marget, Fischer y Barty, el tono era de admiración. En el de Frau Stein, María Vogel, Katzenyammer y Binks era de curiosidad, pero una curiosidad mezclada con maleficios contra el diablo que poseía al delincuente.

Ningún ser humano podía tocar ese perro sin terminar hecho pedazos, salvo que contara con la protección de un espíritu. Es decir que la situación de la casa era más grave que si sólo se trataba de un ladrón. Había tres comensales que no hablaban: Ernest y Moses daban a entender con sus muecas cínicas y sus sonrisas burlonas que lo sucedido era poca cosa y no justificaba tanto escándalo. El otro que no hablaba era el mago. Balthazar Hoffman estaba sumido en un silencio tan profundo que llamaba la atención. Entonces comenzó a despuntar la luz para algunos miembros de la tribu. María Vogel habló con el júbilo feliz de una descubridora:

—¡Yo sé lo que pasó! Le confirió poderes al chico con su magia. Niéguelo, si se atreve. ¡Lo descubrimos! ¡Admítalo, genio de todos los tiempos!

El mago sonrió con una sonrisa tonta, inculpadora, y algunos exclamaron:

—¡Lo descubrimos! Trata de negarlo y no puede. ¡Vamos, confiese! —Y Frau Stein y María le tiraron de las grandes mangas, escrutaron su cara, trataron de retenerlo hasta que confesara pero él se soltó con suavidad. Se lo veía terriblemente incómodo, y abandonó la sala sin decir palabra.

El tema había quedado resuelto. La muda confesión había dejado convencidos a todos y el mago ganó un prestigio que hubiera complacido con creces a un dios. Ya le iba bien antes, ya lo reverenciaban, pero eso no fue nada al lado del prestigio que alcanzó desde ese momento. Frau Stein estaba en las nubes. Dijo que en Europa nunca se había visto una demostración más asombrosa de poder mágico y que si alguien dudaba ahora de la capacidad del mago para hacer el milagro que quisiera, quedaría como un tonto. Todos estuvieron de acuerdo. Nadie dudó y nadie la contradijo cuando se incorporó para retirarse con las otras damas y declaró que, desde ese momento, el mago ocuparía su lugar en la cabecera de la mesa y ella se mudaría a otro, más humilde, a su derecha, como correspondía.

Lo antedicho fue hiel y vinagre para Ernest Wasserman, el reptil celoso que no podía tolerar que elogiaran a nadie en su presencia. Empezó a buscar la forma de cambiar de tema. En ese preciso instante, Fischer le dio pie con un comentario sobre la fuerza del delincuente, sobradamente demostrada cuando cargaba leña. Fischer se limitó a decir que el delincuente debía ser un rival peligroso en una pelea cuerpo a cuerpo con otro joven de su edad.

—¡Ja! —exclamó Ernest Wasserman—. Yo tengo su edad y te apuesto que, si me busca, se va a arrepentir.

Fue la oportunidad de Moses. Con fingida preocupación dijo:

—¡No! Piensa en tu madre. No lo provoques. Podría lastimarte.

—No te preocupes por mí, Moses Haas. Que se cuide él, si se mete conmigo. Es todo lo que voy a decir.

—¡Ah! —dijo Moses, como aliviado—. Temí que te metieras tú con él. Ya sé que él no corre ningún peligro. —Y después de una pausa agregó, displicente: —Tú tampoco, por supuesto.

La burla surtió el efecto buscado.

—¿Crees que me da miedo meterme con él? No me dan miedo cincuenta como él. ¡Ya va a ver!

En ese momento entró 44 con el perro y lo encadenó. Mientras lo hacía, Ernest se fue alejando disimuladamente hacia la puerta.

—¿Ya te vas? —dijo Moses, sonriente—, pues hasta luego, nos vemos. Pensé que ibas a pelear con el delincuente.

—¿Ahora? Está muy cansado; no es su mejor momento. No quiero aprovecharme.

—¡Ja, ja, ja! —rió a carcajadas el buey Hans Katzenyammer—. ¡Escuchen al cobarde de buen corazón!

Y dio pie a un torbellino de risas sarcásticas y comentarios burlones. Ofendido en su amor propio, Ernest perdió los estribos, corrió hacia el delincuente y lo enfrentó al grito de:

—¡Vamos! ¡De pie, como un hombre, a ver cómo te defiendes!

—¿Defenderme? —dijo el chico, aún en cuclillas y sin entender —. ¿De qué?

—De mí, ¿no has entendido?

—¿De ti? No te hice daño, ¿por qué querrías lastimarme?

Los espectadores estaban molestos y decepcionados. El coraje de Ernest, en cambio, se redobló. Furioso, dijo:

—¿No te das cuenta? ¡Tienes que pelear conmigo!

—No puedo pelear contigo. No tengo nada en tu contra.

Ernest, con sorna:

—Tendrás miedo de *lastimarme*, supongo.

El chico respondió con simpleza:

—No, no es eso. Es que no tengo ningún motivo para lastimarte, así que no voy a hacerlo.

—Oh, gracias, qué amable. ¡Toma!

Pero el golpe no llegó a destino. El forastero aferró las muñecas de Ernest y las atajó en el aire. Nuestro aprendiz tironeaba de los brazos, se retorcía, sudaba y maldecía mientras los demás lo rodeaban, burlándose de él con sobrenombres humillantes. El forastero lo tenía agarrado sin esforzarse en lo más mínimo, sin agitarse ni resoplar, mientras Ernest jadeaba como un pez fuera del agua. Cuando quedó agotado de luchar, soltó un gruñido y dijo:

—Me rindo. ¡Suelta!

44 lo soltó y dijo gentilmente:

—Si me permites, puedo frotarte los brazos para sacarte el dolor.

—¿Por qué no te vas al infierno? —dijo Ernest y se fue, sacudiendo la cabeza y murmurando lo que le haría un día a ese delincuente. Que no creyera que habían terminado, mejor que se cuidara, porque se había metido con el hombre equivocado. Así se fue, jactándose, mientras los demás lo abucheaban y el delincuente permanecía quieto en su lugar, intrigado como ante un enigma que no podía resolver.

Capítulo 5

El pobre vagabundo tenía todo en contra. Había guardado silencio cuando tuvo la oportunidad de negar que era un delincuente y eso le había valido aquel apodo, que seguramente le iba a quedar. Además, los hombres lo tildaban de gallina por haber dejado ir a Ernest Wasserman cuando era obvio que lo tenía a su merced.

A mí por dentro me daba pena, quería ser su amigo, me hubiera gustado decírselo pero me faltaba valor, porque yo era igual que la mayoría de las personas: temía obedecer mis propios instintos cuando se oponían a los del resto. Hasta los mejores prefieren ser populares a ser justos. Es algo que descubrí hace mucho tiempo. Katrina no tenía miedo y siguió siendo su amiga, pero fue la única. El señor le hablaba con gentileza y lo protegía si veía que lo maltrataban, pero no estaba en su naturaleza ir más allá con la corriente tan fuerte en contra, salvo cuando se enojaba.

En cuanto al vestuario del forastero, Katrina cumplió su promesa. Esa misma noche se quedó despierta hasta tarde y le hizo un jubón y unas calzas, ásperos y ordinarios pero prolijos y prácticos. También le consiguió calzado decente. Y obtuvo su recompensa porque la estampa de 44 cambió por completo y se vio que era una criatura elegante y bella, con unos ojos maravillosos. Katrina lo apreció entonces todavía más. Había encontrado al fin lo que anhelaba su viejo corazón hambriento: un hijo al que amar, un hijo que respondía plenamente a su amor y para quien ella era la sal de la tierra.

Los días pasaban y todos hablaban de 44, lo observaban y cavilaban sobre sus costumbres, pero no había señales de que a él eso le preocupara en lo más mínimo. Su indiferencia exasperaba al

rebaño pero parecía que de eso tampoco se daba cuenta. Las argucias más ingeniosas para que se enojara y perdiera la calma quedaban en nada. Si le tiraban algo que pegaba en su cabeza o su espalda, el objeto quedaba mansamente abandonado a sus pies. Si alguien estiraba una pierna cuando él pasaba y lo hacía tropezar, se levantaba y seguía adelante sin inmutarse por las risas. Era capaz de subir dos pisos de escaleras, desde el pozo del patio, con un par de baldes de agua de dieciocho kilos, y si algún bromista le volcaba encima el líquido helado, él volvía a buscar otros sin decir nada. Más de una vez, cuando el señor no estaba presente, Frau Stein lo mandó a compartir la cena con el perro en el rincón, pero tampoco en esos casos protestaba; siempre parecía contento. Moses y Katzenyammer planeaban la mayoría de las vejaciones pero el que las concretaba siempre era el cobarde malvado de Ernest.

Dicho esto se comprenderá mejor mi situación: si me hubiera hecho amigo de 44, me habrían despreciado y tratado como a él. No todos pueden ser valientes como Katrina, que más de una vez pescó a Moses planeando uno de esos trucos o a Ernest concretándolo, y les dio una paliza terrible. Y una vez, cuando el rufián de Hans Katzenyammer quiso intervenir, le pegó hasta que lo dejó rogando de rodillas.

Hay que decir, por otro lado, que el chico era un demonio en el trabajo. El más madrugador ya lo encontraba en pie, a la luz de la linterna. El último en dormirse lo veía todavía despierto y en su puesto, pasada la medianoche. Le habían adjudicado las tareas manuales más pesadas pero nunca se notaba si estaba cansado. Se movía siempre con energía y parecía disfrutar mucho cuando ejercitaba su extraña fuerza.

El mago siguió aprovechándose de la situación. Si el chico hacía algo que llamara la atención, lo que fuera, el mago se quedaba con el mérito. Al principio, cuando lo acusaban, se limitaba a quedarse callado y dejaba que el silencio lo inculpara en vez de defenderse. Pero pronto sintió que podía abandonar esa táctica sin correr ningún riesgo para quedarse abiertamente con los méritos, y lo hizo. Un día, 44 le sacó la cadena al perro y dijo:

—A portarse bien, Félix, no lastimes a nadie.

Ante la consternación del rebaño, el mago sonrió con dulzura y dijo:

—No tengan miedo. Es un gusto que quería darme. Mi espíritu lo acompaña. No puede lastimarlos.

Una devoción perpleja inundó a todos los presentes. Besaron el ruedo de la túnica del mago y le prodigaron alabanzas inefables. Entonces el chico le dijo al perro:

—Ve y agradece a tu señor por este gran favor.

Y sucedió algo sorprendente. Ese animal enorme, ignorante y maligno, al que nunca habían enseñado ni modales ni religión ni ninguna otra cosa de importancia y del que no podía esperarse que entendiera frase tan elegante, se acercó hasta el mago, se levantó sobre sus patas traseras, curvó sus garras, bajó el morro devotamente y dijo:

—¡Guau, guau… gua, gua, guau! —con el mismo respeto que un cristiano en la iglesia.

Cuando el perro volvió a ponerse en cuatro patas, el chico le dijo:

—Y ahora saluda al señor y retírate como ante la presencia de la realeza.

El animal se inclinó con solemnidad, después retrocedió, marcha atrás, a su rincón —sin gracia, es cierto, pero con bastante soltura para ser un perro que nunca había oído hablar de la realeza, sus costumbres y sus reglas de etiqueta.

¿Si esto dejó helados a todos? No tengan la menor duda. De hecho, todos fueron a arrodillarse ante el mago. Frau Stein fue la primera, los demás la imitaron. Lo sé porque yo estaba presente y lo vi. Semejante idolatría, hipocresía y servilismo me sorprendieron, pero yo también me arrodillé para evitar comentarios.

La vida se había vuelto muy interesante. Cada día teníamos una novedad, alguna extraña cosa nueva que había hecho el chico, algo que nos asombraba. Y el renombre del mago aumentaba día a día. Ser envidiado por los otros es el anhelo secreto de casi todos los seres humanos —de *todos* los seres humanos. Cuando los envidian, son felices. Y el mago estaba feliz porque era el hombre más envidiado del mundo. Vivía en las nubes. Mientras tanto, yo me moría por conocer mejor a 44. ¡A él también lo envidiaban! A pesar de todas las burlas, insultos y humillaciones. Porque ser el instrumento de un mago tan temido y extraordinario y que la gente se quedara mirando asombrada, sin aliento, mientras uno

concretaba los milagros que él había planeado, era algo fabuloso. Así que envidiaba a 44 por eso. Si no, no hubiera sido un chico normal. Y yo era un chico normal: quería notoriedad y admiración, quería que hablaran de mí. Lo mismo les pasaba a Ernest y Barty, por supuesto; y, como yo, lo ocultaban. Yo me cruzaba siempre que podía en el camino del mago, con la esperanza de que me usara para hacer milagros. Pero nunca logré que se fijara en mí. Parecía que no me veía cuando preparaba cada uno de sus prodigios.

Finalmente se me ocurrió una idea y esperaba que funcionara: buscaría a 44 en secreto, le hablaría de mis anhelos y le pediría ayuda. Esa noche rondé su habitación, entré furtivamente cuando los demás ya se habían ido a dormir, y aguardé. Llegó una o dos horas después de la medianoche. Me iluminó con su vela, la apoyó sobre la mesa y me agarró las manos. Sus ojos brillaban de felicidad; no tuve necesidad de decir ni una palabra.

Capítulo 6

Cerró la puerta, nos sentamos y empezamos a hablar. Me dijo que mi visita era bienvenida y que esperaba de corazón que nos hiciéramos amigos porque estaba solo y quería compañía. Sus palabras me avergonzaron. Me sentí tan miserable y mezquino que estuve a punto de sincerarme y confesarle que mi misión era innoble y egoísta. Pero él me sonrió de una manera gentil y encantadora, extendió su mano, me palmeó la rodilla y dijo:

—No te preocupes.

No entendí a qué se refería. El comentario me sorprendió. Pensé en decir alguna frase para disimular, cualquier cosa que se me viniera a la cabeza, pero lo único que venía era el clima así que preferí quedarme callado. Me dijo:

—¿De veras te importa?

—¿Me importa qué?

—El clima.

De nuevo quedé sorprendido, más bien perplejo. Me dije: «Le tengo miedo».

—No tienes por qué. No te preocupes por mí.

Me puse de pie, temblando, y dije:

—No me siento bien. Si no te importa, creo que voy a…

—Oh, no —dijo, suplicándome—, no te vayas. Quédate un rato. ¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?

—Eres tan amable y tan bueno —le dije—, y de verdad querría quedarme, pero mejor vengo en otro momento. Yo… verás, hace frío y me parece que estoy un poco resfriado. Creo que se me pasará si me meto en la cama…

—¡Un trago caliente es cien veces mejor! ¡Cien veces! Eso es lo que realmente necesitas, ¿no?

—Bueno, sí. Pero dadas las circunstancias…

—¿Qué quieres? —dijo él, pura disposición—. ¿Un burdeos bien caliente, con especias?

—Sí, claro, pero no hay forma de…

—Aquí tienes. Debes beberlo lo más caliente que puedas. Te vas a sentir mejor enseguida.

Me estaba tendiendo un jarro lleno hasta el tope, del que salía vapor. Lo acepté y me dejé caer de nuevo en la silla porque el miedo me había dejado sin fuerzas. El jarro temblaba en mi mano. Bebí. Era delicioso, una novedad para mi paladar inexperto.

—¡A beber, hasta la última gota! —dijo él—. Te hará bien, no tengas miedo. Pero esto es una falta de educación. Voy a beber contigo.

De pronto había también un jarro humeante en su mano. No tuve tiempo de ver de dónde había salido. Antes de que mi jarro se vaciara, me tendió otro, lleno, y dijo con entusiasmo:

—Vamos, hasta el fondo. Ya te sientes mejor, ¿o no?

«¿Mejor?», me dije. En cuanto a la fiebre, sí; pero seguía muerto de miedo.

Él soltó una risita agradable y dijo:

—Ah, te doy mi palabra de que no hay motivos. Ni en manos de mi buena y vieja madre Katrina estarías más a salvo. Bebe, vamos.

No pude resistirme, era néctar. Me di el gusto, pero estaba terriblemente asustado. Me sentía incómodo, no me atrevía a quedarme, no sabía qué podía pasar. Repetí que tenía que irme. Él quería que durmiera en su cama, dijo que él no la necesitaba, que pronto se iría a trabajar. La idea me resultó inconcebible y me excusé diciendo que ya estaba acostumbrado a mi cama y ahí dormiría mejor. Él me acompañó hasta la puerta, agradeciéndome una y otra vez por la visita. Yo estaba pálido y temblaba pero él tuvo la generosidad de no darse cuenta. Me hizo prometer que volvería la noche siguiente, y yo me dije que rompería esa promesa aunque me causara la muerte. Me saludó con un cordial apretón de manos. Yo me adentré sin fuerzas en la penumbra. ¡Y de pronto aparecí en mi propia cama, con la puerta cerrada, la vela parpadeando sobre la mesa y un buen fuego de bienvenida ardiendo en la chimenea!

Apenas podía respirar. Pero no me importaba. Al rato ya me

sumergía complacido en el sueño, el vino noble circulaba en mi cabeza, y con un último y débil esfuerzo mental pensé algo que me dejó helado:

«¿Y si *escuchó* cuando me dije que voy a romper esa promesa aunque me cause la muerte?».

Capítulo 7

Para mi sorpresa, cuando me despertaron al amanecer me levanté como nuevo. No había rastros del vino y sus efectos en mi cabeza. «Todo fue un sueño», me dije, agradecido. «Puedo enfrentar el día como si nada hubiera sucedido». Poco después me crucé en una escalera con 44. Subía una gran carga de leña y me dijo, suplicante:

—¿Esta noche vendrás de nuevo?

—¡Dios! Pensé que había sido un sueño —dije, asustado.

—No, no fue un sueño, por suerte. Hubiera sido una lástima, porque fue una noche tan agradable, y estoy tan agradecido…

Había algo tan patético en su manera de decirlo que sentí una gran piedad y dije impulsivamente:

—¡Voy a ir aunque me cause la muerte!

Se puso contento como un niño.

—La misma expresión, pero ahora me gusta más —dijo. Y, con delicada consideración, agregó: —Cuando los otros estén cerca, puedes tratarme como siempre. Nuestra amistad podría perjudicarte en público. Lo entiendo, y no me ofendo.

—Eres simplemente magnífico —dije—. Te debo mi respeto y desafiaría a todos si hubiera nacido con el carácter que no tengo.

Él me miró con sus grandes ojos llenos de asombro y dijo:

—¿Por qué te lo reprochas? No te hiciste a ti mismo. ¿Por qué culparte, entonces?

Era algo completamente lógico y razonable, pero nunca lo había pensado. Y tampoco se lo había oído decir —ni eso ni algo la mitad de inteligente e irrefutable, para el caso— a los más sabios de los sabios profesionales. Era extraño que lo dijera un chico, un pobre vagabundo para colmo. En ese momento se formuló un plan en mi

cabeza pero no lo comenté porque pensé que no tendría nada de malo que lo concretara sin pedir permiso. 44 me dedicó una mirada vivaz y dijo:

—Ah, ¡no podrías aunque quisieras!

—¿No podría qué?

—Contar lo que pasó anoche.

—¿Por qué no podría?

—Porque yo no quiero. Y lo que yo no quiero que pase, no pasa. Estos días voy ir a contándote de a poco algunos secretos. Y tú vas a guardarlos.

—Trataré, al menos.

—Puedes tratar de contarlos, aunque no creo que puedas. No digo que no debas; sólo digo que no podrás.

—Entonces ni voy a intentarlo —dije yo, y en ese momento llegó Ernest, silbando alegremente. Cuando vio a 44, gritó:

—¡A apurarse con esa madera, mendigo haragán!

Abrí la boca para soltarle los peores insultos de mi repertorio pero no salió nada. Me dije, en broma: «A lo mejor es porque 44 no está de acuerdo».

Él me miró por encima del hombro y dijo:

—Sí, es por eso.

Eran cosas terriblemente extrañas pero interesantes. Me fui, pensativo, preguntándome si leía mis pensamientos cuando oí su voz desde las escaleras:

—¡Es cierto, lo hago!

El desayuno estaba terminando y el señor no había dicho una palabra. Tenía algo en mente; todos se daban cuenta. Cuando adoptaba esa actitud ausente era porque estaba considerando los distintos aspectos de una decisión importante, quizás arriesgada, y juntaba valor para llevarla a cabo y mantenerse firme. Nadie abría la boca. Todos estábamos pendientes de lo que iba a pasar.

44 echaba un leño al fuego cuando el señor lo llamó. La curiosidad general aumentó. El chico se acercó con respeto.

—44, he notado… Tu nombre era 44, ¿cierto?

El chico inclinó la cabeza y dijo con solemnidad:

—Número 44, Nueva Serie 864.962.

—No empecemos con eso —dijo el señor con delicadeza—. Es asunto tuyo y por caridad vamos a privarnos de curiosear. Como decía, estuve observando tu diligencia y buena voluntad estas semanas. Has soportado una pesada carga con paciencia ejemplar. Hay mucho a tu favor, y nada en tu contra.

El chico bajó la cabeza en señal de respeto. El señor recorrió las caras de la mesa de una en una, advirtió el descontento general y siguió hablando.

—Mereces tener amigos, y no es tu culpa que no los tengas. Aquí en el castillo no tienes a nadie, salvo a Katrina. No es justo. Así que yo seré tu amigo.

Los ojos del chico brillaron de felicidad, María Vogel y su madre echaron la cabeza hacia atrás con desdén. No hubo aplauso ni la menor manifestación de alegría. El señor continuó:

—Te mereces un ascenso y lo tendrás. Te elevo, aquí y ahora, al honorable rango de aprendiz del arte de la imprenta, que es la más noble y pujante de las artes, y está destinada a promover y preservar a las demás a través de los tiempos.

Se levantó con solemnidad y posó su mano sobre el hombro del muchacho como un rey al ungir a un caballero. Los varones de la mesa se levantaron de un salto, enojados y ofendidos por semejante ultraje: ¿ese indigente sin nombre ni familia era admitido ante el umbral que conducía a los honrosos privilegios, distinciones e inmunidades de la gran orden de la imprenta? Pero el señor estaba decidido. Dijo que si alguno abría la boca, lo abandonaría a su suerte y ordenó a todos que se sentaran. Se le obedeció de mala gana, casi con rabia. El señor también se sentó y comenzó a interrogar al nuevo dignatario.

—El arte de la imprenta es uno de los oficios que requiere más saberes. ¿Has estudiado latín, 44?

—No, señor.

Todos se rieron por lo bajo.

—¿Griego?

—No, señor.

Más risas furtivas. El mismo tratamiento merecieron todas las respuestas, una tras otra. Pero el chico no se sonrojó, ni parecía confundido o incómodo. Al contrario, se lo veía provocativamente contento, feliz, inocente. Me dio pena; así me di cuenta de que

empezaba a sentir afecto por él.

—¿Hebreo?

—No, señor.

—¿Alguna ciencia? ¿Matemática? ¿Astronomía? ¿Química? ¿Medicina? ¿Geografía?

El joven movía su cabeza a un lado y otro y respondía: «No, señor». Al final, dijo:

—Ninguna, mi señor.

A esa altura, el regocijo del grupo era prácticamente incontenible y el disgusto del señor también estaba llegando a su límite. Se tomó unos instantes para aplacarse y después preguntó:

—¿Alguna vez estudiaste *algo*?

—No, señor —contestó el chico, con el mismo tono inocente e idiota.

¡El plan del señor era un completo fracaso! Fue un momento crítico. Todos abrieron la boca para soltar un grito triunfal pero el señor los frenó con la mirada, hecho una furia. Su voz retumbó en la habitación:

—¡Pues yo mismo te enseñaré, por la Gloria de Dios!

Fue simplemente magnífico. Pero fue un error. Yo quería vitorear a mi generoso y viejo jefe, pero me contuve. Desde mi mesa con los aprendices en el rincón, vi las caras de la mesa principal y me di cuenta de que el señor se había equivocado. Yo conocía a esa gente. Podían tolerar muchas cosas pero el señor se había extralimitado, como se suele decir, y se lo podía sentir en el aire. Le había asestado un golpe a la posesión más preciada de todos ellos, a la niña de sus ojos, su orgullo, el amor de sus corazones, su única posibilidad de nobleza —así la veían, así la valoraban—, la había *denigrado*. Era algo que no podían perdonar. Buscarían venganza y la encontrarían. Lo que habíamos presenciado, a pesar de su aspecto de comedia, era una tragedia. Un punto de inflexión. Traería consecuencias. Todos los temas de controversia y debate generaban discusiones, gritos y peleas, pero esto era otra cosa: había caras sombrías y amenazantes y no se oía una palabra. Era un presagio.

Desde nuestra pequeña mesa en el rincón, los tres aprendices mirábamos y pensábamos febrilmente a la vez. Barty estaba pálido. Ernest me buscaba con sus ojos malignos.

—Te pesqué hablando con ese delincuente en la escalera —dijo

—. No trates de negarlo porque te vi.

La sangre se me fue de las venas y me embargó un terror helado. ¡Qué suerte desgraciada y delatora!, murmuré para mis adentros. ¿Qué debía hacer? ¿Qué podía decir para defenderme? No se me ocurría nada, no encontraba las palabras, estaba paralizado, y la criatura no me sacaba sus implacables ojos de encima.

—Admítelo. Ese animal es tu *amigo*. No puedes negarlo.

Estaba en problemas. Ernest se lo diría a los demás, me convertiría en un paria, me harían la vida imposible. Busqué desesperado una salida pero me daba cuenta de que no tenía ninguna; si quería salvarme del completo desastre tenía que juntar valor e impedir que ese bruto me tuviera a su merced. No era que él en sí me diera miedo. Hasta mi timidez tenía sus limitaciones. Así que dije con firmeza:

—Mientes. Hablé con él y volveré a hacerlo si quiero, pero eso no prueba que sea su amigo.

—¡Así que no lo niegas! Con eso alcanza. No me gustaría estar en tus zapatos. Cuando todos se enteren, la vas a pagar. Ya verás.

Barty le rogó a Ernest que no me delatara. Hizo lo que pudo pero fue inútil. El otro dijo que se lo contaría a todos, aunque le costara la muerte.

—Está bien —dije—, hazlo. No me importa.

—¿No te importa? Ya veremos. Por supuesto, y diré que son amigos.

¡Si eso llegaba a pasar! La sola idea me crispó a tal punto que dije:

—¡Retira lo dicho o te clavo este puñal!

Vi que se había asustado aunque disimuló con una risita repugnante y dijo que sólo estaba bromeando. Así terminó la discusión, porque en ese preciso instante el señor se levantó y nosotros tuvimos que levantarnos y seguir el protocolo. Salí del salón abrumado, sabía que mi desgracia seguía pendiente. Sólo tenía el consuelo de haber logrado que no me acusaran de ser amigo del pobre 44. Eso esperaba y creía. Las cosas eran menos desastrosas de lo que podrían haber sido.

Fuimos en fila hacia los talleres de la imprenta siguiendo el orden habitual de importancia. Yo iba detrás del último de los oficiales. Ernest me seguía a mí, Barty iba detrás de él y después

venía 44.

A partir de ese día, 44 tendría que estudiar después de cumplir con sus tareas. En su horario de trabajo, ocuparía el puesto que antes ocupaba Barty y dedicaría gran parte de su tiempo a labores pesadas y trabajos sucios. En los intervalos, tendría que aprovechar cada minuto libre para aprender los rudimentos esenciales del divino arte de la composición tipográfica, distribución y demás.

Por su carácter de aprendiz recién acreditado, 44 merecía que se cumplieran ciertos ritos de la orden: cuando cruzó por primera vez la puerta de la imprenta debió haber recibido la daga que venía con su investidura, porque a partir de entonces tenía derecho a portar un arma pequeña —anticipo del día glorioso en que, al convertirse en oficial, recibiera el rango de caballero y tuviera derecho a llevar una espada. Además, tendrían que haberle prendido un galón rojo en su manga izquierda, para certificar su nueva y honorable categoría de aprendiz de tipógrafo. Pero todas estas ceremonias fueron omitidas. Hicieron lo posible para hacerle sentir que era mal recibido.

El aprendiz más joven tenía que tomarlo a cargo y enseñarle las tareas básicas de su puesto. El pequeño y honesto Barty se disponía a hacerlo cuando Katzenyammer, en su calidad de oficial mayor, lo frenó con tono brusco:

—¡A tu caja!

44 quedó solo en medio del taller. Miraba alrededor, con más deseos que esperanzas, suplicando en silencio a todas las caras, menos a la mía, para que alguien le asignara una tarea. Pero nadie le prestaba atención, nadie lo miraba o parecía advertir su presencia. En un rincón, el viejo Binks se encorvaba sobre unas pruebas. Katzenyammer ya estaba inclinado sobre la platina para componer una forma. Ernest hacía una prueba de impresión con balas y broza gruesa. Yo repasaba una página de Haas para corregir errores. Fischer frotaba el tímpano con un puñado de cáñamo empapado en engrudo. Moses componía. Para no perderse, iba marcando el renglón en el texto original con una regla que desplazaba línea por línea, de derecha a izquierda. Para peor de males, tenía que revisar toda la caja cada vez que manoteaba un plomo y, cuando lograba sacarlo, tenía que hacer dos movimientos en falso para colocarlo en el componedor y remataba, pinza en

mano, haciendo un clic, con un tercer movimiento en falso. Cuando justificaba, el renglón le quedaba como un cerco mal hecho, cuando espaciaba le quedaba como la dentadura de una vieja bruja —con espacios mínimos y cuadratines invertidos. Moses Haas era una alegoría viviente de la falsedad y la pretensión, con su visera de seda verde, y esa manera que tenía de ponerse en puntas de pie y montar un gran espectáculo como si estuviera haciendo una tirada de tres mil por hora cuando en realidad no pasaba de los seiscientos, y encima con blancos e interlineado doble. Era increíble que Dios siguiera soportando a un sujeto como ése con lo poco que le costaría tirarle un rayo.

Daba pena ver a 44 allí de pie, desamparado en el silencio hostil. Yo rogaba que alguien se apiadara y le dijera unas palabras amables o le encargase algo. Pero eso no iba a suceder. Querían que se metiera en problemas, y era lo que estaban esperando, trémulos y alertas. Sabían que algo se estaba gestando, sólo se preguntaban cuándo sucedería y de qué manera y quién provocaría la situación. En realidad, ya lo sabían. Katzenyammer había acomodado unas páginas, las había separado, había soltado las cuerdas y acomodado los rodillos. La placa de composición estaba encajada en la prensa, Katzenyammer tenía la manija en la mano, estaba listo para imprimir. Entonces giró la cabeza lentamente y miró al chico con gesto inquisitivo y serio. Se quedó así unos segundos. Después gritó a todo pulmón:

—¿Vas a traerme las cuñas, *o no*?

¡Qué cruel! ¿Cómo podía saber 44 lo que significaba esa extraña palabra? Sus elocuentes ojos rogaban una explicación, una pista al menos. Los demás miraban atentos, encantados. Katzenyammer empezó a acercarse con su manaza abierta y lista para el cachetazo. ¡Y, Dios, yo no podía arriesgarme y hablar! ¿No había ninguna forma de salvarlo? Entonces se me ocurrió una idea providencial: le transmitiría con mi mente.

«¡*44, la caja de cuñas está bajo la platina*!».

En un segundo, él la había sacado y colocado sobre el mármol. Se había salvado. Los demás estaban sorprendidos y decepcionados. Por un momento pareció que Katzenyammer iba a hacer algo. Pero terminó volviendo a su trabajo sin apuro, eligió algunas cuñas de la caja y se las llevó a su puesto. La forma estaba lista. Katzenyammer

le dirigió otra mirada inquisitiva al chico. 44 no le quitaba los ojos de encima, pero era inútil. ¿Cómo podría adivinar lo que querían que hiciera? Katzenyammer hizo una mueca, escupió un par de veces, despectivo, y gritó con fuerza:

—¿Tengo que hacerlo yo, o quién?

Pero esta vez yo estaba preparado:

«44, tienes que levantarla del borde con cuidado, colocarla bajo tu brazo derecho, llevarla hasta esa máquina de allá, que es la prensa, y apoyarla con suavidad sobre esa piedra, que se llama cama».

44 se movió con calma e hizo todo perfectamente bien, como un experto. Fue sorprendente. Ningún otro novato en toda Europa hubiera logrado cumplir siquiera a medias esa proeza sin empastelar la forma. Yo estaba tan contento que me dieron ganas de gritar. Pero me contuve.

Entonces pasó lo que era de esperarse. Los demás llegaron a la conclusión de que 44 era un aprendiz experto, un refugiado que escapaba de un patrón abusivo. Por una cuestión de códigos internos, no podían interrogarlo directamente pero podían hacerle otras preguntas incómodas. Y lo hicieron. Dejaron sus trabajos y lo rodearon. Sus miradas desagradables anunciaban problemas. Lo examinaban en silencio. 44 estaba en el centro y esperaba, sin levantar la vista. Me dio una pena tremenda. Sabía lo que iba a sucederle y no veía cómo ayudarlo a salir del pozo en que había caído. La primera pregunta fue imposible de responder, no pude ayudarlo. Moses Haas había dicho, burlón:

—Así que eres un aprendiz experimentado en el arte, ¡y no sabes latín!

La verdad es que el chico era un misterio constante y absoluto porque alzó su mirada inocente y respondió, con toda serenidad:

—Sí sé.

Todos lo miramos desconcertados, casi diría estupefactos. Katzenyammer fue el primero en reaccionar:

—¿Entonces para qué le mentiste al señor?

—No fue mi intención.

—¿No fue tu intención? ¡Idiota! Te preguntó si sabías latín y dijiste que no.

—No —dijo el joven, muy serio—. Me preguntó si lo había

estudiado. Por lo que entendí, se refería a asistir a clases, con un maestro. Le dije que no, porque lo aprendí por mi cuenta, leyendo libros.

—¡Vaya! Eres un purista cuando se trata de hablar con propiedad —dijo Katzenyammer, exasperado—. Contigo no se sabe qué esperar. Cuando te señalan con el dedo, ya no estás ahí. ¿Puedes hacer solamente cosas inesperadas? Si dependieras de mí, te ahogaría sin dudarlo.

—Dime, chico —dijo Fischer, sin maldad—, ¿tienes conocimientos de todos los temas sobre los que te preguntó el maestre Stein?

—Sí, señor.

—¿Y lo aprendiste todo solo?

—Sí, señor.

Ojalá no lo hubiera confesado. Moses Haas pescó la oportunidad al vuelo:

—La gente honesta no se inicia en esta profesión con conocimientos aprendidos por su cuenta. Hay que conocer primero las etapas iniciales de cada disciplina y así avanzar. Tú lograste filtrarte sin rendir examen, pero ahora tendrás que responder nuestras preguntas, o tendrás que irte.

Fue una idea acertada, y todos aplaudieron. Pero yo estaba tranquilo: 44 podía captar las respuestas de mi cabeza. Se las podía transmitir sin problemas. Adam Binks fue designado inquisidor, y enseguida me di cuenta de que 44 no me necesitaba. Si hubiera estado en su lugar y tenido sus conocimientos, yo me habría jactado. Pero él no. Enseguida quedó claro que Binks era un niño en materia de conocimientos al lado de 44. No era un examinador competente. 44 le sacaba ventaja en todos los idiomas, artes y ciencias; si la erudición hubiese sido agua, Binks se habría ahogado. Los demás se reían, era más fuerte que ellos. Si hubieran sido caballeros, se habrían apiadado de su colega, pero no lo eran y no lo hicieron. Se rieron de Binks y lo ridiculizaron, hasta que él perdió los estribos. Pero, en vez de desquitarse con los que se reían, el sinvergüenza se ensañó con el chico. Lo hubiera tumbado de un golpe si Fischer no lo frenaba, tomándolo del brazo. Nadie le agradeció a Fischer; todos estaban molestos con su intervención pero Fischer era peligroso y no querían tenerlo en contra.

Entendieron que su apoyo era sólo tibio, y no querían que se enfriara.

La trampa del examen no funcionó —fue un verdadero fracaso, de hecho—, y se desquitaron con el chico como si él hubiera sido el culpable aunque en realidad ellos mismos se la habían buscado. Típico de los seres humanos. Katzenyammer, severo, les dijo a sus subalternos que volvieran a sus tareas y que si perdían el tiempo se los descontaría de sus salarios. Después ordenó a 44 que dejara de dar vueltas y empezara a trabajar. Ahora nadie lo miraba porque pensaban que conocía el oficio y que sabría qué hacer: no había nada interesante para ver. Pero yo sabía que él no sabía, así que me dediqué a soplarle instrucciones mentalmente y me costaba concentrarme en mis tareas porque era maravilloso verlo trabajar.

44 obedeció mis instrucciones silenciosas. Levantó las letras buenas y las dañadas que yacían a los pies de los tipógrafos. Puso las primeras en el cajón y las otras en la cazuela, untó las balas con trementina y las limpió, llevó el colador al fuego para hacer lejía, roció una placa en el lavador, y lo hizo bien. Sacó la almohadilla negra y reseca del rodillo y la reemplazó por una nueva, hizo engrudo, le sacó el polvo a varias cajas con un fuelle, preparó cola para encuadernar, aceitó los resortes de la platina y los rieles dentados de la prensa, se puso un delantal para entintar mientras Katzenyammer se desquitaba con unos pliegos de dieciséis páginas para una Biblia en latín, y terminó negro como un deshollinador de la cabeza a los pies. Ordenó las letras que se habían mezclado. Imprimió unas pruebas, ató unas formas como un artista y las colocó de nuevo en una galera sin ningún tipo de problemas, trajo los cuadratines que los oficiales querían usar para echar suerte y los guardó de nuevo en su lugar, mientras los afortunados festejaban complacidos porque les habían tocado textos llenos de espacios y los otros maldecían porque tenían que resignarse y trabajar con textos apretados.

E incluso hubiera ido inocentemente a la talabartería de la aldea a pedir aceite para una correa (y le habrían *dado* con la correa por atrás) si se lo hubiesen ordenado, pero no se lo ordenaron porque ahora estaban convencidos de que ya habría padecido esa broma destinada a los novatos[6] y debía recordarla bien, de manera que se perdieron la mejor oportunidad del día para desenmascarar a ese

impostor que nunca antes había visto un taller de imprenta.

Qué criatura maravillosa. Todo le salía al primer intento. Pero como yo tenía que estar soplándole todo el tiempo, me salió una prueba defectuosa y el maestre me hizo distribuir su caja para que «aprendiera». No nos mezquinaba ese tipo de lecciones, pero ese día no me importó porque había salvado a 44, y lo había hecho sin que ninguna sospecha recayera sobre mí. Me sentía más cerca de él que nunca, como era natural.

Así transcurrió el resto de la jornada, sin mayores acontecimientos, hasta que, cuando el día ya terminaba y los aprendices estábamos fregando las herramientas, y yo me sentía bueno, bien y orgulloso, Ernest Wasserman fue y me delató.

Capítulo 8

Me escabullí corriendo. Fue una buena idea porque así me salvé de la vehemencia de las primeras reacciones de mis compañeros si no, además de los insultos, me habría ligado golpes y patadas. Me escondí en el fondo del castillo, bien lejos del resto, en un sector que nadie visitaba: un laberinto de pasillos y pasajes oscuros. De más está decir que no pensaba cumplir esa noche mi promesa de visitar a 44, y estaba seguro de que, dadas las circunstancias, él tampoco me esperaba.

Tuve que perderme la cena y eso era una desgracia para un chico en edad de crecimiento, como yo. Además iba a congelarme en ese escondite húmedo y helado. En cuanto a dormir, poco podría con el frío, las ratas y los fantasmas. En realidad no vi ningún fantasma pero estuve pendiente de ellos, desde luego, porque después de tantos siglos de existencia saturada de romances y crímenes furtivos, ese edificio vetusto debía estar colmado de espectros. Además, hasta donde sé, entre la desgracia de esperar y oír señales de los fantasmas y el espanto de verlos efectivamente no hay una gran diferencia.

La verdad es que no me molestaba que mi sueño fuera liviano porque no me quería dormir. Tenía unos cuantos problemas, se avecinaban otros y quería rezar para pedir ayuda porque depositaba todas mis esperanzas en las plegarias. De tanto en tanto me quedaba dormido porque era una criatura joven, de sangre caliente. Me despertaba y en esos largos intervalos de vigilia oraba sin cesar, con fervor y sinceridad. Pero me hacían falta plegarias más poderosas —de seres puros y santos, de seres *consagrados*— que, a diferencia de las mías, fueran atendidas con seguridad. Necesitaba las plegarias de las Hermanas de la Adoración Perpetua, que podían obtenerse

por cincuenta groschens de plata.

En tiempos de peligro, cuando los problemas se avecinaban o podían empeorar, esas plegarias eran más eficaces que las de cualquier cura. Las de los curas sólo se elevaban al cielo en los turnos de oración y uno quedaba desprotegido durante los intervalos. En cambio, las plegarias de ellas eran permanentes: no se interrumpían ni de día ni de noche, de ahí venía el nombre de la congregación. Cuando dos hermanas se levantaban del altar, otras dos se arrodillaban de inmediato en su lugar y las súplicas proseguían sin interrupción. El convento estaba al otro lado del río, pasando la aldea, pero podría enviarles mi dinero con Katrina. Las Hermanas nos hacían una tarifa especial a los habitantes del castillo, como reconocimiento por el favor que nuestro Príncipe les había hecho para calmar la ira de Dios, luego de asesinar a su hermano mayor, el Gran Príncipe de Bohemia y anterior jefe de la familia.

Nuestro Príncipe había mandado a reparar y decorar suntuosamente la antigua capilla de nuestro castillo para que las Hermanas celebraran allí sus ceremonias mientras se reparaba su convento, luego de que le cayera un rayo. Las Hermanas vendrían el domingo a nuestro castillo y habría una ceremonia más importante que la habitual, porque exhibirían la Hostia Consagrada en el ostensorio y pondrían cuatro hermanas guardianas, en lugar de dos, para velar en las horas de adoración. Si yo enviaba mis cincuenta groschens a tiempo, podría aprovechar la oferta y empezar bien desde el principio, como quien dice. Nuestro príncipe también se hacía cargo del costo de un tercio de las reparaciones del convento, así que las Hermanas nos debían muchos favores. El querido y honesto Padre Peter presidiría la ceremonia para ellas. El Padre Adolf no se había ofrecido porque no había dinero para el cura: todo lo que recibían las Hermanas se destinaba al pequeño orfanato que tenían a su cargo.

Cuando las ratas dejaron de corretearme encima supe que la larga noche llegaba a su fin y salí a tientas de mi refugio. Encontré a Katrina en la cocina, trabajando a la luz de una vela. Escuchó mi historia, se apiadó de mí, maldijo a Ernest y juró que iba a cantarle las cuarenta, con ilustraciones y notas a pie de página incluidas. Katrina iba y venía mientras me preparaba un desayuno caliente.

Luego se sentó a verme comer. Como buena cocinera, disfrutaba de mi voracidad, y la verdad es que yo estaba terriblemente hambriento. Me gustó que se enojara con los canallas que perseguían a su chico y que se burlara porque ninguno tenía agallas para enfrentarse con él o el señor. De pronto dijo que daría cualquier cosa con tal de que nuestro compañero Dongivadam [7] estuviera con nosotros. Yo la abracé, agradecido. Nos arrodillamos delante del pequeño altar de la Sagrada Virgen. Katrina pidió ayuda con un fervor y una lealtad que me emocionaron. Se puso de pie renovada y fortalecida y le dedicó a sus enemigos el insulto más certero, subido de tono y malediciente que oí brotar de unos labios incultos, por obra y gracia del talento natural.

Ya amanecía así que procedí a hablarle a Katrina de mi idea respecto a las Hermanas de la Adoración Perpetua. Me felicitó y me bendijo por mi piedad y mi buen corazón, luego me aseguró que ella les llevaría el dinero y organizaría todo. Tuve que pedirle que me prestara los dos groschens que me faltaban para llegar a cincuenta. Me dijo:

—¿Con las molestias que te tomaste por ayudar a mi muchacho? Por supuesto que sí. Y si me pidieras cinco, también te los daría.

Las lágrimas colmaron sus ojos y me abrazó. Yo corrí a mi habitación, cerré la puerta, saqué mi tesoro de su escondite, conté las monedas y vi que había *cincuenta*. No podía entenderlo. Las conté de nuevo, dos veces, y comprobé que no me había equivocado. Había dos groschens de más y no tendría que endeudarme. Le entregué el dinero a Katrina y le hablé del prodigio. Ella contó las monedas y también se sorprendió. No podía entender. Entonces, de pronto, se arrodilló ante el altarcito y expresó su gratitud a la Santa Virgen por la respuesta tan rápida y milagrosa.

Cuando se levantó, era la mujer más orgullosa de toda la región. Y tenía sus razones. Trató de expresarse con humildad:

—¡La Virgen hizo más por esta pobre y humilde sirvienta, polvo de la tierra, que por los monarcas coronados! —Los ojos le brillaban aunque quería disimular.

En una hora, se había corrido la voz por todo el castillo. Le hacían reverencias y le tributaban honores cuando la veían pasar. Pero aquel amanecer fue el comienzo de un día desdichado para

y para mí. Los hombres del taller estaban hoscos y de mal talante. En cuanto se presentaba la menor oportunidad me hablaban con desprecio y se burlaban. Katzenyammer, ocurrente, me inventó un apodo impublicable y todos se rieron a los gritos y rasparon sus cajas con sus reglas, un código de nuestro gremio con el que se celebran los sarcasmos. Las risas eran para la ocurrencia de Katzenyammer y el sarcasmo quedaba para mí. Cuando alguien raspa su caja, tiene que elegir con cuidado a su víctima porque no cualquiera puede soportarlo. Es la expresión de burla más eficaz y elocuente inventada por los seres humanos. Produce un sonido apremiante y horrible; en manos de un experto suena como el rebuzno de asno. He visto compañeros desenfundar su espada por eso.

En cuanto al apodo que me puso Katzenyammer, diré que me lastimó y amargó más que cualquier humillación que hubiera recibido hasta ese momento. Lloré como una chica, y eso les encantó. Se frotaban las manos y reían a carcajadas. Sin embargo, el apodo era totalmente inapropiado para una persona de mi contextura. Era el nombre informal, proveniente de Inglaterra, que se usaba en nuestro oficio para describir una especie de letra. Todas las letras de molde se afinan un poco, son más angostas en la punta que en la base, pero en algunas el ensanchamiento es tan pronunciado que se detecta de lejos y los exagerados dicen que esas letras parecen un botellón. De ahí venía el apodo odioso que me había endilgado Katzenyammer. Yo conocía a los tipógrafos y sabía que el apodo me iba a quedar. ¡Una hora más tarde ya lo habían agregado a mi lingote! Junto a mi número de identificación cualquiera podía leerlo en el registro de tareas asignadas: «*Lingote 4, Botellón*». Quizá les parezca una banalidad pero puedo asegurarles que ciertas banalidades no son tales para un chico de mi edad. Pocas cosas me han avergonzado tanto en la vida.

Los hombres no le dieron respiro al pobre 44. Cuando cruzaba la sala y les daba la espalda, le tiraban cuñas y cuadratines que le pegaban en la cabeza y rebotaban en una especie de lluvia de plomos. Si se agachaba porque el trabajo lo requería, el compañero que tenía al lado le propinaba un violento reglazo en su elevación inferior y luego se disculpaba, diciendo:

—¿Oh, eras tú? Lo siento, pensé que era el perro.

Y reían a carcajadas de nuevo. Se dedicaron a mortificarlo de todas las maneras posibles. Lo hacían más contra el señor que contra él. Querían provocar a 44 para que reaccionara, así podían responderle con una paliza pero fracasaron y perdieron el tiempo.

El miércoles regresaron con ideas nuevas y más esperanza. Se le acercaron y le metieron pedazos de hielo por la espalda. Encendieron un fuego bajo el fregadero y cuando él lo descubrió y corrió a apagarlo, se abalanzaron con baldes de agua que le vaciaron encima, mientras lo insultaban por cruzarse en su camino y malograr sus esfuerzos. Al rato, tuvo que entintar para Katzenyammer y éste trató una y otra vez de pegarle en la cabeza con la palanca de la frasqueta; no le daba tiempo para alejarse, hasta que finalmente bajó la palanca tan rápido que no llegó a encajarla en su sitio, la golpeó contra los rodillos y terminó doblada como un arco. 44 recibió los insultos como si hubiera tenido la culpa.

Fue una mañana de perros, pero fracasaron de nuevo. A la tarde le encargaron el pliego de una Biblia en latín y la preparación le llevó hasta el atardecer. Cuando ya lo había revisado y regresaba con las galeras, Moses le hizo una zancadilla y 44 terminó despatarrado en el piso con las galeras. Katzenyammer echaba humo, furioso por la torpeza, pero se desquitó cruelmente con 44 en vez de culpar a Moses y le ordenó que volviera después de la cena y compusiera el pliego de nuevo, a la luz de la vela, aunque le llevara toda la noche.

Eso fue demasiado para Fischer. Empezó a protestar pero Katzenyammer le dijo que no se metiera, los otros se acercaron con miradas amenazantes y Fischer tuvo que recular y cerrar la boca, arrepentido de haber tratado de ayudar al chico porque eso le dio al oficial mayor una excusa para redoblar el castigo. Dirigiéndose a Fischer dijo:

—¿Así que te crees importante? Voy a darte una pequeña lección para que entiendas que la mejor manera de meter en problemas a ese delincuente es tratar de evitárselos.

Y ordenó a 44 que juntara todas las letras sueltas y las distribuyera en sus cajas antes de empezar a trabajar con la forma. ¡Era un trabajo que llevaría toda la noche! Y esa pobre criatura desamparada no había hecho nada para merecerlo. ¿Estaba

enterado el señor de estos atropellos? Sí, y por dentro estaba que hervía, pero tenía que tragarse la furia y disimular. Sus propios empleados lo tenían en su poder y lo sabían. El señor se había comprometido a entregar un trabajo muy importante para la Universidad de Praga. Nuestras tareas iban atrasadas, sólo faltaban unos días para la entrega y no terminar implicaba la ruina. Así que el señor tenía que ignorar estas aberraciones y hacer oídos sordos. ¿Dónde encontraría otros tipógrafos si los suyos entraban en huelga? Eso era a lo que apuntaban, sólo buscaban una excusa. ¿Buscaría en Venecia, Frankfurt, París, Londres? ¿Cómo? Todos esos lugares estaban a semanas de distancia del castillo.

Ese miércoles por la noche los hombres se fueron a la cama de lo más contentos y yo muy triste. Pero me había anticipado. A la mañana siguiente, el trabajito del chico estaba terminado a la perfección. ¡Una vez más había logrado sorprendernos a todos!

Entonces sobrevino el desastre. Los hombres se hartaron y se declararon en huelga. Cuando se enteró, el pobre señor cayó en cama vencido por las preocupaciones, la humillación y el desconsuelo. Se agitaba a causa de la fiebre, repetía penosas incoherencias a Marget y Katrina, sus afligidas enfermeras. Los hombres, mientras tanto, discutieron y discutieron para formular las bases de su reclamo. Finalmente terminaron el documento y se lo acercaron al señor. Era muy simple y directo: decía que la presencia del delincuente era una desgracia y un agravio insufrible para todos y que se negaban a retomar sus trabajos si el señor no despedía a 44.

Sabían que el señor no podía despedir al muchacho sin pruebas porque eso implicaría degradarse ante su propio gremio y tener que entregar su espada. Pero si no echaba a 44, dejarían de trabajar, él no podría cumplir con el importante contrato y terminaría en la ruina.

Los hombres estaban contentos. El señor tenía sólo esas dos opciones. Hiciera lo que hiciere, lo tenían en su poder.

Capítulo 9

Ese viernes por la mañana el taller permaneció cerrado por primera vez en la historia. Qué momento oscuro y lúgubre. Y no había esperanza. Los hombres fueron temprano a misa en la aldea, como siempre, pero no volvieron para desayunar. Llegaron una hora después y se quedaron dando vueltas, malgastando el tiempo muerto con su charla deprimente, sus chismes, profecías y juegos de cartas. Defendían la fortaleza aunque nadie quería asaltarla. Nadie se hubiera arriesgado a entrar al taller y empezar a componer.

No había esperanza. Cuando Katrina pasó delante del grupo de huelguistas, Moses no pudo contenerse:

—No pierdas la fe, Katrina. Las plegarias todo lo logran. Quizá podrías pedirle un favorcito a tu amiga, la Virgen.

El semblante de Katrina mostró un cambio tan súbito que pareció que le habían dicho algo agradable, en lugar de una vulgar blasfemia.

—Gracias por la idea, canalla. ¡Lo haré! —le contestó, y se fue caminando de lo más entusiasmada, casi en puntas de pie.

La seguí porque el comentario me había dado una idea también a mí. Si se trataba de levantar los ánimos, teníamos que apelar a todos los recursos disponibles, es decir, pedir ayuda a todas las fuerzas sobrenaturales que respondieran por amor o dinero: la Santa Madre, el mago Balthazar y las Hermanas de la Adoración Perpetua. Mi sagacidad sorprendió a Katrina. La esperanza la exaltaba y yo me sonrojé con sus elogios. La verdad es que, si merecía alguna alabanza, era por otro motivo: le había propuesto que cambiara mis anteriores intenciones (cuando uno eleva una petición a los cielos se llama «intención») y que pidiera a las Hermanas que no rezaran por mi bien, que se olvidaran de mí y rezaran en cambio para que

Dongivadam viniera a rescatar a nuestro señor. Era un sacrificio noble y hermoso de mi parte, dijo Katrina, que Dios recordaría y recompensaría. Yo ya lo había pensado; era lo que se estilaba y correspondía.

Katrina dijo que primero se ocuparía de que 44 le implorara a su amo supremo, el mago, que ejerciera sus temibles poderes a favor del señor, tal como le sugerí. Estábamos reanimados, las nubes se disipaban y el sol brillaba de nuevo para nosotros. Habíamos encontrado la solución más sensata: aunar recursos en un fondo común en vez de dispersarlos, apostar nuestro dinero a tres cartas y no a una sola, cosa que aumentaba nuestras posibilidades de ganar, de una manera u otra. Katrina dijo que esas fuerzas poderosas empezarían a trabajar en una hora a más tardar, y que ella misma se encargaría de mantenerlas continuamente ocupadas en el asunto, hasta que pudiéramos izar la bandera de la victoria.

Dejé a Katrina y me fui caminando por el aire, como quien dice. Pero por dentro dudaba de una de nuestras cartas, la del mago. Estaba seguro de que él podía ayudarnos si quería pero ¿querría? Si María Vogel y su madre se lo solicitaban era probable que sí. ¿Pero quién le pediría a ellas que se lo pidieran? ¿Katrina? Es cierto que ni Frau Stein ni su hija querrían que el señor terminara en la ruina porque eso implicaría su propia ruina, pero los huelguistas las habían convencido de que el único que quedaría en la ruina a causa de la huelga sería 44. En cuanto a la influencia de 44 sobre su amo poderoso, no le daba mucho crédito. Era como esperar que un pobre lacayo contara con la atención y el favor de un soberano.

Le tenía mucha confianza a la carta de Katrina. Y no dudaba de la mía. Estaba convencido de que Dongivadam escucharía nuestros ruegos si venía. En cuanto a lo que fuera capaz de hacer, ésa era otra cuestión. Pero había algo seguro: se pondría del lado del más débil en la pelea, sin importar que el más débil tuviera razón o estuviese equivocado, y haría todo lo humanamente posible por él, y también más.

Dongivadam era un compañero errático. Nadie sabía cómo se llamaba realmente. Su nombre se había hundido hacía tiempo en el olvido bajo ese apodo, que lo pintaba tal como era. Podíamos molestarlo, cruzarnos en su camino, complicarle las cosas; a él le daba igual y nos lo hacía saber. Siempre estaba contento, animado,

alegre. Siempre había sido gentil, generoso, amigable, despreocupado y derrochador. Nunca pudo ahorrar un cobre, y tampoco lo intentó. Podía estar en las buenas o las malas pero siempre vestía con elegancia porque era un figurín de nacimiento, un galán, lucía siempre tan elegante y bien vestido como el mismísimo Satán. Era un seductor nato y lo sabía. No le temía a nada ni a nadie y era un buen duelista, por instinto y por afición. Todos los tipógrafos eran espadachines expertos pero él era un maestro consumado de la esgrima, ágil y veloz como un gato.

Además era muy culto; podría haber ocupado, con honores, el sanctasanctórum, como le decían al gabinete del editor en la irreverente jerga de nuestra profesión. Su voz de barítono era rica y poderosa, además tocaba instrumentos con habilidad, tenía un amplio conocimiento de todas las artes y podía blasfemar en nueve idiomas. Era un buen hijo de la Iglesia, fiel a sus deberes religiosos, y era el amigo y camarada más agradable del mundo.

Pero nadie lograba que se quedara en un solo sitio, siempre estaba de paso, viajando por Europa de aquí para allá. Si en la historia hubo un buen candidato a oficial mayor de imprenta, ése fue él. Podría haber tenido ese puesto en cualquier parte con sólo pedirlo pero, si alguna vez tuvo su caja en un taller, no quedó registro en la memoria de los hombres. Sabíamos que nos visitaría varias veces por año. Hacía lo mismo en Frankfurt, Venecia, París y Londres, pero siempre partía en cuanto había ganado lo suficiente para ofrecer un festín a los muchachos y guardarse unas monedas para llegar hasta el siguiente destino en su perpetuo camino de lechero, como se suele decir.

¡Había tanto para hacer, tan poco tiempo para hacerlo y allí estábamos, de brazos cruzados! Teníamos que terminar el encargo para el lunes siguiente, cuando llegarían los comisionistas de Praga a reclamar sus doscientas Biblias. Me refiero a los pliegos porque no teníamos obligación de encuadernarlas. Nos habíamos deslomado con ese trabajo durante ocho meses. Nos faltaban sólo treinta mil caracteres para terminar con la composición. Podíamos hacerlo si le dedicábamos todos nuestros esfuerzos en jornadas de catorce horas. Después imprimiríamos los últimos pares de pliegos en media jornada más y alcanzaríamos el plazo estipulado en el contrato. ¡Pero allí estábamos, de brazos cruzados, mientras se acercaba

nuestra ruina!

Todo el viernes y el sábado me los pasé yendo y viniendo de la Torre del Búho a la cocina. Subía hasta la Torre con la esperanza de ver llegar a Dongivadam por el sinuoso camino del castillo y bajaba luego a pedir novedades y consejo a Katrina. Llegó la noche del sábado y no había pasado nada, seguíamos en la incertidumbre, sin saber a qué atenernos. El mago le había hecho un desaire a 44: de pronto había dejado de oficiar como su protector. Katrina procedió a explicar entonces a María Vogel y a su madre que ellas también estaban en peligro, con eso logró asustarlas y ellas intercedieron ante Balthazar. El mago se mostró gentil y solidario, dispuesto a ayudar pero también esquivo. Dijo que los tipógrafos no habían causado el problema y que actuaban contra su propia voluntad, sólo eran instrumentos inconscientes de tres de los más malignos y poderosos demonios del Infierno. Los conocía, nos dio sus nombres: los había combatido y vencido una vez, pero casi al precio de su vida. Esos demonios no conspiraban contra el señor. La verdadera presa era él mismo. Aún no podía predecir el resultado de la lucha, aunque estaba consultando las estrellas y se proponía hacer cuanto pudiera.

Si era cierto que había tres poderosos demonios involucrados en la conspiración, sus conjuros no serían suficientes, ¡tendría que invocar la presencia y ayuda del mismísimo Príncipe de las Tinieblas! El resultado sería terrible, claro, porque muchas personas inocentes morirían de pánico ante el aspecto espantoso del Príncipe del Mal, y sus truenos y sus relámpagos, pero si eso era lo que querían las damas…

¡Pero las damas no querían! Y para el caso, no lo quería nadie. Así estaban las cosas. Si esos tres demonios no se sumaban al juego, Balthazar podría participar, vencer y restablecer la paz en el castillo, pero si los tres demonios se sumaban a la conjura, estaría atado de pies y manos porque evidentemente ni él ni nadie querría a Lucifer en su bando. Qué incertidumbre trascendental. No había nada que hacer, sólo esperar y ver qué decidían esos tres demonios.

Mientras tanto, Balthazar se dedicaba de lleno a sus conjuros. Echaba polvos, lagartijas y salamandras, grasa humana y todo tipo de ingredientes misteriosos en su caldero. Envuelto en nubes de vapor, preparaba una pócima hedionda que apestaba todo el castillo

y podía olerse hasta en el Cielo.

Yo me aferré a mis esperanzas y me instalé en la Torre del Búho hasta que la noche cayó sobre el valle y lo cubrió todo con la niebla plateada de la luz de la luna, pero Dongivadam seguía sin aparecer por el camino y me embargaba la pena. De todas maneras, la mañana era prometedora. La misa de nuestra capilla tendría poderes especiales porque habría cuatro Hermanas en servicio frente al altar, en lugar de las dos de siempre. La idea me reanimó.

Por lo visto, todos los tiempos —sean tristes o luminosos y alegres— son propicios para el amor. Desde la ventana, vi a dos parejas haciendo horas extra: Fischer y Marget, y Moses y María. No envidié a Moses, pero si yo hubiese sido un poco mayor y Fischer hubiera necesitado un suplente… No importa; todo esto fue hace mucho, mucho tiempo, y esas cosas ya no me interesan. Pero Marget era una chica muy bonita.

Capítulo 10

Era un domingo hermoso, tranquilo, pacífico y bendecido por la luz del sol. Parecía increíble que en un mundo tan bello hubiera lugar para discordias y enemistades. La mañana transcurría serena y los habitantes de la casa se fueron presentando uno tras otro, todos vestidos de gala: las mujeres con sus trajes más bonitos y los hombres de terciopelo y encaje, con calzas ajustadas que resaltaban los músculos de sus piernas. Al señor y su hermana los trajeron en andas hasta la capilla para que gozaran de los beneficios de las plegarias —él estaba medio dormido y no del todo en funciones. Los demás los seguimos hasta nuestros puestos. Sólo faltaban 44 y Balthazar porque la capilla no era un lugar idóneo para un mago y su médium. Los aldeanos también habían asistido y todos los asientos estaban ocupados.

La capilla había quedado magnífica con su pintura nueva y sus dorados. Y ahí teníamos el órgano, una invención reciente que no había visto casi nadie en nuestra congregación. La música empezó a sonar suavemente y las personas, sobrecogidas, contuvieron el aliento. Sus caras estaban iluminadas por el éxtasis. Yo, por mi parte, nunca había oído nada tan lastimero y dulce a la vez, tan colmado por el espíritu profundo y reconfortante de la religión. La música sonó plañidera, como si llorara o gimiera; la melodía iba y venía, primero nítida, después se fue replegando en la oscuridad, luego renació de a poco y con fuerza para aliviar nuestras penas y ungirnos con su paz indescriptible. Cuando alcanzó la nota máxima, el estallido de júbilo y triunfo, las religiosas entraron marchando en fila. Les aseguro que en ese momento todos los pensamientos mundanos e innobles abandonaron el lugar. Esa reunión de almas anhelantes parecía un jardín sediento del rocío de la verdad,

preparado para recibirlo, guardarlo como un tesoro y ofrecerle su fertilidad.

La cara del Padre Peter irradiaba bondad, amor y luz, y nos transmitía esperanza. Hacía bien mirar a ese hombre justo. Nos habló del origen de la Adoración Perpetua: una semilla que el Señor había plantado en el corazón de Santa Margarita María de Alacoque, como reclamo porque los hombres no le rendían culto a pesar de todo lo que Él había hecho por ellos. El Padre Peter nos dijo:

—La intención de la Adoración Perpetua es complacer a Nuestro Señor y resarcirlo, al menos en parte y a través de la expiación, por la ingratitud de la humanidad. Las Hermanas hacen guardia día y noche frente al altar para ofrendarle muestras de alabanza y gratitud al Altísimo olvidado e ignoto. No las detienen el calor del verano ni el frío del invierno. No conocen descanso o pausa, ni de día ni de noche. ¡Qué vocación sublime! Después de la dignidad sacerdotal, no hay otra más sublime. La devota consagrada tiene que ser una virgen que eleve sus manos inmaculadas y su corazón puro al cielo y suplique piedad y rece sin cesar por el bienestar de sus congéneres, especialmente por aquellos que se encomendaron a sus plegarias.

El Padre Peter habló de las bendiciones materiales y espirituales que descenderían sobre quienes donasen parte de sus bienes para las reparaciones del convento de las Hermanas de la Adoración Perpetua y su nueva capilla. Dijo:

—En esa nueva capilla el Santísimo Sacramento será exhibido con toda solemnidad para su adoración la mayor parte del año. Nuestro deseo más profundo es levantar un hermoso altar para Nuestro Señor y Salvador, emplazarlo en un trono magnífico, rodeado de esplendores y un mar de luces. Nuestro Señor le dijo a su sierva, Margarita María de Alacoque: «Tengo un ardiente deseo de que los hombres me honren frente a la Hostia Consagrada. Quiero que me traten como a un rey en un palacio real». He ahí Su mandato. El deseo de Nuestro Señor es residir en un palacio real y que lo traten como a un rey.

La citada ambición les pareció lógica a muchos, y pasaron al frente y donaron dinero. Yo lo hubiera hecho encantado pero ya había entregado todo lo que tenía. A continuación, el Padre Peter se

refirió a los distintos testimonios que daban cuenta del origen sobrenatural de la Adoración:

—Los milagros que no figuran en las Sagradas Escrituras no son artículos de fe y sólo debemos creer en ellos cuando han sido confirmados por testigos confiables y refrendados por la Iglesia. Pero —agregó—, de vez en cuando Dios permite esos milagros para fortalecer nuestra fe o convertir a los pecadores.

Después nos encareció que no aceptáramos ningún milagro, o lo que confundiéramos por tal, con la sola guía de nuestro criterio, sin el consejo avezado de un cura o un obispo. Dijo que un hecho podía ser extraordinario pero no milagroso. Los verdaderos milagros eran factibles, además de extraordinarios. El milagro prestaba un servicio, y eso demostraba que no era un hecho fortuito sino que tenía una razón de ser importante. Ilustró la idea con varios ejemplos muy interesantes en que la naturaleza inusual del acontecimiento y su improbabilidad resultaban igual de elocuentes para la sensibilidad culta y para las inteligencias menos preparadas. A uno lo llamó «El milagro de Turín» y lo describió con estas palabras:

—En el año 1453, en una iglesia de Issiglio, robaron un valioso ostensorio con la Sagrada Eucaristía adentro. Los ladrones lo metieron en una bolsa grande y cargaron el botín en el lomo de un burro. El 6 junio, los bandidos iban por las calles de Turín con su carga cuando el animal se empacó y no lograron que avanzara por más golpes que le dieran. De pronto se cortaron las cuerdas que ataban la carga al lomo del burro, la bolsa se abrió sola, apareció el ostensorio, se elevó a las alturas y quedó milagrosamente suspendido en el aire ante la mirada asombrada de los espectadores. La noticia del maravilloso suceso circuló velozmente por la ciudad. El obispo se presentó con los clérigos de la ciudad. ¡Pero he aquí un nuevo prodigio! La Sagrada Eucaristía salió del estuche que la guardaba, el ostensorio descendió solo hasta el piso mientras la Sagrada Eucaristía permanecía, inmóvil y majestuosa, en el aire. Brillaba como el sol, y encandilaba con su luz deslumbrante. Las personas, asombradas, gritaban de júbilo y admiración y se arrodillaron llorando para adorar al Divino Salvador y celebrar el modo tan vistoso en que desplegaba Su gloria. El obispo, también de rodillas, elevó el cáliz hacia nuestro Señor y le imploró que

regresara. Entonces la Sagrada Eucaristía descendió lentamente, la llevaron a la iglesia en medio de la exaltación indescriptible de la gente y la ciudad de Turín ordenó construir una basílica imponente donde sucedió el milagro.

Comentó que en este caso contábamos con dos testimonios inobjetables sobre la autenticidad del milagro: el del obispo, que no nos iba a engañar, y el del burro, que no podía. Muchos miembros de la congregación, que hasta entonces se habían abstenido, se acercaron al altar e hicieron su donación. A continuación, el padre Peter dijo:

—Ahora veamos cómo una vez nuestro querido Señor dejó ver Su majestad en la ciudad de Marsella, para invocar la contrición de su gente. Fue en el año 1218. Exhibían el Santísimo Sacramento para su adoración en el convento de los Cordeleros, durante la Festividad de las Cuarenta Horas. Había muchos fieles en misa cuando, de pronto, las especies sacramentales desaparecieron y la gente pudo ver al Rey de Reyes en persona. Su semblante brillaba, iluminado. Su aspecto era severo y apacible al mismo tiempo, y nadie podía sostenerle la mirada. Los creyentes se quedaron paralizados de miedo porque enseguida comprendieron el significado de la augusta aparición. El obispo Belsune recogió el testimonio de más de sesenta testigos, bajo juramento.

Sin embargo, los habitantes de Marsella seguían pecando y hubo que amonestarlos de nuevo. Como comentó el Padre Peter:

—A dos personas piadosas les fue revelado al mismo tiempo que, si en la ciudad no se producía una conversión, nuestro Señor se presentaría a la brevedad con un terrible castigo. Dos años después llegó la peste y se llevó a gran parte de los habitantes.

A continuación, el Padre Peter contó que dos siglos atrás, en Francia, Belcebú y otro demonio habían poseído a una mujer y se habían negado a comparecer ante la invocación del obispo, pero salieron blasfemando ante la presencia de la Sagrada Eucaristía, «hecho presenciado por más de ciento cincuenta mil personas». También contó que en una iglesia sobre la que solían caer los rayos, pintaron el retrato de la Sagrada Eucaristía en un ventanal y desde entonces la iglesia quedó protegida. Después aprovechó la oportunidad para explicar que a las iglesias no les caen los rayos por casualidad sino por una razón lógica y atendible:

—A nuestra capilla le cayeron rayos cuatro veces. Algunos pueden preguntarse: ¿por qué Dios no desvió los rayos? Pero Nuestro Señor tiene sabios designios para todas las cosas y nosotros no estamos autorizados a cuestionarlos. Lo cierto es que si nuestra capilla no hubiera recibido esas visitas, no habríamos invocado la bondad y la caridad de las Hermanas de la Adoración Perpetua. Hubiésemos permanecidos alejados del Señor, felices en nuestra ignorancia. Quizás ése fue Su bondadoso designio.

Algunos de los feligreses, que no habían contribuido cuando la capilla recibió los primeros impactos de rayo porque no habían entendido el mensaje, ahora avanzaron contentos hacia el altar y ofrecieron su dinero. Pero otros, como el cervecero Hummel, siempre frío y cabeza dura, dijeron que les parecía una forma extraña de hacerse publicidad y que sería mejor que Dios Padre delegara esos asuntos en los entendidos, en personas prácticas con experiencia. Es decir que Hummel y otros como él no dieron nada. El Padre Peter anunció que contaría un último milagro y lo sentimos mucho, porque nos hubiéramos quedado horas escuchándolo hablar sobre estas maravillas conmovedoras y convincentes, que tanto bien nos hacían.

—En la tarde del 3 de febrero de 1322, sucedió lo siguiente en la capilla Loretto de Burdeos. El padre Delorde, sacerdote erudito y profesor de Teología, exhibió el Santísimo Sacramento para su adoración. Cuando terminaron de cantar el Pane Lingua, el sacristán de pronto se puso de pie, palmeó el hombro del padre Delorde y dijo: «Dios se ha aparecido en el Santísimo Sacramento». Delorde levantó la vista, miró la hostia consagrada y creyó percibir la aparición. Como pensó que podía tratarse de un simple efecto de la luz, cambió de posición para juzgar mejor. Entonces vio que la Sagrada Eucaristía se había dividido en dos partes para dejar que por el medio pasara la figura de un joven de prodigiosa belleza. Su cuerpo se proyectaba detrás del círculo del ostensorio. Era Nuestro Señor Jesús, que movía con gracia Su cabeza y bendecía a la congregación con la mano derecha mientras mantenía la mano izquierda posada sobre su corazón. El sacristán, algunos niños y muchos adultos vieron la aparición en la Hostia exhibida. Entonces, con una fuerza sobrehumana, el padre Delorde levantó el ostensorio y dio la bendición final, sin apartar los ojos del semblante divino. El

aniversario de la aparición se celebra todos los años en esa capilla.

Ya no quedaba nadie sin llorar.

En ese momento cayó otro rayo sobre la capilla, que quedó vacía al instante porque salimos todos corriendo en estampida. Había sido, sin duda, otro milagro porque en el cielo no había ni una nube. El Padre Peter se encargó de recolectar las pruebas y tomar las declaraciones. El milagro fue aceptado y consagrado en Roma y así fue como nuestra capilla se hizo famosa y se convirtió en destino de peregrinación.

Capítulo 11

Para Katrina y para mí, el milagro fue una prueba de que Nuestro Señor nos había escuchado y nos ilusionamos y alegramos mucho. Estábamos seguros de que Dongivadam vendría así que subí rápidamente a la Torre del Búho y retomé mi guardia.

Pero fue una nueva decepción. El día pasó lentamente, cayó la noche, salió la luna, y él no llegaba. A las once desistí y bajé, descorazonado y muerto de frío. No podíamos entender qué pasaba. Hablamos, le dimos vueltas en vano; era incomprensible. Finalmente Katrina pensó algo que arrojó un poco de luz y que expresó de la siguiente manera:

—A veces estas cosas se demoran por una sabia razón, por un propósito oculto, que supera nuestra comprensión. A la ciudad de Marsella le presagiaron por medio de una revelación que le llegaría el cólera para castigarla si no se convertía… pero el castigo llegó sólo después de dos años.

—Así es, querida —dije—. Ahora entiendo. Dongivadam llegará dentro de dos años y ya será demasiado tarde. ¡Pobre señor! Nada podrá salvarlo, está perdido. Mañana, antes del atardecer, los huelguistas habrán triunfado y él estará en la ruina. Me voy a dormir, y espero no despertarme nunca.

A la mañana siguiente, cerca de las nueve, apareció Dongivadam. ¡Ah, si hubiera llegado antes! Una vez más, me comporté como una niña, no pude contener las lágrimas. Dongivadam llegó caminando sin apuro desde la posada de la aldea y cuando entró contento y jovial en el castillo, nos tomó a todos por sorpresa. Ahí estaba una vez más, repartiendo saludos. A Frau Stein

le dio una palmadita bajo el mentón y le dijo:

—¡Bella como siempre, símbolo de la eterna juventud!

A Katrina le dijo que era su preferida y le robó un beso. María Vogel lo dejó cautivado porque estaba deslumbrante, le dijo, e iluminaba como un sol ese castillo mohoso. Después entró, contento, al comedor. Los hombres bebían su primera cerveza del día y urdían sus canalladas, ya en el umbral del éxito. Él repartió más saludos cordiales pero nadie se levantó ni le dedicó un gesto de bienvenida porque lo conocían y sabían que, en cuanto se enterara de lo que pasaba se pondría, por naturaleza y hábito, del lado del más débil. Dongivadam adoptó un gesto serio, se apoyó contra el borde de una mesa, cruzó los tobillos y, mirando atentamente las caras, dijo:

—Acá está pasando algo. ¿Cuál es el problema?

Los hombres se quedaron sentados, tristes y de mal humor, y ninguno le respondió. Él me miró y me dijo:

—Cuéntame, hijo.

Para mí fue un orgullo que me hablara. Me levantó tanto la moral que, aunque temblaba por dentro porque los hombres me daban miedo, abrí la boca para hablar pero no pude decir nada porque 44 me interrumpió humildemente:

—Disculpe, señor. Eso lo metería en problemas con sus compañeros, y el origen de las dificultades no es él sino yo. Si me permite explicar…

A todos les asombró que 44 tuviera el coraje de arriesgarse de esa manera pero Katzenyammer lo miró con desdén y le impidió seguir:

—Cierra la boca y no vuelvas a abrirla, por favor.

—Vamos a suponer que yo le pido que la abra —dijo Dongivadam—. ¿Qué harías?

—Se la *cerraría* bien cerrada.

En los ojos de Dongivadam asomó un brillo metálico. Le pidió a 44 que se acercara a su lado y dijo:

—Estás bajo mi protección. Continúa.

Los hombres se enderezaron en sus sillas con una expresión más dura, como si se aprontaran para entrar en acción. Hubo una pausa y el muchacho empezó a hablar, con la voz uniforme e insulsa de quien no es consciente del peso de sus palabras:

—Soy el nuevo aprendiz. Estos cobardes conspiraron para dejar al señor en la ruina porque me desaprueban sin motivo y sin ninguna razón honorable.

Los hombres empezaron a levantarse despacio, con sus torvas miradas clavadas en el chico. Dongivadam dijo, sin mirarlos:

—¿Eso hicieron?

—Sí —dijo el chico.

—¡Qué… bellacos!

Al instante todas las espadas estaban desenvainadas y los hombres estaban de pie.

—¡Vamos! —gritó Dongivadam, y desenfundó su estoque con un silbido mientras se ponía en guardia.

Los hombres vacilaron y retrocedieron unos pasos, y entonces Dongivadam aprovechó la oportunidad para saltarles encima como un gato. Al principio ellos reaccionaron bien pero no pudieron resistir su ataque impetuoso y terminaron por ceder y recular. Las espadas salieron volando por el aire, una tras otra, hasta que sólo quedaron dos enemigos armados, Katzenyammer y Binks. Nuestro salvador se resbaló y ellos se le fueron encima para ensartarlo. Fue horrible, e iba a ser peor, pero 44 acudió de un salto, los agarró del cuello con sus pequeñas manos y los dos cayeron al piso jadeando, agotados. Dongivadam ya estaba de nuevo en pie y en guardia, pero la contienda había terminado. Los otros hombres se rindieron formalmente, se tomaron varios minutos para recuperarse y se sentaron. Estaban débiles, aturdidos, quizá pensaban que había caído otro rayo. Lo cierto es que la pelea ya no estaba en sus manos y no hacía falta que se dieran por vencidos. Ahí se quedaron cabizbajos, pensativos. Los vencedores mirábamos con desdén a nuestros prisioneros de guerra, que formaban un grupo aparte.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó Dongivadam, intrigado.

—Con sus propias manos —dije yo.

—Déjame ver esas manos, hijo… Pero si son suaves y mullidas como las de una chica. Es imposible. ¿Cuál es tu secreto?

Le expliqué:

—No es su propia fuerza, señor. Su amo, Balthazar el mago, se la transmite a través de sus poderes.

Entonces comprendió.

Cuando vio que los hombres se acercaban tímidamente a las

espadas caídas para recuperarlas, Dongivadam le ordenó a 44 que se las trajera y le dijo, tentado:

—Si se resisten, usa de nuevo tus métodos persuasivos.

Pero ninguno se resistió. 44 le llevó las espadas, Dongivadam las dejó sobre una mesa y comentó:

—Con ese talento podrías haber frenado la conspiración, hijo.

—No había nadie para respaldarme, señor.

—Entiendo. Pero ahora estoy yo. ¿Te parece suficiente respaldo? ¿Pelearás a mi lado esta batalla?

—Sí, señor.

—Trato hecho. Yo seré el ala derecha y tú serás la izquierda. Vamos a terminar con esta conspiración ahora mismo. ¿Cómo te llamas?

El chico respondió con su simplicidad habitual:

—Número 44, Serie 864.962.

Dongivadam estaba envainando el estoque, pero se detuvo y se quedó pensando. Después le preguntó:

—¿Qué dijiste?

—Número 44, Serie 864.962.

—¿*Ése* es tu nombre?

—Sí, señor.

—Por Dios, ¡qué bonito! Vamos a dejarlo en 44 y el resto lo saldamos como excedente a mitad de precio. ¿Te parece bien?

—Sí, señor.

—¡Arriba, hombres, pónganse cómodos! 44 continuará con su informe sobre la conspiración. Adelante, chico, puedes hablar abiertamente.

44 contó toda la historia sin que nadie lo interrumpiera. Dongivadam comprendió que la situación era más grave de lo que había creído; de hecho era desalentadora. Hasta donde podía juzgar, el enemigo dominaba la partida. ¿Cómo podría él, o cualquier otro, salvar al señor de la trampa que le habían tendido? Estaba preocupado y se le notaba en la cara. Los hombres se dieron cuenta y lo miraron con sorna aunque no se animaron a decir nada porque estaban desarmados. Dongivadam se quedó pensando cómo seguir. Era consciente de sus miradas maliciosas. Cuando terminó con sus reflexiones, dijo:

—La situación es la siguiente: si el señor despide a 44… No, no

podría hacerlo legalmente, así que esa salida está bloqueada. Si 44 se queda, y ustedes siguen negándose a trabajar, el señor no podrá cumplir con el contrato, y eso significará la ruina. Evidentemente, lo tienen en sus manos.

Tras esa concesión, intercedió por el señor, el señor, el amable e intachable señor, el generoso señor que habían engañado terriblemente a pesar de que él nunca había hecho el mal a nadie y de que se apiadaría si estuviera en el lugar de ellos y ellos estuvieran en el suyo…

Antes de que su discurso surtiera efecto, Katzenyammer lo interrumpió:

—¡Basta de sensiblerías! ¡A callar! Nuestra posición es inconmovible. ¡El que ceda lo lamentará!

Un brillo combativo asomó a los ojos de Dongivadam.

—¿Se niegan a trabajar? Muy bien. Yo no puedo obligarlos ni convencerlos, ¡pero el hambre podrá! Quedarán encerrados en la imprenta, vigilados por centinelas, y el que rompa la huelga tendrá su recompensa.

Los hombres comprendieron que las posiciones se habían invertido. Conocían bien a Dongivadam y sabían que cumpliría con su palabra. Tenía las espadas, era el dueño de la situación. Hasta Katzenyammer había quedado mudo con ese jaque mate veloz; su lengua afilada no encontraba nada para decir. Marcharon en fila hacia el taller seguidos por 44 y Dongivadam, que cargaba las espadas y mantenía la paz y el orden. Pero pronto…

—¡Esperen! Falta uno. ¿Dónde está Ernest Wasserman? —gritó Dongivadam.

Seguramente se había escabullido mientras 44 contaba su historia. Pero en ese momento reapareció, bamboleándose y a los tumbos, y se dejó caer en una silla. Estaba blanco como la nieve.

—¡Oh, Dios Santo, Dios Santo!

A pesar de la ansiedad general por averiguar qué cosa horrible había pasado, Ernest no podía responder preguntas, sólo era capaz de temblar y gemir:

—¡Oh, Dios Santo, Dios *Santo*!

Era tal su pavor que no pudo decir más y salimos todos corriendo hacia el taller. Dongivadam iba a la cabeza y el resto lo seguía por los corredores húmedos y oscuros. Lo que vimos al llegar

nos dejó duros como piedra: la prensa giraba ante nuestros ojos, despedía páginas impresas más rápido de lo que podíamos contar —caían como nieve unas encima de las otras, formando una pila perfecta. ¡Y no había un solo ser humano a la vista, en ningún lado!

Eso no era todo, ni siquiera la mitad de todo. El resto del trabajo también era llevado a cabo enérgicamente pero no había ni un ser vivo. La esponja se elevaba y se embebía sola en el agua del cuenco, se alzaba en el aire, se detenía un par de centímetros encima de la galera y se estrujaba sola, rociaba la galera y se alejaba. Los plomos caían en su sitio tan rápidamente que parecía que llovían sobre la placa y luego subían en el aire e iban a posarse, tras cruzar toda la sala, en su casillero correspondiente. Y en menos de un segundo, otro puñado de plomos se alzaba de sus casilleros y salía disparado, y otro puñado tomaba luego su lugar. Las líneas se componían solas en el componedor, palabra por palabra; las frases se espaciaban y justificaban en menos de lo que le lleva a una persona chasquear los dedos. Al minuto el componedor estaba completo. De inmediato se vaciaba en la galera, y en pocos minutos la galera estaba completa y la caja estaba vacía, y había una montaña de páginas impresas, y los plomos reposaban húmedos en sus casilleros y el trabajo estaba terminado.

Nos dejó literalmente atontados ver estas cosas increíbles, imposibles. Cada tarea había sido realizada más rápido que el diablo *y* en un silencio *sepulcral*. La prensa funcionaba a tal ritmo que parecía hacer un ruido estruendoso pero uno enseguida se daba cuenta de que era sólo una ilusión, de que no se oía ningún sonido, y entonces empezaba a advertirse ese malestar y ese frío que sienten los seres humanos ante la presencia de fuerzas que no son de este mundo. Manos invisibles preparaban las formas y las ajustaban, levantaban los pliegos, los acomodaban en la prensa y retiraban los que ya estaban impresos. Había mucho movimiento pero no se oía ni una sola pisada, ni una sola palabra, ni un murmullo, ni un suspiro. ¡Oh, jamás me enfrenté a un silencio tan triste y extraño!

Pero al rato noté que había un trabajo sin hacer: ¡nadie corregía las pruebas! ¡Eran grandes expertos, sin duda! Al parecer, cuando hacían algo, lo hacían tan bien que no hacía falta corregirlo. ¿Nos maravillaba? Más que eso: nos tenía paralizados. No podíamos dar ni un paso para retirarnos, no podíamos siquiera persignarnos, nos

invadía una absoluta debilidad. Y, a la vez, no podíamos dejar de mirar. El espectáculo de esos objetos familiares desplazándose solos en el aire de un lado a otro, cumpliendo con su hermoso y complejo trabajo sin ayuda visible, era tan hipnótico que teníamos que seguir mirando; no podíamos evitarlo.

Las tareas fueron cesando una tras otra. Se extinguieron las energías tremendas de la prensa, sus sacudones y temblores. Manos invisibles retiraron la placa y la lavaron, fregaron la cama de la prensa y la aceitaron, colgaron la frasqueta de su gancho. Ahora no había ningún movimiento; sólo una quietud silenciosa y fantasmal. Duró unos pocos instantes húmedos y fríos. Entonces, de una de las cajas de plomos del fondo salió un sonido amortiguado pero inconfundible, por lo áspero, arenoso y sarcástico: ¡el roce de una regla contra el casillero de una caja! Se le sumaron varios sonidos similares, tan apagados y espectrales como la risa seca de los muertos.

A continuación, algo frío pasó a mi lado. No era viento, sólo frío. Me rozó la mejilla. Era uno de esos fantasmas, no necesitaba que nadie me lo dijera. Sentí ese aire húmedo y sepulcral que no se siente con las personas vivas. Nos apretamos todos contra la pared para darles paso. Los espectros dieron vueltas por el lugar, sin apuro. Fuimos contándolos en silencio cuando pasaban: eran ocho, igual que nosotros.

Capítulo 12

Volvimos, afligidos, a nuestra cantina y salón de ajedrez. La noticia de nuestra aventura circuló por el castillo y al rato vinieron las damas y los sirvientes, pálidos y asustados. Cuando les contamos lo que había sucedido se quedaron callados por un buen rato, lo que no estuvo nada mal. Pero los hombres no se quedaron callados. Dijeron que había que denunciar al mago ante la Iglesia para que lo enviaran a la hoguera, porque esto había sido *demasiado*.

En ese preciso instante apareció Balthazar. Cuando escuchó esas palabras horribles —Iglesia, hoguera—, se mareó, las piernas le fallaron y se dejó caer a los pies de las sillas de Frau Stein y María Vogel, todo ruegos y súplicas. La vanidad y la autosuficiencia lo habían abandonado. Juraba que no había convocado a los espectros, que no tenía nada que ver con el asunto. Sonaba tan sincero que era difícil no creerle y estaba tan angustiado que me conmovió aunque yo no lo quería, sólo lo admiraba.

Pero Katzenyammer lo presionó sin piedad, y lo mismo hicieron Binks y Moses Haas. María Vogel y su madre intentaron defenderlo aunque a pesar de sus esfuerzos no convencieron a nadie. Dongivadam dio en el clavo cuando hizo el comentario más sabio y revelador de todos:

—Balthazar Hoffman, estas cosas no pasan solas. Lo sabes tú y lo sabemos todos. Eres la única persona del castillo que tiene el poder para hacer ese tipo de encantamientos. En primer lugar, lo que vimos *ocurrió* realmente. En segundo lugar: no ocurrió solo. Y en tercer lugar: aquí estás tú. ¿Qué conclusión sacaría cualquiera que no fuese idiota?

Algunos gritaron:

—¡No tiene respuesta! ¡Es culpable! ¡A la hoguera!

El pobre mago empezó a lloriquear mientras los hombres se le iban encima, hechos una furia, para llevarlo ante las autoridades. Pero Dongivadam impuso un poco más de su buena cordura:

—Esperen. Si hacemos eso, él mantendrá activo el hechizo, para vengarse. Y queremos que lo retire, ¿o no?

Todos asintieron en forma unánime. La inteligencia de Dongivadam era, sin duda, excepcional.

—Muy bien, Balthazar Hoffman: te queda una sola oportunidad para salvar la vida. Has negado toda responsabilidad en el hechizo. Qué descaro, pero vaya y pase, no importa. Lo que importa es: si te dejamos ir, ¿nos prometes que no volverá a ocurrir?

Esas palabras lo reanimaron como la resurrección a los muertos. Tan eufórico como agradecido, contestó:

—¡Lo prometo, lo prometo por mi honor! ¡No volverá a ocurrir!

Todos quedaron conformes. La horrible sombra del miedo se esfumó de los rostros, parecíamos un grupo de condenados después de recibir el indulto. Pero Dongivadam le hizo jurar al mago que no huiría del castillo y que además permanecería alerta para defenderlo. A continuación agregó:

—Puede que el hechizo tenga un doblez maléfico. Temo que esas criaturas invisibles hayan compuesto e impreso pura basura para gastar las reservas de papel y así hacer incumplir el contrato al señor. Que alguien vaya a comprobarlo. ¿Quién se ofrece?

Se produjo un silencio como de una hectárea y varios metros de profundidad, y lo peor fue que encima empezó a agrandarse. Finalmente Moses Haas dijo, de mal modo:

—¿Por qué no va *usted*?

Todos sonrieron maliciosamente. Dongivadam también se las ingenió para sonreír pero se notó que no le había hecho ninguna gracia.

—Te voy a ser sincero: no voy porque me da miedo. ¿Hay alguien más valiente que yo?

La mayoría miró con picardía a Ernest Wasserman, pero él vociferó, molesto e indignado:

—¡Antes muerto! ¡Y después también!

Entonces la vieja Katrina dijo en voz alta y con orgullo:

—Apuesto a que mi muchacho no tiene miedo. Por qué no vas a mirar, hijo.

Todos pensaron que 44 se negaría pero yo intuía lo contrario, y no me equivoqué. Dongivadam le dio una palmada en el hombro cuando 44 pasó a su lado y lo felicitó por su valor. Ernest Wasserman hervía de celos. Frunció los labios y dijo:

—A mí no me daba *miedo* ir. Pero no soy ningún esclavo. No obedezco órdenes arbitrarias de cualquier fulano.

Nadie dijo una palabra pero todos sacaron sus reglas del bolsillo y las frotaron contra la madera que tenían más cerca. El ruido era como para bajarle los humos al más presuntuoso de los asnos y Ernest Wasserman optó por callar, humillado. Minutos después, 44 volvió con una primicia sorprendente:

—El trabajo está perfecto. El señor podrá cumplir el contrato.

—Hay que llevarle la noticia —ordenó Dongivadam, y Marget se puso de pie enseguida para ocuparse. Cuando su tío se enterara de que su honor y sus arcas estaban a salvo, sería como una medicina milagrosa: recuperaría su humor habitual y se levantaría de la cama antes de envejecer una hora más.

Es difícil dar una idea de lo disgustados que estaban los huelguistas. Fue un trago amargo y Katzenyammer habló en nombre de todos cuando dijo:

—No vamos a quedarnos de brazos cruzados. No levantaremos la huelga ni dejaremos que nadie vuelva al trabajo hasta que nos paguen las horas de paro.

Los hombres aplaudieron.

—¿A qué te refieres con horas de paro? —preguntó Dongivadam.

—Pago completo por el tiempo que duró la huelga.

—¡Por Dios! ¡Qué descaro! ¿Pagarles por tiempo que perdieron mientras trataban de dejar al señor en la ruina? Y ya que salió el tema, ¿quién le pagará *a él* por las horas de paro?

Los líderes sacudieron las cabezas con desdén. Binks dijo que esas irrelevancias no le interesaban.

Estábamos estancados. Había trabajo por hacer, los pliegos nos esperaban colgados a secar de los ganchos en el taller pero los hombres se negaban a acercarse hasta que no les pagaran las horas de paro y un cura oficiara una desinfección espiritual de la imprenta. El señor mandó decir que no cedería a semejante extorsión. Parecía que la batalla terminaría empatada: el señor

había salido victorioso de la parte más importante de la partida pero los hombres seguían teniéndolo en sus manos. Era exasperante y humillante, pero era un hecho y los hombres lo celebraban.

Entonces Katzenyammer pensó en algo que los demás no habían contemplado:

—Estamos dando algo por sentado sin contar con evidencias. ¿Cómo *sabemos* que el contrato se ha cumplido?

Fue un comentario sensato, sin duda. Todos asintieron. Y de hecho había sido, además, un acierto. Como saben, el prejuicio contra 44 era casi unánime en el taller. Dongivadam no sabía qué decir, estaba acorralado. Todos los semblantes expresaban su opinión ahora: los del bando rebelde eran pura alegría y los del otro bando, incomodidad. Había dos excepciones: Katrina y 44. El muchacho permanecía inexpresivo —su cara parecía de madera—, pero los ojos de Katrina echaban chispas.

—Sé bien a qué te refieres, Katzenyammer, borracho inmundo —le dijo—. ¿Estás diciéndole mentiroso a mi muchacho? ¿Por qué no vas a comprobarlo con tus propios ojos, entonces? A ver, ¿por qué?

—Para que sepas, no *necesito* ir. No me importa lo que pase con el contrato.

—Entonces, mejor cierra la boca y ocúpate de tus asuntos. Lo cierto es que no te atreves a ir, y lo sabes. ¡Grandulón cobarde, decirle mentiroso a un pobre chico desamparado, cuando no tienes coraje para ir y comprobarlo tú mismo!

—Mira, mujer…

—No me digas *mujer*, ¡lacra humana! —y se le plantó delante—. Dilo de nuevo y te arranco los dientes.

Katzenyammer murmuró:

—Está bien, retiro lo dicho.

Como algunos rieron por lo bajo, Katrina giró sobre sus talones y desafió a todos. Preguntó quién se atrevía a ir y se produjo un repliegue general. Katrina miró entonces a Dongivadam. Él negó despacio con la cabeza:

—Lo reconozco. No tengo agallas.

Katrina suspiró.

—Iré yo, entonces. Me encomiendo a la protección de la Reina de los Cielos. ¡Vamos, 44!

Tardaron un buen rato en volver.

—Me mostró todo y me explicó qué era cada cosa, y todo es exactamente como dijo —informó Katrina. Miró a los ojos a todos, uno por uno, y después se enfrentó con Katzenyammer: —¿Queda algún sinvergüenza que tenga el coraje de ponerlo en duda?

Nadie habló. Algunos de nuestro bando rieron; Dongivadam sonrió para sí, golpeó la mesa con el puño, como cuando el Señor Jefe de Justicia pronuncia un dictamen, y dijo:

—¡Asunto arreglado, entonces!

Capítulo 13

El día siguiente fue sombrío. Los hombres se negaron a trabajar; pasaron las horas vagando de mal humor, amargados, inquietos. No se hablaba mucho, apenas algún cruce de palabras, casi siempre entre dos y en voz baja. No hubo en todo el día una conversación general. Durante las comidas, el silencio fue la regla. Por la noche había poca animación y antes de las diez todos se habían retirado a sus habitaciones y el castillo estaba sumido en una soledad nefasta y triste.

Lo mismo al otro día. 44 recibía miradas terribles, amenazantes, de todos lados. Yo quería solidarizarme con él pero era demasiado cobarde. Me justificaba diciéndome que lo evitaba por su propio bien pero ni yo me lo creía. Como de costumbre, él no se enteraba de cuánto lo detestaban. La verdad es que, así como de a ratos era brillante, en otros momentos podía ser increíblemente estúpido. Marget lo compadecía y le hablaba con dulzura. También Dongivadam era gentil y bondadoso con él. Si veía que alguien lo despreciaba, insultaba al ofensor y lo desafiaba a que lo hiciera de nuevo, cosa que nadie se atrevía a hacer. Katrina también seguía protegiendo a 44, por supuesto. Sus amistades —las declaradas, al menos— se reducían a esas tres.

Así siguieron las cosas hasta que los caballeros de Praga llegaron a buscar su encargo. Además de su carruaje trajeron una carreta, que dejaron esperando en el gran patio. Había mucha inquietud entre nosotros. ¿Quién guardaría los pliegos en los canastos? Ninguno de los nuestros, eso era seguro. De hecho, tampoco permitirían que lo hiciera un desconocido. Dongivadam trató de hacerlos razonar pero Katzenyammer le dijo:

—No malgastes tus palabras. Después de todo, el contrato no se

cumplirá.

Dongivadam se enfureció:

—¡Yo mismo cargaré las mercancías en los canastos y los llevaré hasta la carreta! Katrina me ayudará. Antes de dejarlos salirse con la suya, prefiero que me maten los fantasmas. Supongo que la Virgen de Katrina nos protegerá a los dos. A menos que ustedes se atrevan a interferir, cosa que dudo.

Los hombres rieron entre dientes. Sabían que Dongivadam se había apresurado. No había tenido en cuenta el tamaño y el peso de los canastos. Corrió a hablar a solas con el señor y le dijo:

—Está todo arreglado, señor. Ahora bien, si usted…

—¡Excelente! ¡Pero qué sorpresa! ¿Y los hombres no…?

—No, pero no importa. Ya está todo arreglado. Si usted se encarga de agasajar con fasto a sus invitados, si les sirve vino en cantidad para que se sientan a gusto, en tres horas estarán las mercancías cargadas en la carreta.

—Oh, no te preocupes. Me encargaré de entretenerlos toda la noche.

Dongivadam se dirigió entonces a la cocina y le contó todo a Katrina y a 44. Yo estaba en ese momento y escuché. Katrina estaba de acuerdo, aceptó escoltar a Dongivadam hasta el taller, donde lo dejaría bajo la protección de la Virgen para que guardara sin riesgo los pliegos en los canastos, y cuando la cena de los señores ya anduviera por los licores y los frutos secos, ella lo ayudaría a cargar la carreta. Se fueron juntos rumbo al taller pero no los seguí porque pensé que ningún huelguista se metería en la cocina en ese momento y entonces podía conversar tranquilo con 44. Cuando Katrina regresó, dijo:

—Ese Dongivadam es una joya, un *hombre* de verdad y no un muñeco de cera como Katzenyammer. No quise desalentarlo, pero me parece que será imposible cargar esos canastos hasta la carreta. Son cinco, cada uno ocupa una carretilla, y se necesitan cuatro hombres para mover la carretilla…

44 la interrumpió:

—Ustedes son dos y yo reemplazaré a los otros dos. Ustedes empujarán de un lado y yo del otro. Tengo bastante fuerza.

—Hijo, no creo que sea buena idea que te vean con nosotros. ¿Quieres provocar aún más a esos hombres? ¿No te parece que ya

les caes bastante mal?

—Pero ustedes dos solos no podrán llevar todo. Si me dejan ayudar, en cambio…

—No te atrevas a dar ni un paso, ¿entendido? —contestó firme y resuelta Katrina, con los puños en las caderas. Pero la desilusión del chico la conmovió. Se arrodilló frente a su silla, le tomó la cara entre sus manos y dijo: —Dale un beso a tu vieja madre y perdónala, ¿sí? —Él asintió, y entonces los ojos de Katrina, tan vehementes hacía un minuto, se llenaron de lágrimas. —Eres todo lo que tengo en el mundo. Adoro el suelo que pisas, no puedo soportar que te arriesgues sin necesidad, Dios te bendiga. —Se levantó de un salto y nos trajo una tarta. —Pruébala, y que August también lo haga. No es como las que preparan en otras cocinas, que parecen un pedazo de armadura si una las muerde en la oscuridad.

Empezamos a comer la tarta con gusto y la conversación quedó en suspenso mientras Katrina nos observaba con satisfacción. Al rato, 44 dijo con delicadeza:

—Madre, él dio su palabra. Lo sabes.

El comentario surtió efecto. Katrina dejó de trabajar y empezó a pensar. Se apoyó contra la mesa de la cocina, con las piernas y los brazos cruzados y el mentón hundido en su pecho. Murmuró varias veces: «Sí, es cierto, lo hizo». Y se puso en movimiento: buscó el cuchillo grande y comenzó a afilarlo enérgicamente contra una piedra. Luego probó el filo, rozándolo contra la yema del pulgar, y dijo:

—¡Tengo la solución! Necesitamos dos voluntarios más. Le diré a Dongivadam que consiga uno y yo me encargaré de convencer al otro.

—*Ahora* sí me quedo tranquilo —dijo 44, y Katrina sonrió, feliz.

Quedamos solos en la cocina, jugando a las damas. Nuestra ilusión era que Katrina nos permitiera cenar allí con ella, ya que tanto para él como para mí era la compañía más agradable que se podía tener en el castillo. Mientras tanto el tiempo transcurrió y en el comedor se fue animando el ambiente. Cada vez que un criado entraba en la cocina podíamos oír los ecos del banquete, incluso fragmentos de canciones, lo que significaba que ya iban por los postres. Después cenamos con Katrina y poco después llegó Dongivadam, hambriento y cansado. Dijo que había guardado casi

todos los pliegos en los canastos pero que prefería no probar bocado hasta que la carreta estuviera cargada. Katrina le comentó su plan para conseguir ayuda extra por medio de la coacción y la persuasión, a él le gustó y se pusieron en marcha. Dongivadam dijo que no se había cruzado con nadie en el taller, por lo que suponía que los huelguistas estarían escondidos en el atrio, listos para interceptar cualquier intento de soborno a los peones de la carreta para que ayudaran a cargar las canastos.

Katrina nos ordenó a 44 y a mí que nos quedáramos en la cocina, cosa que desobedecimos en cuanto se alejaron. Bajamos por un pasaje secreto, llegamos al patio antes que ellos y nos escondimos. Estábamos cerca de la carreta. El cochero y los peones habían recibido su cena, luego habían alimentado a los caballos en los establos y ahora hablaban entre ellos mientras esperaban el cargamento. Dongivadam y Katrina se les acercaron y les preguntaron en voz baja si habían visto a los hombres del castillo pero, antes de que les respondieran, pasó algo: unos bultos oscuros se aproximaban al patio marchando en fila. Estaban a unos cuarenta y cinco metros y se acercaban. Cuando logramos distinguirlos, gracias a la débil luz de las linternas y la luz de las estrellas, nos dimos cuenta de que eran los hombres del taller, cada uno encorvado bajo el peso de un canasto. Era increíble, pero los cargaban ellos solos. La otra sorpresa fue que el primero que pasó a nuestro lado era Katzenyammer. Dongivadam, contento, le dio ánimos pero Katzenyammer sólo podía gruñir, agobiado por la carga.

Detrás marchaba Binks, que también recibió elogios y respondió con gruñidos. Y luego venía Moses Haas. Y enseguida, Gustav Fischer y, tras él, Ernest Wasserman, cerrando la procesión. Dongivadam estaba atónito. «No puedo creerlo. ¿Tú también, Ernest?», le dijo, y Wasserman le contestó que se fuera al infierno. Dongivadam sonrió y dijo: «Con eso me doy por respondido». Porque ésa era una expresión típica de Ernest Wasserman y así era como podíamos reconocerlo cuando nos cruzábamos con él en la oscuridad.

Katrina no decía una palabra. Sólo permanecía allí de pie, contemplando la escena, aturdida. Cuando todos los canastos estuvieron acomodados en la carreta y el grupo de portadores se

alejaba en fila, recuperó la voz. Pero se limitó a decir:

—¡Nunca se vio nada parecido!

Dongivadam los siguió unos metros. Les ofreció cenar todos juntos y festejar, pero le respondieron de mal modo y prefirió desistir.

Capítulo 14

La carreta partió al amanecer. Los invitados tomaron su desayuno a media mañana, pagaron el dinero del contrato y, después de un brindis de despedida se fueron en su carruaje. A eso de las diez, el señor, colmado de felicidad, indulgencia y buenos sentimientos, reunió a los hombres en la cantina y salón de ajedrez y pronunció un discurso que ensalzaba la generosidad que habían demostrado a último momento, cuando dejaron de lado los rencores y cargaron la carreta, salvando el honor y la subsistencia de la casa. Hablaba con lágrimas en los ojos y la voz temblorosa mientras los hombres se codeaban entre sí y lo miraban con estupor, hasta que finalmente Katzenyammer exclamó:

—¿Qué significa este delirio? ¿Se ha vuelto loco? *Nosotros* no hemos salvado nada en su nombre, no llevamos ningún canasto. —Se levantó, excitado, y le dio un golpe a la mesa. —Es más: quedamos en que *nadie* cargará esa carreta hasta que nos paguen nuestras horas de paro.

¡Imaginen! El señor estaba tan sorprendido que por un momento se quedó sin palabras. Después miró, indeciso y triste, a Dongivadam y dijo:

—¿Lo soñé, entonces? Podría asegurar que usted me dijo que ellos…

—Claro que lo hice. Le dije que cargaron la carreta.

—¡Ja, escuchen lo que dice! —gritó Binks, mientras se levantaba de un salto.

—Fueron esos cinco, señor. Katzenyammer iba primero y Wasserman cerraba la fila.

—Como que me llamo Wasserman que…

—Cada uno cargaba un bulto sobre los hombros.

Ya estaban todos de pie y ahogaron las palabras de Dongivadam con un aluvión de risas burlonas. La voz de toro de Katzenyammer se impuso a los gritos:

—¡Escuchen a este demente! ¡*Cada uno* llevaba un canasto que pesa doscientos cincuenta kilos!

Todos se hicieron eco de la ocurrencia y la repitieron a viva voz. Dongivadam reconoció la validez del argumento. Empezaba a quedar como un tonto. Los hombres se dieron cuenta y lo desafiaron a que dijera la verdad y moderara su imaginación. Estaba en una situación difícil pero no perdió la calma que lo caracterizaba. Se puso de pie y con toda humildad dijo:

—No entiendo. No puedo explicarlo. Me doy cuenta de que estos hombres no pudieron llevar esos bultos, y sin embargo estoy tan seguro de que los vi como de que estoy vivo. Todo ocurrió tal como lo he relatado. Katrina también lo vio. Estábamos despiertos, no soñábamos. De hecho, yo hablé con cada uno de los cinco, mientras cargaban las cajas en la carreta. Yo…

Moses Haas lo interrumpió:

—Perdón, pero nadie cargó ningún canasto en la carreta. No hubieran podido, porque nosotros estábamos vigilándola. —Y agregó irónicamente: —Sólo falta que el caballero diga ahora que la carreta se fue y que el señor recibió su paga.

Como sarcasmo era bueno y todos se rieron, pero el señor dijo con toda seriedad:

—Pues sí, me pagaron y se fueron.

Y Dongivadam agregó:

—La carreta partió, es cierto.

—¡Oh, vamos! —dijo Moses, mientras se ponía de pie—. Esto ya es *demasiado*. A ver si se atreve a repetirlo delante de la carreta. Vamos, síganme, y podremos comprobarlo.

Todos salieron corriendo detrás de Moses, ansiosos por demostrar que tenían razón. Yo estaba preocupado, habían empezado a dudar de lo que había visto con mis propios ojos, así que fue un alivio cuando llegamos al atrio y lo vimos vacío.

Pero Moses dijo:

—Bueno, bueno, ¿y eso qué es? ¿Una carreta o yo estoy loco?

Dongivadam ni se inmutó por esas palabras. Estaba contento, había recuperado la confianza, se le notaba en la cara. Dijo:

—Yo no veo ninguna carreta.

—¿*Pero qué dice*? —gritaron todos a coro.

—Yo no veo ninguna carreta.

—Ahora el señor va a decir que él tampoco ve una carreta… —dijo Moses.

—La verdad es que no veo ninguna —confirmó el señor.

—¡Bueno, bueno, *bueno*! —dijo Moses, totalmente desconcertado. Entonces se le ocurrió algo: —Dongivadam, me temo que te falla la vista. Ven, sígueme y toca la carreta, a ver si tienes la audacia de insistir con este disparate.

Dieron un par de pasos, Moses estiró la mano y se detuvo, pálido.

—¡Por Dios! —dijo—. ¡No hay nada!

La sorpresa era general. Se acercaron todos en puntas de pie, sin decir una palabra, y con espanto en la voz dijeron:

—¡No *está*! Era una carreta fantasma.

Se habían acercado al lugar, se persignaron y rezaron en voz baja. De pronto, enfurecidos, corrieron en tropel al salón de ajedrez, llamaron al mago y lo acusaron de romper su promesa y juraron que ahora sí lo entregarían a la Iglesia. Más rogaba él y más lo aterrorizaban, hasta que lo cargaron entre varios para llevárselo. Entonces Balthazar se quebró y dijo que confesaría si le perdonaban la vida. Le ordenaron que procediera y le advirtieron que si su confesión no era convincente, sería su fin. Él dijo:

—Odio decir esto, ¡qué vergüenza, cuánta ingratitud! ¡Tengan piedad, yo merezco su piedad! No puedo ocultarlo más: he cobijado una víbora en mi seno. Me dejé llevar como un estúpido por el cariño y le enseñé a hacer algunos hechizos a ese chico, a ese discípulo que quería tanto, y ahora él los ha usado para hacerles daño y destruirme.

Los hombres se abalanzaron sobre 44 gritando: «¡A la horca, a la horca!». Fue horrible. Pero el señor y Dongivadam se adelantaron de un salto y lo salvaron. Entonces Dongivadam se dirigió a la pandilla con sabiduría y sensatez, y eso produjo un efecto favorable, los calmó lo suficiente como para que lo escucharan:

—¿De qué serviría matar al chico? Él no es el causante. Aun si tiene algunos poderes, los obtuvo de su maestro, aquí presente. ¿No creen que, si el mago quisiera, podría hacer un hechizo para anular

esos poderes o neutralizarlos?

Por supuesto que era así, todos se dieron cuenta y lo reconocieron. Entonces Dongivadam aportó un poco más de sabiduría. En vez de mostrar que ya sabía todo lo que iba a pasar a continuación, les dio la oportunidad de que pareciera que decidían ellos. Pidió que lo asistieran en ese caso difícil y que sugirieran un modo inteligente y práctico de resolver la situación. La pandilla se sintió halagada y propuso que el mago jurara dejar sin efecto los poderes del chico, so pena de ser entregado a la Iglesia si volvía a pasar algo.

Dongivadam los felicitó por la idea y dijo que era inteligentísima, cuando en realidad no sólo la había sugerido él mismo sino que era lo que cualquiera habría pensado, hasta el gato, porque era la única salida sensata.

El mago fue obligado a prestar juramento y, ni lerdo ni perezoso, dio su palabra para salvar el pellejo. Después se enfrentó al chico y le reprochó su ingratitud en términos cada vez más enardecidos. Dio rienda suelta a su elocuencia y temperamento, fustigó a 44 con palabras terribles. Nunca sentí tanta pena por nadie y creo que a los demás también les dio un poco de lástima, aunque pensaran que se lo merecía, que le vendría bien como lección y que nos ahorraría problemas en el futuro. El mago finalizó de una manera tremenda, que nos heló la sangre. Se paseó majestuosamente por la sala, mirando a diestra y siniestra, como siempre que anunciaba algo terrible. Nosotros conteníamos la respiración. Entonces, apuntó con su largo dedo a 44, y dijo:

—Mírenlo, ahí sentado, y recuerden mis palabras y el presagio que encierran. Acabo de hechizarlo. Aunque él intente romper el hechizo y hacerles daño, no podrá. Pero les juro que si algún día lo logra, ¡le haré un maleficio en esta misma sala que lo reducirá a cenizas delante de todos!

Y abandonó el salón. ¡Dios mío! Todas las caras estaban blancas y nadie podía proferir ni una palabra. Pero había algo positivo: en todas las caras había compasión. Así es la naturaleza humana: si nuestro enemigo corre un terrible peligro, nos da lástima aunque el orgullo nos impida decirlo en público. Sin embargo, el señor y Dongivadam no tuvieron pudor en acercarse a 44 y rogarle que se cuidara, que no practicara hechizos y no corriera riesgos. Hasta

Gustav Fischer se aventuró a decirle una palabra amable. Al rato, la noticia ya circulaba por todo el castillo y vinieron Marget y Katrina. Ellas también le rogaron que tuviera cuidado y, por sus llantos abnegados, 44 parecía un héroe. Ernest Wasserman explotaba de celos. Se notaba que él también se hubiera postulado como candidato a ser reducido a cenizas con tal de obtener lo mismo a cambio.

Katrina le había faltado el respeto al mago varias veces y nunca le había tenido miedo, pero ahora se la veía preocupada en serio, se le habían ido todas las ínfulas. Fue hacia él y todos la seguimos. Se arrodilló y le rogó que eximiera al chico de su hechizo, que lo defendiera y lo protegiera y no lo redujera a cenizas. Todos estaban conmovidos, menos 44. Fue otro de esos momentos en que se portaba como un cabeza hueca, tenía una puntería pésima para elegirlos. Katrina temió que esa indiferencia irritara al mago y se hizo cargo ella misma de la pleitesía: todavía de rodillas, juró solemnemente que el chico iba a portarse bien y después se lo llevó lo más rápido que pudo.

En mi opinión, cuando a una persona están por quemarla viva se vuelve más interesante que nunca. Y eso fue lo que sucedió. Incluso tuvimos que llevar a 44 a la habitación de la dama enferma, la hermana del señor, quien lo observó estremecida, se mareó y se preguntó en voz alta qué aspecto tendría el chico cuando terminara todo. Hacía años que no se agitaba tanto, la conmoción le afectó los riñones, la médula, el hígado y otras funciones de su pobre organismo, que activaron milagrosamente sus engranajes y su circulación. Sorprendida ella misma, dijo que la visita le había hecho mejor que la montaña de medicinas que le habían hecho tomar esa semana. Pidió que trajeran al chico más seguido a visitarla y él prometió que lo haría dentro de lo posible. También dijo que, en caso contrario, le mandaría parte de sus cenizas, porque en el fondo era un chico bueno y considerado.

Ahora todos querían ver a 44. Las personas que antes apenas se habían interesado en él, como las sirvientas, Sara y Lanas, y el mucamo Jacob y el portero Fritz, estuvieron muy tiernos, más gentiles y amables que nunca, incluso le hicieron regalitos aunque eran pobres. Sentían mucha pena y la expresaban con lágrimas en los ojos, aunque de los ojos de 44 no asomaba ni una lágrima. Si lo

hubieran exprimido con la prensa hidráulica, no habrían sacado humedad ni para empañar un espejito de mano. Estaba en otro de sus malditos momentos de cabeza hueca.

Hasta Frau Stein y María Vogel se interesaron por él y lo observaban y le preguntaban cómo se sentiría —llegado el momento, se entiende—, e incluso le dijeron cosas mucho más amables que las que solían decirle. 44 se había convertido de pronto en alguien increíblemente popular porque corría ese espantoso peligro si no se portaba bien. Y aunque ahora yo me mantenía abiertamente cerca de él en todo momento, los hombres no me miraban mal, es decir que en ningún momento sentí ni un poco de miedo. ¡Y la cena que tuvimos esa noche en la cocina! Katrina se esmeró como nunca y además lloró mientras la preparaba, así que salió estupenda y bien salada.

Luego de cenar, Katrina me dijo que rezáramos toda la noche para que Dios no permitiera que 44 cayera en la tentación. Ella haría lo mismo. Yo estaba ansioso por empezar, y lo llevé a mi cuarto.

Capítulo 15

Pero cuando llegamos me di cuenta de que 44 no pensaba rezar; tenía en mente otras cuestiones más temporales. Me desconcertó, sentí que en mi interior renacía una sospecha que ya me había afligido antes aunque la había ahuyentado enseguida: la religión le importaba poco y nada a 44. Le pregunté si era cierto, ¡y él lo admitió! No puedo describir mi disgusto y mi sorpresa, los dejo librados a su imaginación.

En ese momento angustiante mi vida cambió y me convertí en otro ser. Decidí consagrar mi vida, con todas las fuerzas y habilidades que me había dado Dios, a rescatar a esa alma en peligro. Sentí que la bienaventuranza inundaba mi espíritu y que esa sensación sagrada era una expresión del beneplácito de Dios. Era como si Él mismo me dejara saber que yo era el instrumento elegido para cumplir con esa misión tan importante. Comprendí que Él me ayudaría, que siempre que necesitara luz y guía podría encontrarlas en la oración, y que…

—Ya entendí —dijo 44, interrumpiendo a la ligera el curso de mis pensamientos—. Tu religión funciona como una empresa, con casa matriz en las alturas y sucursales en la tierra. Cada congregación es un calco y cada familia también. Si alguna vez encuentras a un pobre fanático que no esté convencido de que Dios es su socio y de que juntos van a salvar a un alma miserable que merece la salvación tan poco como la suya, embalsámalo y llévalo a un museo porque ahí es donde tendría que estar.

—¡No digas esas cosas, por favor! Son chocantes. Y muy injustas: todas las almas son igualmente valiosas ante los ojos de Dios. No hay una sola que no merezca la salvación.

Pero mis palabras no surtieron efecto. Le había dado uno de sus

ataques de frivolidad, las cosas serias no le interesaban en esos momentos. Por toda respuesta dijo, con tanta amabilidad como desinterés, que hablaríamos de esa insignificancia otro día. Lo dijo así tal cual y se notaba que no era consciente de su burda falta de respeto. Después agregó este extraño comentario:

—En este momento no estoy viviendo en este siglo sino en otro, que por ahora me interesa más. *Reza* si quieres, no te preocupes por mí. Yo voy a divertirme con un juguete extraño, si no te importa.

Sacó una cosa metálica y pequeña de su bolsillo, se la puso entre los dientes y comentó: «Es un arpa de boca, la usan los negros». Entonces empezó a darle golpecitos y a tocar una especie de música muy apremiante, enérgica, vibrante y de lo más vivaz e inspiradora, mientras daba saltos de alegría y giraba de una punta a otra de la habitación, y yo empecé a marearme y me distraje de mis plegarias. Cada tanto gritaba un hurra bestial para expresar su entusiasmo frenético y giraba como un trompo sobre sus talones, tan rápido que hacía un zumbido. Y todo sin perder el ritmo de la música. Fue un espectáculo de lo más estrafalario, conmovedor y bárbaro.

Pero no se cansó, al contrario, quedó como nuevo. Se acercó, se sentó a mi lado, me apoyó la mano en la rodilla, me sonrió con su bella sonrisa y me preguntó si me había gustado. Era tan obvio que esperaba un elogio que tuve que darle el gusto. No quise lastimarlo. El pobre inocente se ufanaba de su espectáculo de locos. No podía decirle que me había parecido indigno y degradante y que me había costado mucho soportarlo. Hice un esfuerzo y dije: «Ideal, *más* que ideal». Era una frase sin sentido, por supuesto, pero él estaba tan sediento de elogio que la confundió con uno y no le prestó atención a lo que en realidad pasaba por mi cabeza. Su cara rebosaba de gratitud y felicidad, y en un impulso me abrazó y dijo:

—Me alegra que te haya gustado. ¡Voy a hacerlo de nuevo!

Y así lo hizo, como un tornado, que Dios se apiade de su alma. No podía decirle nada, era mi culpa. Pero en rigor yo no tenía la culpa porque nunca hubiera sospechado que se iba a tomar ese elogio tan discreto como una incitación a repetir esa orgía herética. 44 siguió y siguió con su danza hasta que en un momento sentí que me estallaba el corazón, mi cuerpo y mi alma cedían a la desesperación y perdía el control. *Tenía* que hablarle, intenté rogarle que se detuviera, que no se cansara tanto. Fue otro error,

¡maldición! 44 pensó que sufría *por* él. Así que se puso a canturrear, de lo más contento, mientras pasaba vertiginosamente a mi lado:

—No te preocupes por mí. ¿Por qué no te sientas y disfrutas? Podría seguir toda la noche.

Pensé en salir a buscar un buen lugar donde morirme, y estaba por hacerlo cuando me dijo con una voz triste y decepcionada:

—Oh, no te vas a ir, ¿verdad?

—Pues sí.

—No te vayas. Por favor.

—¿Vas a quedarte quieto? Porque no pienso quedarme para ver cómo mueres de cansancio.

—Es que no me cansa, para nada. Te lo juro. Quédate.

Quería quedarme, por supuesto, pero sólo si él se sentaba como una persona civilizada y me daba un respiro. Pero parecía que no entendía qué pasaba, de a ratos era como un pobre animal. Finalmente levantó la vista con una expresión dolida en sus grandes ojos mansos y dijo:

—August, me parece que lo que pasa es que no te gusta.

Eso me partió el alma, por supuesto, y me dio mucha vergüenza. Estuve a punto de cometer una locura y ceder a la imprudencia de decirle que me gustaba, con tal de que me perdonara y se pusiera contento. Pero no lo hice. El miedo y el terror por lo que seguramente pasaría a continuación me ataron la lengua y me salvaron la vida. En vez de responderle grité «¡Ay!», mientras me arrancaba una araña imaginaria del cuello. 44 se preocupó por mí y se olvidó de su danza. Su mano hurgó en mi cuello y atrapó tres arañas reales —¡y yo que pensaba que sólo eran imaginarias! Porque estábamos en febrero, una época del año en que únicamente teníamos arañas imaginarias.

Lo cierto es que se detuvo y la pasamos muy bien por un rato, pero no hablamos de religión porque, cada vez que yo empezaba a formular un comentario en esa dirección, él lo captaba en el aire y lo hacía desaparecer de mi mente con ese extraño poder que tenía para bloquear a su antojo lo que yo pensaba. Fue un momento interesante, no lo niego, porque estaba en la naturaleza de 44 ser siempre interesante.

Al rato me di cuenta de que no estábamos en mi habitación, sino en la suya. El cambio se había producido sin que me diera cuenta.

Era una magia hermosa pero preocupante. 44 dijo:

—Lo que temes es que podría caer en la tentación.

—No es que lo crea, es que estoy seguro, 44. De hecho, ya has caído, y se nota, porque estás haciendo cosas que el mago te había prohibido.

—¡Pero eso no es nada! Le hago caso solamente cuando se me da la gana. Voy a usar sus hechizos para divertirme o para fastidiarlo. Conozco todos los trucos que él conoce y también algunos que ignora. Son trucos que aprendí de un experto más poderoso que él. Cuando los hago, Balthazar no entiende qué pasa. Cree que siempre actúo movido por su voluntad y, como en esos casos no recuerda haberme transmitido ninguna orden, no entiende qué sucede, teme que algo ande mal en su cabeza y se enoja. Porque cree que debe atribuirse todo lo que hago desde que empezó este asunto. Pues bien, voy a sumar su magia y la mía hasta hacerlo tan famoso que los demás magos de segunda van a quedar opacados.

—Qué idea tan rara. ¿Por qué no te quedas con su fama?

—No la quiero. En casa no interesan esas glorias insignificantes. Y tampoco aquí.

—¿Dónde está tu cas…?

Pero 44 bloqueó mi pregunta antes de que terminara de enunciarla. Yo codiciaba en el fondo de mi corazón esa fama espléndida que él menospreciaba. Pero él no le prestó atención a ese anhelo, o quizá lo borró de mi mente porque al rato ya estaba preocupándome por él de nuevo:

—44, estás convocando a la desgracia y me temo que caerá sobre tus espaldas antes de que hagas famoso a Balthazar. Escúchame, no debes perder tiempo. Es necesario que te hagas cristiano. ¿No quieres probar?

Él negó con la cabeza y dijo:

—Me sentiría muy solo.

—¿Solo? ¿Por qué?

—Sería el único.

Me pareció un mal chiste, y se lo dije. Pero él contestó que no era ningún chiste y que alguna vez hablaríamos del tema y me demostraría que había dicho la verdad. Pero ahora estaba ocupado en algo *importante*, dijo. Y agregó: «Tengo que lanzar al mago a la fama». Después recuperó su tono amable de siempre para decirme:

—Tienes una cualidad que a mí me falta: el miedo. Temes a Katzenyammer y a sus compinches, por eso no pasas tanto tiempo conmigo como querrías y yo también querría. Pero eso es algo que puede solucionarse sin problemas. Te ayudaré a hacerte invisible cuando quieras. Voy a enseñarte una palabra mágica. Tendrás que pensarla, no podrás pronunciarla en voz alta como yo. La dirás cuando quieras desaparecer y volverás a decirla cuando quieras hacerte visible.

44 dijo la palabra y me esfumé. Oh, cómo me asusté, y cuánto me gustó también. Quería agradecerle a 44, pero me sentí desorientado, al principio no entendía dónde estaba. De a poco me di cuenta de que estaba en mi habitación, sentado frente al fuego, pero seguía sin entender cómo había llegado hasta allí.

A partir de ese momento hice lo que hubiera hecho cualquier chico de mi edad: aparecí y desaparecí todas las veces que pude hasta que me quedé dormido. ¡Cómo lo disfruté! Estaba orgulloso, me consideraba superior a todos los chicos de la región. Era una estupidez, lo sé. Yo no era artífice de aquel prodigio; era un regalo que me habían hecho, no un mérito propio. Cualquier otro con la misma suerte habría sido tan superior como yo. Pero eso sólo se me ocurrió después y de segunda mano —como se nos ocurren todas las ideas, según 44. Desaparecí y reaparecí una última vez y me fui a dormir feliz y contento, sin dedicar una sola plegaria por 44, y eso que él estaba en peligro. Pero no lo pensé.

Capítulo 16

Gracias a su derecho a portar daga, 44 era legalmente un caballero y se le dio por vestirse así. Como ya he dicho, mi amigo era tan inteligente como inestable: si se le presentaba una oportunidad para quedar como un tonto no la dejaba pasar; era más fuerte que él, tenía que aprovecharla. El resentimiento y la hostilidad que generaba habían cedido un poco durante las últimas veinticuatro horas porque su vida estaba en peligro y eligió justamente ese momento para ofender a sus compañeros echándoles en cara que era su igual.

No se conformó con aparecer vestido como un caballero. Sus ropas superaban en calidad y esplendor a las mejores galas de Dongivadam. Parecía el rey Salomón; a su lado, los demás eran como los simples lirios del campo. Botas altas bordadas, de taco rojo; calzas de seda rosa y recubiertas de seda celeste; jubón de paño dorado; capa corta satinada, de un rojo deslumbrante; un cuello de puntilla digno de una reina; hermoso gorro de terciopelo azul con una pluma larga y fina que salía de un broche de diamantes; estoque con vaina de oro y empuñadura enjoyada. Se pavoneó como un principito «haciendo el *cakewalk* [8]», según sus palabras. Estaba tan bello que parecía pintado y tan envanecido que se creía el dueño de la Tierra. Llevaba un pañuelo de encaje en la mano y cada tanto se daba uno o dos toquecitos delicados en la nariz, como hacen las duquesas. Se notaba que había pensado que iba a causar sensación y daba pena ver su cara de desconcierto cuando los hombres empezaron a insultarlo y burlarse, preguntándole a quién le había robado esa ropa.

44 se defendió lo mejor que pudo pero no sé si simulaba o le costaba realmente contener el llanto y templar la voz. Dijo que

había conseguido la ropa honestamente, gracias a la generosidad de su maestro, el buen mago, que la había creado de la nada para él con sólo pronunciar una palabra mágica. Dijo que el mago era un hechicero mucho más poderoso de lo que ellos pensaban, que todavía no había enseñado al mundo ni la mitad de sus prodigios. Y agregó que a Balthazar no le gustaría ver cómo insultaban sin razón a su humilde servidor. Les haría un maleficio por decirle ladrón, por burlarse de él y amenazarlo con darle un cachetada.

—¿Ah, sí? Pues ahí viene. Veamos si es verdad que quiere tanto a su pobre servidor —dijo Katzenyammer y le propinó al chico un cachetazo tan brutal que se oyó a cien metros de distancia.

El golpe hizo girar en redondo a 44, que en cuanto vio al mago le suplicó con vehemencia:

—¡Oh, noble maestro, mago mayor y excelso! ¡Puedo leer sus órdenes en su mirada y sé que tengo que obedecer porque es su voluntad, pero le imploro que me exima de esta misión y la lleve a cabo usted con sus propias manos!

El mago se quedó paralizado donde estaba y miró fijo a 44 sin decir palabra. Nosotros los contemplamos expectantes, casi sin respirar, hasta que al fin 44 hizo una solemne reverencia y dijo:

—Usted es mi maestro, sus deseos son órdenes para mí. —Luego miró a Katzenyammer y le anunció: —En unas horas descubrirá las consecuencias de su atropello, para usted y los demás. Entonces comprenderá que no es bueno ofender al maestro.

Alguna vez habrán visto pasar la sombra oscura de una nube sobre un campo iluminado por el sol. Como la sombra de una nube fue esa amenaza para aquella gente. No hay nada más deprimente y desmoralizador que la promesa de una calamidad indefinida cuando uno se enfrenta con un nigromante poderoso y maléfico. Ya es bastante poderosa en sí misma, pero la imaginación la agranda hasta que finalmente ocupa toda nuestra conciencia y uno pierde el hambre y es invadido por la zozobra, y termina sobresaltándose por cualquier ruido y le teme hasta a su propia sombra.

Las mujeres mandaron a la vieja Katrina a hablar con 44 para saber qué iba a pasar, porque querían sacarse de encima aunque fuera un poco de ese suspenso agobiante, pero ella no pudo encontrarlos ni a él ni al mago. No los vimos en todo el día. Mientras cenábamos se habló poco y nadie sacó el tema. Después de

la cena, algunos ahogaron sus penas en jarros de vino. No se conversaba, sólo se oían suspiros, algunos se levantaban y daban un par de vueltas nerviosos por la sala antes de sentarse de nuevo, sin saber por qué. De vez en cuando se oía un quejido de angustia. A las diez, nadie se había ido a la cama. Al parecer, los afligidos encontraban consuelo manteniéndose juntos o temían separarse de sus compañeros. A las diez y media, nadie se había movido. A las once, lo mismo. Reinaba la tristeza a la luz mortecina y trémula de las velas, en medio de un silencio acentuado por el lamento del viento helado que soplaba entre las torres y almenas.

A las once y media, todos —incluso Katzenyammer— estaban sentados, entregados a sus ideas, estremecidos por el lamento del viento, cuando oyeron pisadas, levantaron la vista asustados y se encontraron con que ahí, en la puerta, ¡había un Katzenyammer *duplicado*! Se quedaron boquiabiertos, tomaron aire todos a la vez, en una inhalación tan profunda que casi apagó las velas. Quedaron paralizados en sus asientos, mirando a aquella criatura que vestía la misma ropa de trabajo que Katzenyammer y traía un texto a medio componer en la mano. Era la reproducción exacta, en todo matiz y detalle, del otro Katzenyammer, como un espejo, imposible decir cuál era cuál. Entró en la sala con el mismo andar decidido e insolente de su mellizo y le tendió el componedor con el texto a medio armar.

—Aquí tienes. ¿Cómo lo quieres, con interlineado doble o sin interlínea?

En un primer momento el Katzenyammer original quedó desconcertado pero luego reaccionó de un salto, al grito de:

—¡Engendro de magia negra! Te voy a…

Y le arrojó un puñetazo que hubiera quebrado cualquier otra mandíbula, pero no la de su mellizo, que quedó intacta. A continuación se trenzaron a los golpes en un baile absurdo por todo el salón. Se daban manotazos y chocaban como arietes. Nosotros mirábamos con asombro, temor y también con la esperanza de que ninguno de los dos sobreviviera. Lucharon hasta quedar exhaustos, jadeantes y bañados en sangre. Entonces se contemplaron uno al otro en silencio, hasta que el original dijo:

—¿Se puede saber *quién* eres? ¡Contesta!

—Soy Katzenyammer, el oficial mayor de este taller.

—¡Mientes! ¿Y ahora vas a decir que estuviste componiendo en la imprenta?

—Eso hice, sí.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Quién te dio permiso?

—Yo mismo. Con la autoridad de mi cargo.

—¿Qué cargo? ¿Perteneces al sindicato, acaso?

—No.

—Entonces eres un rompehuelgas. ¡Muchachos, denle su merecido!

Y eso hicieron, furiosos, y maldiciendo en forma tal que uno aprendía a insultar con sólo escucharlos. Un minuto más y no quedaría nada de aquel duplicado, pensé, pero de pronto él gritó: «¡Socorro, muchachos, ayuda!». Y en ese instante entraron en tropel los duplicados perfectos de *todos nosotros*, listos para lanzarse a la batalla.

Pero hubo un nuevo empate. No había otra alternativa porque cada duplicado luchaba contra su propio par, su igual exacto, y ninguno podía vencer al otro. Incluso cuando desenvainaron las espadas no pudieron imponerse unos a otros y volvieron a empatar. Los dos grupos se separaron y discutieron enfurecidos el asunto. Los duplicados se negaban a afiliarse al sindicato y a renunciar a su trabajo. Hacían oídos sordos a las amenazas. No había salida: si los duplicados permanecían en el castillo, los originales no podrían ganarse la vida. ¡Y ni hablar de cobrar sus horas de paro! Su actitud intransigente, de la que tanto se enorgullecían, quedó reducida a la nada. Se enfrentaban a una escalofriante y escurridiza realidad, y cuanto más la analizaban, más escalofriante y escurridiza les parecía.

Era una situación difícil. Podía decirse que los hombres se lo merecían, que se habían portado como estúpidos. ¿Pero y con eso, qué? Quitarles el pan era, sin duda, un castigo que excedía su falta. Y sin embargo, ésa era la situación. El desastre anunciado había sobrevenido y nadie encontraba una salida. Cuanto más se lo examinaba, más desconcertante e irremediable parecía. Y además era injusto: los duplicados no necesitaban comer, ni beber, ni dormir. Si los originales lo hacían, alcanzaba para los dos. En cambio, cuando un duplicado comía o bebía o dormía… ¡por San Jorge!, su original no obtenía ningún beneficio. Es decir que los

originales se quedaban sin trabajo y sin paga pero igual mantendrían a los intrusos con su comida y bebida sin recibir nada a cambio, ¡y ellos ni siquiera daban las gracias!

Los rompehuelgas no cobraban por su trabajo y eso no les importaba, no reclamaban nada. Eso le dio una idea a Dongivadam, una solución que consideró honorable y justa, y todos se reanimaron un poco y se dispusieron a escucharlo. La idea de Dongivadam era que los duplicados hicieran el trabajo y los originales cobraran y comieran y durmieran por ellos. Al principio la idea nos pareció brillante pero enseguida volvimos a fojas cero. El plan era inviable, porque no era legítimo que agremiados y rompehuelgas hicieran convenios.

De manera que hubo que renunciar a esa idea y el desaliento se agravó. Katzenyammer había estado bebiendo para ahogar su exasperación, pero era en vano: el vino no le hacía efecto, apenas estaba medio borracho. Su duplicado había recibido su mitad de lo bebido y estaba tan borracho, o tan poco borracho, como él, ahí sentado, con los ojos entornados, inmerso en una placidez celestial.

—Nadie te pidió que compartieras mi vino. Eso es de mala educación, indigno de un caballero —le dijo Katzenyammer.

Algunos dijeron que el duplicado no tenía la culpa pero era obvio que la mayoría de los originales no le tenía ninguna lástima. Les molestaba que el duplicado no se inmutara y permaneciera contemplando la escena con los ojos entreabiertos y expresión de placidez.

La conversación prosiguió sin avanzar. La situación era grave e irremediable. Después los hombres empezaron a hablar del mago y la charla tomó rápidamente un cariz tajante y vengativo. Cuando ya iba a pasar a mayores, entró Balthazar. Se quedó helado ante la visión de los duplicados, o al menos eso fingió, y le salió muy bien, porque los hombres se enojaron más y lo interpelaron:

—Este es tu diabólico trabajo, no te hagas el sorprendido.

Asustado por sus caras y sus gestos, se apuró a negar con vehemencia y al parecer también con sinceridad. Dijo que había impartido una orden totalmente distinta y que sólo pedía tener a 44 delante para reducirlo a cenizas delante de todos, tal como había prometido. Dicho esto, anunció que se iba a buscarlo pero los hombres se le plantaron delante y le cerraron el paso. El

Katzenyammer original estaba furioso. Dijo:

—¡Tratas de escapar! No te hace falta moverte ni un ápice para que ese hijo de la perdición acuda a tu presencia. Lo sabes bien y nosotros también lo sabemos. Llámalo. Llámalo y destrúyelo, o te juro que te denunciaré ante el Santo Oficio.

Eso fue demasiado. El pobre Balthazar se puso blanco y empezó a temblar. Con esfuerzo levantó su mano, masculló unas palabras extrañas y al instante oímos un trueno y apareció 44, refinado y alegre, con sus ropas vistosas.

Todos quedaron espantados, porque en el fondo nadie quería que acabaran con el chico. Habían reclamado porque estaban enojados pero no lo habían dicho en serio. Entonces resonó un grito horrible y Katrina entró corriendo, con el pelo suelto y ondeando electrificado en el aire. Después se cernió sobre todos una nube negra y quedamos a oscuras, y al segundo vimos la esbelta figura de 44 convertida en un fuego incandescente que se desintegró ante nuestros ojos. Quedamos nuevamente a oscuras y oímos un grito amantísimo, quebrado por el llanto.

—El Señor da y el Señor quita… ¡Bendito sea el nombre del Señor!

Era Katrina, la fiel cristiana que renunciaba a todo y encima rendía pleitesía a la mano que la castigaba.

Capítulo 17

La mayor parte del día siguiente me hice invisible porque no tenía ánimos para hablar de temas banales y me resultaba imposible hablar con los demás del tema que nos angustiaba a todos. La pena me embargaba y sentía remordimientos. Es lo que pasa siempre en los primeros días de un duelo. Son momentos para estar solos con la desgracia y el recuerdo amargo de nuestras deslealtades hacia el camarada que se fue. En mi conciencia pesaban más pecados de los que hubiera imaginado. Salían a mi encuentro, me acusaban a cada paso y yo me encontraba repitiendo sin cesar: «¡Ay, si él volviese, le sería fiel y actuaría de otra manera!». Recordaba tantas circunstancias en que podría haberlo acercado a la vida eterna y había dejado pasar la oportunidad, y ahora él estaba perdido para siempre por mi culpa. ¿Dónde encontrar consuelo?

Por mucho que reflexionara, llegaba una y otra vez a la misma conclusión. No servía de nada justificarme con atenuantes —como la proclividad de 44 a desafiar la prohibición del mago, cuando sabía que eso le costaría la vida. Era un atenuante de peso y la actitud de 44 había sido incomprensible. Yo sabía que el chico era inestable e imprudente. Pero no había sospechado que ni siquiera tuviese *una pizca* de prudencia, que fuera capaz de arriesgar su vida por un capricho. ¿De qué servían estas reflexiones? Trataba de justificarme porque lo había abandonado cuando más me necesitaba, había desatendido las plegarias que podían salvarlo, y lo había privado de ellas. Por más vueltas que le diera al asunto, siempre me topaba con un espíritu acusador que me cerraba el paso y me dejaba sin consuelo.

Nadie se mostraba indiferente ante el dolor de Katrina y casi todos la visitaban y trataban de animarla. No me sumé a la partida,

no hubiera soportado que ella me preguntara si había rezado como había prometido o que me hubiese agradecido por mis plegarias como si yo hubiera cumplido con mi palabra. Pero me senté, invisible, en la cocina mientras los demás la consolaban, y cada sollozo que salía de su corazón herido era un nuevo reproche y me producía otra puntada de culpa. No había forma de calmar su desdicha. Katrina lloraba y se lamentaba. Decía una y otra vez que si el mago hubiera tenido un poco de piedad, le habría dado tiempo para llevar un cura que absolviera los pecados del chico, y entonces estarían los dos en paz, él en el cielo y ella en la tierra, ¡pero no! El mago había tenido la crueldad de mandar al chico sin absolución al fuego eterno, y la había condenado también a ella, porque padecería desde el cielo todos los días de la eternidad cuando mirara hacia abajo y viera sufrir a su muchacho sin poder hacer nada para calmar su sed con una mísera gota de agua.

Otra cosa atormentaba su corazón y a duras penas podía mencionarla sin ahogarse en sus lágrimas: como el chico había muerto sin reconciliarse con la Iglesia, no podrían enterrar sus cenizas en suelo bendito. Ningún cura podría estar presente y rezar por su alma. Sus restos eran como los de las bestias que fallecen y son enterradas en cualquier parte, sin despedida de ninguna especie.

De tanto en tanto sucumbía al recuerdo de la figura elegante de 44, la belleza de su cara joven, lo tierno que era siempre con ella, y relataba algo que él le había hecho o dicho, tan cariñoso, tan sagrado de ahora en más.

Era demasiado para mí. Me desvanecí en el aire que me amparaba y anduve flotando desconsolado, de acá para allá. Me encontraba con su recuerdo en todos lados y cada uno desataba una pena distinta en mi corazón.

Aquella tragedia tan extraña y sobrenatural había sumido a todos en la desdicha y el miedo. Se paseaban sin rumbo, desconsolados y afligidos, llenos de aprensiones vagas y terrores agoreros. Las únicas conversaciones que se daban eran inconexas y divagantes. Aunque en rigor los duplicados formaban parte de la casa, lo que dije no los incluye. No parecían afectados por lo sucedido ni demostraban interés. Cumplían diligentemente con su trabajo, iban y venían por el taller sin hablar, a menos que se les

hablara. No se sentaban a la mesa, tampoco aparecían por el salón de ajedrez. No nos evitaban, no se tomaban la molestia; eso era todo. Eramos nosotros quienes los evitábamos. Cada vez que me encontraba inesperadamente conmigo mismo, me quedaba sin aliento por la impresión y me enojaba tal como se enoja una persona que se choca consigo misma en un espejo.

Claro que la aniquilación de un joven por medio de llamaradas sobrenaturales no era un acontecimiento fácil de ocultar. La noticia se divulgó rápidamente por el castillo, despertó una agitación considerable en la aldea y los pueblos vecinos y pronto llegó una citación para que el mago se presentara ante un tribunal del Santo Oficio. Pero nadie podía encontrarlo. Llegó una segunda citación, advirtiéndole que si no se presentaba en veinticuatro horas se haría pasible del castigo correspondiente por contumacia. Pero ninguno de nosotros creía que fuese a presentarse, si podía evitarlo.

El día siguiente fue igual de sombrío pero agravado por los preparativos para el entierro. La ceremonia tuvo lugar a la medianoche, de acuerdo a las leyes del caso, y asistieron todos los habitantes del castillo, menos la enferma hermana del señor y nuestros duplicados. Enterramos las cenizas en un páramo a un kilómetro del castillo, sin plegarias ni bendición, a menos que las lágrimas de Katrina y nuestro pesar puedan considerarse una bendición. Era una noche borrascosa, había ráfagas de nieve y el cielo estaba negro, con jirones de nubes arrastradas por el viento. Fuimos a pie, llevando antorchas, y cuando todo terminó hundimos las antorchas en el suelo blando de la tumba y ahí quedaron, como lápida única y perecedera, como recordatorio del que se había ido.

De regreso en el castillo, me dirigí a mi habitación con el corazón oprimido por un dolor sin consuelo, ¡Y allí me encontré, sentado en mi cama, al difunto!

Capítulo 18

Me desmayé en el acto al ver a 44, y si no golpeé contra el suelo fue porque él alzó la mano, agitando los dedos, y eso surtió algún tipo de efecto. Reaccioné al instante; de hecho, empecé a sentirme más fuerte que nunca, a pesar del cansancio del funeral. Igual traté de huir, porque no ha llegado el día en que un fantasma no me aterrorice. Pero me retuvieron unas palabras suyas, pronunciadas con una entonación tan familiar que fue música para mis oídos:

—¡No te vayas! Estoy vivo. No soy un fantasma.

Aun así, me costaba aceptar que estuviera realmente vivo, aunque era tan obvio que lo estaba que hasta el gato se hubiera dado cuenta. Y de hecho eso fue lo que pasó. El gato entró sin apuro, ondeando la cola en señal de saludo, pero cuando vio a 44 arqueó el lomo, se le erizó la cola, se encomendó a los santos y salió corriendo a atender un asunto urgente. 44 se rió, lo llamó y le dio explicaciones en lenguaje gatuno, luego lo acarició un poco y lo envió a llevar la noticia a los demás animales del castillo, que llegaron al minuto, marchando al trote o al paso sobre sus patas mullidas, desde todos los rincones, y se le tiraron, felices, encima. Hablaban todos a la vez, cada cual en su lengua, y 44 respondía en el idioma de cada uno. Después los alimentó en abundancia, con todo tipo de manjares que sacó de mi alacena (donde antes no había nada) y por fin dejó que se fueran, convencidos de su resurrección.

Yo no temblaba más, ya estaba tranquilo. Mi mente y mi corazón se habían colmado de gratitud por su regreso pero quería entender cómo era posible, si realmente había muerto o su agonía había sido parte de un espectáculo de magia. 44 respondió a mis pensamientos mientras sacaba un plato de comida caliente de la

alacena vacía. Dijo:

—No fue una ilusión. —Y agregó, con displicencia: —No es difícil morir. Lo he hecho muchas veces.

Fue una afirmación audaz y no me esforcé por creerle aunque por supuesto traté de que no se notara. La cena que me sirvió superaba cualquier elogio en materia de sabores pero yo no conocía ninguno de los platos. Dijo que todos eran extranjeros, de distintas partes de la Tierra. Qué asombroso, pensé, y por lo exóticos que eran me pareció que debía ser cierto. Había un ave casi cruda, que parecía una especie de pollo y era maravillosa.

—¡Es pato marino, traído de América!

—¿Qué es América?

—Un continente.

—¿Un continente?

—Sí.

—¿Dónde queda?

—Ah, muy lejos. Todavía no lo descubrieron. Falta muy poco para que lo hagan.

—¿Y alguna vez fuiste?

—Oh, sí, en el pasado, en el presente y en el futuro. ¡Tendrías que verlo dentro de cinco siglos! Este pato es de esa época. ¿Qué opinas de los duplicados?

Era su típico estilo, el estilo de un adolescente: provocador, despreocupado, caprichoso, inestable, incapaz de atenerse a una idea, siempre saltando de un tema a otro, como una abeja entre las flores. Siempre que estaba a punto de decir algo interesante, cambiaba de tema. Me molestaba profundamente pero disimulé como pude, y contesté:

—No están mal, pero nadie los quiere. Se niegan a afiliarse al gremio, trabajan gratis, todos los integrantes del taller están molestos con ellos. Ésa es la situación, si te interesa saberlo: los hombres están furiosos con el mago por traerlos.

44 se puso perversamente contento. Se frotó las manos y dijo:

—Los duplicados fueron una gran idea. ¡Si se los maneja con criterio, pueden causar muchos problemas! Son criaturas interesantes, dentro de todo, porque no son personas *reales*.

—¡Por Dios! Y entonces, ¿qué son?

—Ya te explicaré. Ven, acerquémonos al fuego.

Dejamos la mesa y los riquísimos manjares y nos sentamos, cada uno en su puesto junto al fuego, que ardía con fuerza como si hubiera estado esperando para darnos la bienvenida. 44 se estiró y tomó de la repisa algunas cosas que yo no había visto antes: una caña angosta con una cazoleta en un extremo[9], y unas hojas secas, de color pardo, de una planta para mí desconocida. Mientras charlaba —y yo lo miraba, intrigado—, trituró las hojas secas en la palma de su mano, rellenó la cazoleta, se llevó la caña a la boca y le acercó una llamita de fuego que salió de su dedo. La sustancia ardió y desprendió una columna de humo. Yo me metí debajo de la cama porque pensé que iba a pasar algo malo. Pero nada sucedió, así que me dejé convencer y volví a mi asiento, aunque me alejé un poco porque 44 echaba la cabeza hacia atrás y soplaba un aro de humo azul detrás de otro, siempre apuntando al techo. Los delicados aros traslúcidos flotaban en el aire, era muy bonito. Cuando se iban agrandando, 44 hacía pasar un nuevo aro a través de ellos con destreza. Él lo disfrutaba pero yo no, porque pensaba que sus entrañas estarían ardiendo por dentro y que podrían explotar y lastimar a alguien, seguramente al menos indicado, como suele pasar en todos los accidentes.

Pero no pasó nada y me fui adaptando bastante bien a las circunstancias, si bien el olor del humo era bastante nauseabundo. Me resultaba increíble que no le hiciera mal y más increíble aunque 44 lo disfrutara. Traté de descifrar el misterio y llegué a la conclusión de que debía ser un ritual pagano, así que me saqué la gorra, más por respeto que por devoción. Pero él dijo:

—No hace falta ponerte así. Es un vicio, simplemente. Pero no tiene nada que ver con la religión. Es una planta que viene de México.

—¿Qué es México?

—Un país.

—¿Un país?

—Sí.

—¿Dónde queda?

—Muy lejos, en América. Todavía no fue descubierto.

—¿Estuviste allí?

—Sí, muchas veces. En el pasado, en el presente y en el futuro. Como te decía, los duplicados no son reales; son invenciones. Te lo

explicaré.

Suspiré, pero no dije nada. Siempre que se proponía explicarme algo me decepcionaba. Yo ahora quería saber sobre México y él se ponía a hablar de los duplicados.

—La cosa es así —dijo 44—. Como sabes, tú no eres sólo una persona, sino dos. Una es tu yo despierto, el que se dedica a trabajar. La otra es tu yo dormido, que no tiene responsabilidades y sólo se interesa por el amor, las excursiones y las aventuras, y descansa cuando tu otro yo está activo. Cuando tu otro yo descansa, el yo dormido toma posesión de ti y hace lo que quiere, porque tiene mucha más imaginación que el yo despierto. Es por eso que los sufrimientos y placeres de tu yo dormido son mucho más reales e intensos que los de tu yo despierto, y sus aventuras son tan animadas y extraordinarias. Como regla general, cuando tu yo dormido se encuentra con otros yos dormidos y se van de viaje por el mundo, la pasan a lo grande. Pero como bien comprenderás, no tienen sustancia, son sólo espíritus. La vida del yo despierto es más dura y aburrida. No puede librarse de su materialidad, y ésta lo traba y estorba por su falta de imaginación.

—Pero, 44: ¡estos duplicados son bastante sólidos!

—Eso parecen, porque el mago y yo los revestimos de piel y huesos ficticios, que tomamos de los originales, y les dimos vida independiente.

—Pero, 44: ¡luchan y sangran como cualquiera!

—Sí, y además *sienten*. Como consolidaciones no están nada mal. Nunca vi carne y hueso tan bien amalgamadas por hechizo. Pero de todas maneras es un tejido bastante etéreo. Si levantáramos el hechizo, se esfumarían como si sopláramos una vela. Es un grupo muy capaz, con una imaginación ilimitada. Si se imaginan que sobre ellos pesa un impedimento místico que los hará demorarse un par de horas en componer apenas un par de renglones, eso es lo que ocurrirá. Pero si se imaginan, por el contrario, que les alcanzará sólo medio segundo para componer una página entera, ¡eso es lo que ocurrirá! Es un lote excelente de duplicados, capaz de hacer el trabajo de mil tipógrafos humanos. Si se los maneja con criterio, pueden causar muchos problemas.

—Pero, 44, ¿por qué querrías que causen problemas?

—Para contribuir a la reputación del mago. Si la imaginación de

todos los duplicados se pusiera enteramente en marcha… ¡ah, qué intensidad tendrían! Serían capaces de *todo*. —Reflexionó un momento y luego dijo con indolencia: —Por ejemplo, los originales están enamorados de algunas de las mujeres del castillo, pero son incapaces de lograr progresos con ellas. Pero si nos encargamos de que los duplicados ocupen sus… ¡Oh, se te hará tarde si seguimos conversando, August! Para mí, en cambio, el tiempo no existe. Ah, este servicio de mesa tan lindo, puedes quedártelo. Buenas noches.

Y desapareció.

Los platos, cubiertos y jarros eran de plata repujada. En una de las piezas vi grabada la inscripción: «Copa América». En otras alcancé a ver cinceladas otras palabras, que también carecían de sentido: «Yacht Club de Nueva York, 1903». Suspiré y me pregunté si 44 era honrado o no. Días después, borré las inscripciones de la platería y vendí todo el lote en la aldea, a buen precio.

Capítulo 19

Los días pasaban y el padre Adolf se afanaba en sus tareas de director del tribunal encargado de juzgar al mago, pero no tenía suerte: no había pistas del nigromante. Se sentía decepcionado, andaba de mal humor y a pesar de que maldecía y bebía jarro tras jarro, sus investigaciones no progresaban. Entonces se dejó llevar por la ira y se desquitó con los pobres duplicados.

Los declaró espíritus malignos y demonios errantes y los condenó a la hoguera, avalado por su sola y arbitraria autoridad, pero 44 me dijo que se encargaría de que no les pasara nada porque le servían para darle más notoriedad al mago. Poco importaba si 44 era realmente su protector. Protegidos estaban, porque cada vez que el padre Adolf los encadenaba a la hoguera, se esfumaban dejando la hoguera vacía antes de que ardiera el fuego y enseguida aparecían trabajando en la imprenta sin el menor signo de miedo o inquietud.

Después de un par de intentos fallidos, el padre Adolf se dio por vencido porque ya estaba haciendo el ridículo y era el blanco de las burlas furtivas de todos. Debió tragarse la furia y decir que en realidad no había querido quemarlos sino asustarlos, y que sólo estaba postergando la quema en la hoguera, que llevaría a cabo en breve, cuando llegara el momento. Pero no eran muchos los que le creían y, para demostrarlo, Dongivadam sacó un seguro contra incendios para su duplicado, y así dejó claro que las pretensiones del padre Adolf no lo impresionaban. Fue una imprudencia y una gran falta de respeto y el padre Adolf se enojó mucho pero fingió que no le daba importancia.

Tal como esperaba 44, los duplicados se dedicaron a enamorar a las jóvenes del castillo, y pusieron tanto empeño que enseguida

dejaron sin oportunidades a los originales. Eso fomentó aún más el rencor y provocó riñas y roces constantes. En poco tiempo el castillo se convirtió en un manicomio. Todos peleaban como perros y gatos, no había forma de evitarlo. El señor era amante de la paz y hacía lo que podía para amigar a los bandos, pero era imposible. Las discusiones y peleas seguían, a pesar de lo que él hiciera. 44 y yo andábamos por ahí, visibles el uno para el otro pero para nadie más. Éramos testigos de las refriegas y 44 las disfrutaba. Sí, tenía gustos muy personales. Yo no me hacía invisible todo el tiempo porque eso hubiera llamado la atención. Me dejaba ver cada tanto, lo necesario para evitar sospechas.

Cada vez que se presentaba una oportunidad, trataba de interesar a 44 en la vida eterna pero su frivolidad innata me derrotaba una y otra vez. Parecía que lo único que le importaba era la reputación del mago. Decía que también le interesaba otra cosa: *la raza humana*. Ya me venía provocando con sus observaciones desdeñosas sobre nuestra raza. Un día, molesto por uno de esos comentarios, le dije con ironía:

—Tu opinión de la raza humana no es muy buena que digamos. Sin embargo, eres parte de ella.

44 se quedó mirándome un minuto o dos, aparentemente sumido en la paradoja, pero entonces contestó:

—¿Qué te hace pensar que soy parte de ella?

Esa impasible audacia me confundió a tal punto que no supe si me producía más enojo o hilaridad. Ganó la hilaridad y me reí. Pensé que él iba a reaccionar riéndose como yo, pero no. Pareció ofendido porque yo no lo tomaba en serio y en tono de suave reproche me dijo:

—Creo que la raza humana está bastante bien para lo que es, dentro de todo. Pero, August, yo nunca di a entender que fuera parte de ella. Piensa un poco. ¿Alguna vez lo hice?

No supe qué contestarle. Después de un rato dije, anonadado:

—Me haces sentir como si me hubieran dado un golpe en la cabeza. Nunca experimenté sensación tan desconcertante y catastrófica. Lo que dices es demasiado moderno y terrible para mí: ¿una persona que es una persona *y al mismo tiempo* no es un ser humano? No lo comprendo. ¿Cómo puede ser? ¡Nunca soñé siquiera algo tan tremendo y asombroso! Si no eres un ser humano, ¿*qué*

eres?

—Ah —dijo él—. Llegamos al terreno en que las palabras son inútiles. Ni siquiera pueden transmitir el pensamiento humano como corresponde y no saben lidiar con pensamientos que pertenecen a una órbita que está fuera del sistema solar. Voy a usar el lenguaje de mi mundo, donde no se usan las palabras. Durante unos instantes mi espíritu le hablará al tuyo y le contará algo sobre mí. No mucho, porque tu mentalidad humana no sería capaz de entender mucho más.

Mientras me hablaba, sentí que un destello iluminaba mi cabeza como un relámpago, y me di cuenta de que me estaba transmitiendo información, la necesaria para espantarme. Y darme envidia también, no me importa confesarlo.

—¿Lo ves? Algunas cosas que te intrigaban han dejado de ser un misterio. Ahora entiendes que no hay nada que yo no pueda hacer, y que puedo imputárselo todo al mago. Y también entiendes que la diferencia entre un ser humano y yo es como la diferencia entre una gota de agua y el mar, o entre un rayo de luz y el sol. Es decir, la diferencia entre lo infinitamente trivial y lo infinitamente sublime. Pero no te preocupes. ¡Eso no impide que seamos amigos y pasemos grandes momentos! —y me dio una palmada en el hombro, su semblante iluminado por el espíritu fraternal.

Yo le dije que me intimidaba y me inspiraba más reverencia que…

—¡Reverencia! —se burló él—. Olvídalo. Al sol no le importan las reverencias de un rayo de luz. Vamos. Nos divertiremos, seremos amigos. ¿De acuerdo?

Contesté que me sentía demasiado dolido para frivolidades, y le pedí que se dedicara a estudiar nuestra raza con seriedad, porque estaba seguro de que finalmente llegaría a apreciarla en su justo valor y la consideraría merecedora del sublime e indiscutido rango del que ya gozaba por ser la creación más noble de Dios.

Algo logré conmoverlo, creo. Aceptó dejar de lado las frivolidades y dedicarse a esa «pequeña» investigación con entusiasmo y buena voluntad. Me puso tan contento que no permití que la maliciosa calificación me afectara. Para justificarla me dije que, como 44 era un forastero, debía costarle captar sutilezas de nuestro idioma. Luego de quedarse reflexionando unos minutos, 44

dijo, de la manera más amable y considerada:

—La verdad es que no tengo prejuicios contra los humanos y demás insectos. No es una cuestión de rechazo o mala predisposición. Hace mucho tiempo que conozco tu especie, y debo decir de todo corazón que siempre me despertó más pena que vergüenza.

Lo dijo con la expresión complacida de quien acaba de hacer un comentario elegante y alentador. ¡Por Dios, creo que incluso esperaba que le diera las gracias! No dije una palabra. La pausa que se produjo lo incomodó un poco.

—He visitado este mundo muchas veces. Eso demuestra mi interés en tu raza. —Y con una de esas sonrisas anodinas, autocomplacientes y tan exasperantes, agregó: —No hay nada igual en ningún otro mundo. Es una raza aparte, y tiene su gracia.

Evidentemente pensaba que la frase era otro acierto, y con esa bonhomía me miró. Le contesté con amargo sarcasmo, no pude evitarlo:

—¡La misma gracia que un mono con navaja, sin duda!

No sirvió de nada; él no se dio cuenta de que era un sarcasmo.

—Sí, claro —contestó tranquilamente—. La misma gracia, y quizá más, porque los monos no son capaces de cometer tantas monstruosidades. Por eso no son tan divertidos como los humanos.

Eso fue demasiado. Con frialdad le dije que…

Inútil. Él ya se había ido.

Capítulo 20

Pasó una semana. ¿Dónde estaba 44 entretanto? ¿Qué había sido de él? Fui varias veces a su habitación pero siempre la encontré vacía. Lo extrañaba muchísimo. ¡Era tan interesante! En eso nadie lo igualaba. No había misterio más cautivante que él. Siempre hacía y decía cosas extrañas y después las dejaba a medio explicar. ¿Quién era? ¿*Qué* era? ¿De dónde venía? ¿Podría convertirlo? ¿Podría salvarlo? ¡Ah, si fuera posible!, me decía, ¡si pudiera aportarle mi humilde ayuda!

Y entonces reapareció, tan alegre como siempre y con ropas más vistosas que el día en que el mago lo había incinerado. Dijo que había estado «en casa». Paré la oreja ilusionado, pero me decepcionó: tras esa breve referencia cambió de tema, como si lo que para él era intrascendente careciera de interés para todos los demás. Qué idea obtusa, la verdad. Tanto criticaba los errores ajenos y nunca se fijaba en los propios. Él sonrió, me dio una palmada en la pierna y dijo:

—Creo que te haría bien salir. Llevas mucho tiempo encerrado. Ven, que quiero mostrarte algo a favor de la raza humana.

Eso me gustó y se lo dije. Era muy amable de su parte encontrarle *algo* a favor.

—Oh, sí —dijo él como al pasar, una vez más ajeno al sarcasmo—. También tendré que mostrarte algo desfavorable, pero no es grave, es simplemente humano, ¿entiendes? Hazte invisible.

Lo hice, y él hizo lo mismo. Al rato flotábamos sobre los campos y las colinas cubiertas de escarcha.

—Vamos a ir a un pueblo que está a ochenta kilómetros de aquí —dijo—. Hace treinta años, el padre Adolf tenía treinta años y era el cura párroco del lugar. En el pueblo residía un tal Johann

Brinker, de veinte años. Vivía con su madre viuda y sus cuatro hermanas: tres menores que él y una casadera, que le llevaba dos años. Era un artista joven y promisorio. Podría decirse que la promesa ya se había cumplido, de hecho, porque acababa de mostrar sus cuadros en Viena y había cosechado muchos encargos. Su familia era muy pobre pero con aquellos encargos cambiaría su vida. ¡Estaban felices! De repente todo el pueblo los agasajaba, los respetaba… y también los envidiaba, claro, porque así es la raza humana. Ser blanco de la envidia ajena es la máxima felicidad del hombre.

»Entonces pasó algo. Una mañana de invierno, Johann estaba patinando y oyó el grito ahogado de alguien que pedía auxilio. Vio que el hielo se había quebrado en un sector del lago y que un hombre había caído en el hoyo y daba manotazos desesperados. Se apresuró hasta el lugar y reconoció al padre Adolf, agotado por el frío y el esfuerzo, a punto de hundirse. La única opción era zambullirse y mantener el torso del cura fuera del agua hasta que llegara ayuda, que ya estaba en camino. Los dos hombres fueron rescatados con éxito. Una hora después, el padre Adolf ya estaba repuesto, pero Johann había transpirado mucho mientras patinaba y el agua helada le había hecho mal. Ésa es su casa. Vamos a verlo.

Nos materializamos en una habitación de extrema pobreza y miramos alrededor. Había una anciana sentada junto a la chimenea, con la manos cruzadas sobre la falda y la cabeza gacha, como agobiada por un cansancio de años. La voz de 44 me explicó, sin palabras audibles:

—Es la hermana casadera. No hubo casamiento.

Recostado en la cama, apoyado contra las almohadas y envuelto en mantas, había un hombre canoso, con las mejillas hundidas y las facciones marcadas por sufrimientos inmemoriales. De tanto en tanto temblaba un poco y gemía suavemente, y entonces un débil espasmo cruzaba la cara de su hermana, como si el gemido del hermano le oprimiera el corazón de dolor. La voz de 44 dijo en mi cabeza:

—Así están las cosas desde aquel día, hace treinta años.

—¡Por Dios!

—Y lo peor es que Johann conserva la lucidez. ¡Qué crueldad! No puede hablar, no puede oír, no puede ver, se encuentra

totalmente desvalido. Tiene medio cuerpo paralizado, y la otra mitad se ha convertido en escenario de desgracias. Arriesgó su vida para salvar a un congénere, y eso le costó diez mil muertes.

Entró otra mujer de cara triste. Traía una taza de avena. Le dio de comer al hombre con una cuchara, secundada por la otra anciana.

—August, las cuatro hermanas han velado día y noche junto a esta cama durante treinta años. Se quedaron sin boda, renunciaron a sus sueños de juventud y dejaron que sus vidas terminaran en la ruina, para aliviar las miserias de su hermano. Lo acostaron en esa cama en los albores de su juventud, cuando comenzaba su camino a la fama. ¡Y míralo ahora! A la madre se le partió el corazón, se volvió loca. Súmalo todo: un corazón roto, cinco vidas jóvenes malogradas, ¡todo por salvar a un cura, para permitirle vivir una larga existencia plagada de vicios y vilezas! Vámonos, antes de que esta recompensa por hacer el bien me confunda y yo también me vuelva humano.

En nuestro vuelo de regreso a casa, yo estaba deprimido y en silencio. Una gran opresión pesaba sobre mi espíritu, hasta que sentí un poco de esperanza y dije:

—Esa pobre gente será recompensada por tanto sacrificio y sufrimiento.

—Oh, puede ser —dijo 44 con indiferencia.

—Así lo creo —le contesté—. Y sin duda hubo misericordia para esa pobre madre: se le concedió una piadosa muerte que la liberó de esas desgracias que sus jóvenes hijas estaban en condiciones de soportar.

—¿Crees que la locura puede ser una bendición?

—Para su corazón roto, sí. Imagino que habrá muerto poco después, y con la muerte terminaron sus desgracias.

En mis oídos resonó una risita socarrona y 44 dijo:

—Por la mañana, cuando amanezca, voy a mostrarte algo.

Capítulo 21

Pasé una noche inquietante y agotadora porque soñé que era parte de esa pobre familia y compartía sus sufrimientos mientras el cura infame, que se había salvado a un precio tan alto, andaba por ahí, borracho e impenitente. Cuando por fin desperté, en el amanecer más sombrío de ese invierno de albas grises, vi un anciano de pelo blanco, vestido con toscas ropas de campesino, sentado al lado de mi cama.

—¿Quién eres, buen hombre? —le dije.

Era 44. Hablaba con voz cascada y sibilante, y dijo que se me presentaba así para que pudiera reconocerlo cuando lo viera de nuevo en un rato. Entonces desapareció, me ordenó que lo imitara y obedecí. Al rato sobrevolábamos el aire helado de la aldea y poco después pisamos tierra en un páramo detrás del monasterio. El lugar estaba desierto, de no ser por una anciana envuelta en ropas rústicas en el suelo congelado, atada a un poste con una cadena alrededor de la cintura. Le costaba mantener la cabeza erguida porque estaba cansada y el frío le calaba los huesos. En ese inhóspito amanecer ofrecía un espectáculo digno de compasión. El viento la azotaba con sus embates y los copos de nieve danzaban enloquecidos en el aire. 44 se hizo visible, se acercó a la anciana y se quedó mirándola. Ella alzó su cansada cabeza y al ver una cara amable dijo, en tono de súplica:

—Tenga piedad de mí. ¡Estoy tan cansada y tengo tanto frío! La noche fue muy larga, ¡muy larga! Encienda la hoguera de una vez y termine con mi desgracia.

—Ay, pobre alma. No soy el verdugo pero dígame en qué puedo servirla, y lo haré.

Ella señaló una pila de ramas y dijo:

—Son para mí. ¿Puede sacar algunas y darme un poco de calor? Ellos no van a notarlo. Les quedará suficiente para quemarme. Más que suficiente, porque mi cuerpo está marchito y reseco, arderá con facilidad. ¡Por favor, tenga piedad de mí!

—Su deseo se cumplirá —dijo 44.

Colocó unos leños delante de la anciana, los rozó con el dedo y los encendió. La llama echó chispas y crepitó y la mujer extendió sus manos flacas para calentarse. La profunda gratitud que expresaban sus ojos excedía las palabras. Era patético que pudiera disfrutar ese combustible destinado a infligirle una muerte horrenda. Al rato levantó la vista y con los ojos llenos de tristeza dijo:

—Ha sido muy bueno conmigo y yo no tengo amigos. No crea que soy mala. Sólo soy una pobre vieja que está mal de la cabeza desde hace muchos años. Pero ellos creen que soy una bruja. Adolf, el cura, me arrestó y me condenó. Pero yo no soy una bruja… ¡Dios no lo permita! ¿Usted me cree? Diga por favor que no piensa que soy una bruja.

—Por supuesto que no lo es.

—¡Le agradezco sus palabras bondadosas! Ya ni me acuerdo cuándo quedé en la calle. Hace tiempo tenía una casa, ya no sé dónde, y tenía cuatro dulces hijas y un hijo. ¡Eran adorables! Sus nombres… Olvidé sus nombres. Están todos muertos, pobrecitos, desde hace años. ¡Si hubiera visto a mi hijo! ¡Era tan bueno! Era pintor. ¡Los cuadros que pintaba! Una vez le salvó la vida a un hombre… o quizá fuese una mujer… que se ahogaba en el agua helada.

La anciana se extravió en una maraña de recuerdos y empezó a asentir y hablar sola en voz baja. Yo le dije a 44 al oído:

—¿Vas a salvarla? Debes ir a contarle al cura. Cuando él sepa quién es, la soltará y la llevará con su familia, ¡alabado sea Dios!

—No —respondió 44.

—¿Por qué?

—Porque está destinada a morir hoy en la hoguera desde el principio de los tiempos.

—¿Cómo lo sabes?

44 no contestó. Dejé pasar un minuto, aunque me sentía cada vez más afligido. Después dije:

—¡Entonces iré yo a hablar con el cura! Voy a contarle todo. Dejaré que me vean y…

—Eso no está escrito —dijo 44—. Y lo que no está predestinado, no sucederá.

Buscó otro leño para avivar el fuego. De pronto, un hombre grandote salió del monasterio, corrió hacia él, le arrancó el leño de la mano y dijo de mal modo:

—¡Idiota, entrometido! Deja ese leño donde estaba.

—¿Y si no lo hago, qué? —dijo 44.

El hombre, furioso porque un campesino se había atrevido a hablarle en ese tono, le arrojó un puñetazo a la mandíbula, pero 44 agarró el enorme puño con la mano y se lo trituró. El crujido de los huesos fue espantoso. El hombre se alejó a los tumbos, gimiendo y maldiciendo. 44 levantó el leño y reavivó la fogata de la anciana. Susurré:

—Desaparezcamos y vámonos. En cualquier momento ese hombre…

—Lo sé —dijo 44— Está llamando a sus subalternos para que vengan a arrestarme.

—¡Entonces vámonos!

—¿Qué ganaríamos con eso? Está escrito. Y lo que está escrito tiene que suceder. Pero no temas. No va a pasarnos nada.

Seis hombres aparecieron corriendo, atraparon a 44, lo golpearon con los puños y con palos, hasta dejarlo ensangrentado, y se lo llevaron. Yo los seguí, pero era sólo un espíritu insustancial, no podía hacer nada para defenderlo. Encadenaron a 44 en una celda oscura en los sótanos del monasterio, cerraron la puerta con cerrojo y se fueron después de prometerle que volverían para seguir dándole su merecido en cuanto quemaran a la bruja. Yo estaba muy preocupado, pero él no. Dijo que aprovecharía la oportunidad para incrementar la fama del mago: haría correr la noticia de que el anciano triturador de manos era Balthazar disfrazado.

—Cuando vengan y sólo encuentren la ropa del prisionero, van a creer —dijo.

Dicho esto se esfumó y su ropa quedó abandonada en el piso. La verdad es que podía hacer cosas maravillosas, por más cabeza hueca y frívolo que fuera. Nunca se sabía qué esperar de él. Atravesamos los gruesos muros como si fuesen de aire y seguimos a una

procesión de monjes cantores hacia la hoguera. La gente del pueblo empezaba a afluir en tropel: hombres, mujeres, muchachos, doncellas, hasta niños en brazos.

Los preparativos llevaron media hora. Delimitaron la hoguera con una soga, para que la gente mantuviera la distancia. Dentro del círculo levantaron una tarima para el padre Adolf. Y cuando todo estuvo listo llegó él, con su escolta. Lo acompañaron hasta el púlpito con la solemnidad y pompa propias de la ocasión. El padre Adolf empezó su sermón en tono práctico. Fue muy duro con las brujas, «parientes de la Bestia, enemigas de Nuestro Señor, abandonadas por los ángeles, condenadas al infierno». Luego denunció sin piedad a la allí presente y prohibió cualquier gesto de misericordia hacia ella.

No había esperanza para la prisionera. Exhausta por la fatiga y las privaciones, dormitaba con la cabeza apoyada en el pecho. Los verdugos se acercaron, la incorporaron, le ajustaron las cadenas alrededor del pecho. Mientras apilaban los leños ella miró medio dormida a la multitud que la rodeaba. Después su cabeza cayó otra vez y se desvaneció de nuevo.

Los verdugos encendieron el fuego y se apartaron. El silencio se propagó: nada se movía, no se oía un solo sonido, la gente miraba con la boca abierta, sin respirar, y sus caras tensas compartían la misma expresión. Esa impresionante ausencia de emoción y movimiento duró más de un minuto y sólo se quebró cuando sucedió algo estremecedor para cualquier persona con un mínimo de sensibilidad: ¡un hombre alzó a su hijita y la sentó sobre sus hombros para que viera mejor!

El humo azul rodeaba a la anciana dormida y se alzaba flotando en el aire helado. En la base de los leños empezó a asomar un brillo rojizo que creció en tamaño e intensidad, y de pronto un chasquido rasgó el silencio. La cortina de fuego estalló de pronto y lamió la cara de la anciana. Su cabello fue lo primero en arder y ella soltó un alarido atroz, que la multitud respondió con un gemido de espanto. La anciana gritó: «¡Ten piedad de esta humilde pecadora… Bendito sea tu Santo Nombre… Dulce Jesús, recibe mi alma!».

Las llamas se la tragaron y ya no pudimos verla. El padre Adolf contemplaba severamente su obra. Pero algo sucedió de pronto entre la gente: un monje se abrió paso hasta el cura y le entregó un

mensaje, que al receptor le agradó, a juzgar por los gestos. El padre Adolf gritó:

—¡No se vayan aún! Me informan que ha sido atrapado el mago maléfico, hijo de Satán. Está encadenado en el sótano del monasterio, disfrazado de viejo campesino. Ya está condenado a las llamas, así que no hacen falta preámbulos. ¡Arrojen las cenizas de la bruja al viento y preparen nuevamente la hoguera! ¡Traigan al brujo!

La multitud se animó. Eso sí que les gustaba. Pasaron cinco minutos, diez. ¿Cuál era el problema? El padre Adolf perdía la paciencia. Los mensajeros regresaron cabizbajos. Dijeron que el mago se había escapado, a pesar de las puertas con cerrojo y las paredes macizas. ¡Lo único que quedaba era su ropa de campesino! Y la alzaron en sus manos para que todos pudieran verla.

La gente estaba sorprendida, muda y decepcionada. El padre Adolf empezó a bramar y maldecir. 44 me susurró:

—Llegó el momento. Voy a hacerme pasar por el mago y subiré la apuesta.

Justo en ese instante se produjo un revuelo en la multitud, que se dispersó espantada porque ahí estaba, delante de todos, el presunto mago en su deslumbrante traje oriental. Su cara estaba blanca de pánico. Quería huir pero no tenía escapatoria porque enfrente tenía a alguien que se jactaba de no temer ni a Satán ni a sus servidores: Adolf, el admirable. Los demás retrocedieron asustados, pero él no. De un salto alcanzó al brujo y gritó:

—¡Ríndete! Te lo ordeno en Su Nombre.

¡Qué invocación tremenda! El falso mago cedió ante su poder arrasador, tambaleó y cayó como si le hubiera caído un rayo del cielo. Me dio lástima, de todo corazón, pero al mismo tiempo me alegré de que al fin 44 entendiera cuál era el poder de ese Nombre del que se había burlado con imprudencia tantas veces. ¡Ay! ¿Por qué no me había escuchado antes?

Ahora no quedaban cobardes en la multitud. Todos se ofrecían para arrastrar a la víctima a la hoguera. Lo rodeaban como lobos furiosos, lo zamarreaban y lo insultaban y lo pateaban. Él gemía, imploraba compasión. El padre Adolf se regocijaba, alardeaba, se reía, mientras lo ataban a la hoguera, apilaban más leños a sus pies y encendían el fuego. La criatura infeliz lloriqueaba y rogaba en su

traje fantástico. Qué contraste lamentable con la pobre anciana que poco antes había enfrentado la muerte con tanta entereza. Adolf levantó la mano y dijo estas palabras, con una solemnidad impresionante:

—¡Vete ya, alma condenada, a las regiones de la eterna desdicha!

En ese instante el mago dejó de llorar y se le rió sardónicamente en la cara, para proceder a esfumarse. Sólo su ropa quedó colgando de las cadenas. En mis oídos resonaron estas palabras, dichas con extrema suavidad:

—Vamos a desayunar, August. Dejemos que estos animales asombrados se queden intentando entender mientras Adolf les explica lo inexplicable, que es su especialidad. Oh, qué fama tendrá el mago cuando termine con mi trabajo, ¿no crees?

Es decir que todo aquel espectáculo no había sido más que otra de sus burlas blasfemas. Y yo que me lo había tomado en serio, con toda mi credulidad e inocencia. Sentí una profunda vergüenza, por él y por mí. ¡Ah, evidentemente para él nada era importante! La levedad era su materia. La muerte era una broma. Todo aquel miedo atroz, esas lágrimas conmovedoras, esas súplicas desesperadas… Todo había sido una payasada tosca y vulgar. ¡Lo único que le interesaba era la maldita reputación del mago! Estaba tan furioso con él que no le respondí. Lo dejé regocijarse solo en su degradante espectáculo. No encontraría en mí un cómplice para celebrar y jactarse de lo sucedido.

Capítulo 22

En mi habitación, 44 sacó el desayuno de la alacena vacía: un plato tras otro, todos bien calientes. Puso rápidamente la mesa sin dejar de hablar, ¡con cuánta gracia, de qué manera fascinante y seductora! Pero no sobre lo que acababa de suceder sino sobre esas comidas aromáticas y sus lejanos países de origen —Catay, la India, lugares para mí desconocidos. Yo estaba famélico y como la charla era de lo más cautivante, al rato se me había pasado el mal humor. La visión de la vajilla —suntuosa y espléndida, original y delicada—, también era un aliciente. Y yo sabía que después podría ser mía.

—Aquí tienes: pan caliente de maíz, de Arkansas. Puedes cortarlo, enmantecarlo, cerrar los ojos y ¡a disfrutar! Aquí hay pollo frito con salsa de leche y harina, de Alabama. ¡Pruébalo y ten piedad de los ángeles, que no lo conocen! Frutillas cubiertas con crema batida y aún húmedas de rocío de la pradera. ¡Deja que se derritan en tu boca! Café vienés recién hecho, con una píldora de sacarina. ¡Bebe y ni siquiera trates de decir lo que sientes! ¡Los pobres dioses del Olimpo solamente conocían el néctar!

Comí, bebí, me deleité con esas maravillas extranjeras. Era como estar en el Paraíso.

—Qué embriaguez —dije.

—Toda una fiesta, ¿no? —dijo él.

Pregunté por algunas comidas que tenían nombres estrafalarios, y una vez más surgió aquel detalle: ¡eran del *futuro*! ¿Cómo podía entenderlo? Nadie hubiera podido. Qué locura. Y sin embargo era un placer juguetear con esos nombres extraños, saborearlos en la lengua: pan de maíz, Alabama, pradera, café, sacarina. 44 respondió a mi pensamiento con una breve explicación:

—El maíz sólo se conoce en América. América todavía no fue

descubierta. Arkansas y Alabama serán estados del norte de América y recibirán sus nombres dentro de un par de siglos. Pradera es un término típico de ese continente, que designa a unas llanuras extensas como mares. Sacarina es azúcar concentrada en una proporción de 500 a 1: imagina la dulzura de quinientas bellas muchachas concentrada en el corazón de un enamorado. Este producto no se descubrirá hasta dentro de cuatrocientos años. Como ves, te concedo algunos privilegios por adelantado.

—Cuéntame un poco más, 44, por favor. Muero por saber cómo encontraste estas maravillas tan increíbles.

44 reflexionó un poco, después dijo que le encantaría explicármelo pero era difícil, dadas las limitaciones mentales de la raza humana. Lo dijo con naturalidad, como se lo diría un arzobispo a un gato sin sospechar que el gato pudiera sentirse afectado o tener su propia opinión al respecto. Me sonrojé a mi pesar y dije, con dignidad, y medio agitado:

—Te recuerdo que estoy hecho a imagen de Dios.

—Sí —contestó él con displicencia. No parecía muy impresionado, ni siquiera molesto.

Me indigné como nunca, pero opté por no decir nada, para castigarlo con mi silencio y mi frialdad. Fue inútil; no se dio por aludido. Estaba perdido en sus pensamientos. Al rato dijo:

—Es difícil, quizás es imposible. A menos que te hiciera de nuevo.

Levantó la vista y me miró, ansioso por hacerme entender:

—Lo que sucede es que eres un animal, ¿me explico?

Le hubiera dado una bofetada pero me contuve y contesté con indiferencia sarcástica:

—Más o menos. Y, en todo caso, todos lo somos.

Lo incluí en ese todo, por supuesto, pero también fue inútil porque no captó la idea de la inclusión. Al contrario, habló aliviado, como quien ve su camino liberado de un obstáculo:

—¡Justamente ése es el problema! ¡Por eso es tan difícil! Con mi raza es distinto. Nosotros no tenemos límites de ningún tipo, comprendemos todas las cosas. Como sabes, para tu raza existe algo llamado *tiempo*. Ustedes lo fragmentan y lo miden: para ustedes existe un pasado, un presente y un futuro. De una misma cosa hacen tres. Para tu raza también existe algo llamado *distancia*. ¡Y también

la fragmentan y la miden! Qué raza increíble, los problemas que se inventan. Déjame ver si puedo… No, no hay forma de enseñarle nada a este tipo de mentes. —Me miró desolado y agregó: —Si tu mente tuviera alguna profundidad o amplitud… Pero, como ves, es incapaz de *absorber* nada. No hay manera de meter el universo y todas sus estrellas en un jarro.

No contesté. Me quedé sentado en silencio, ofendido y distante. No diría ni una palabra para hacerle más fáciles las cosas. Pero él volvió a ignorarme; seguía pensando. Al rato dijo:

—Bueno. Es muy difícil esto que voy a intentar. Si al menos tuviera un punto de apoyo, una base, pero no encuentro ninguna. A ver: ¿podrías imaginar el tiempo indiviso? ¿Podrías concebir algo sin principio, algo que *siempre* fue? ¡Inténtalo!

—¡No! Probé cientos de veces imaginarme la eternidad. Y me aturdo de sólo pensarlo.

44 se desilusionó de nuevo.

—¡Qué horror! Cómo puede existir un cerebro incapaz de entender algo tan simple. Escucha, August: en realidad, en el tiempo no existen divisiones de ningún tipo. El pasado está presente. Me refiero al pasado *real* y no al recuerdo que tienes de él. Viene cuando lo convoco, es así de simple. Lo mismo con el futuro: basta con que mire hacia el porvenir y ahí está, frente a mis ojos, vivo y real. Y no se trata de una fantasía, de un esfuerzo de imaginación. ¡Ah, qué irritantes son tus limitaciones, me exasperan! Es evidente que tu raza ni siquiera puede concebir algo hecho de la nada. Todos tus sabios y filósofos lo han confesado. Dicen que tiene que haber *algo* en el comienzo, ¡y se refieren a lo sólido, a la sustancia con la cual poder construir el mundo! Pero vamos, hombre, estamos hablando de algo muy simple: el universo entero fue construido con el *pensamiento*. ¿No puedes entenderlo?

—¡No! ¡No puedo! El pensamiento no tiene sustancia, ¿cómo construir algo material con él?

—Pero, August. No me refiero a *tu* tipo de pensamiento. Me refiero al que practica mi especie y al que practican los dioses.

—¿Y cuál es la diferencia? Todo pensamiento es sólo *pensamiento*.

—No. Un hombre no es capaz de originar nada en su cabeza. Sólo observa cosas exteriores y las combina ahí dentro y saca una

conclusión. Su mente es sólo una máquina. Una máquina *automática*, que él no controla, y que no puede concebir algo diferente, algo *original*. Sólo puede reunir material del exterior y combinarlo en distintas formas y diseños. Pero siempre tiene que recibir algo del exterior, no puede generarlo ella misma. La mente de mi especie sí puede, la mente de un dios también puede; ésa es la diferencia. No necesitamos que nos aporten materiales. Los creamos con el pensamiento. Todas las cosas que existen fueron hechas con el pensamiento, es sencillo de entender.

Por una cuestión de cortesía me pareció mejor aceptar sus palabras sin exigirle que las fundamentara. No se ofendió. Sólo dijo:

—Tu mente automática ha cumplido con su función, su *única* función, sin que intervengas. Escuchó, observó, juntó esto con aquello y sacó una conclusión: que mi teoría es dudosa. Y ahora, en secreto, está buscando pruebas que demuestren que lo que digo es imposible. ¿Cierto o no?

—Bueno, no voy a negarlo —dije—. Aunque lo habría ocultado por cortesía, si me lo hubieran permitido.

—Lo que tu mente pide automáticamente es que le ofrezca una prueba concreta, que fabrique de la nada una docena de monedas de oro, con mi *pensamiento*. Pues aquí las tienes. Abre la mano.

¡Y ahí estaban! Me asombré, lo reconozco, aunque tampoco tanto, porque no era la primera vez que usaba los trucos que había aprendido del mago. Sus poderes, lejos de pertenecerle, provenían de una fuente externa. ¿Pero era así realmente? Quise preguntárselo pero las palabras se negaban a salir de mi boca y comprendí que 44 me había aplicado ese bloqueo misterioso que con frecuencia frenaba mis preguntas. Creo que lo hacía para seguir pensando sin que lo estorbara. Por fin exclamó:

—¡Esa pobre y vieja alma!

Sentí una puntada en el pecho y a mi mente volvieron la hoguera, las llamas y el grito final de la anciana.

—Fue una vergüenza. Y también fue una vergüenza que nadie la rescatara —dije.

—¿Por qué te parece que fue una vergüenza?

—¿Cómo puedes preguntar eso, 44?

—¿Qué hubiera ganado?

—Vivir un poco más, de hecho. ¿Eso no vale nada para ti?

—Ah, el ser humano: ¡se la pasa alabando la dicha eterna y el Cielo, pero hace todo lo posible para postergar la hora de ir para allá! Se ve que el cielo no los convence demasiado.

Yo mismo le había dado los argumentos, mi descuido me enfureció. Intenté argumentar que, si la mujer se hubiera salvado de la hoguera, al menos habría ganado algo: llegar al Cielo por una muerte menos cruel.

—No irá al Cielo —dijo 44, tranquilamente.

Perdí la calma.

—Pareces saber mucho del tema. ¿Por qué estás tan seguro?

Mi enojo no lo afectó. Tampoco se tomó la molestia de responder mi pregunta. Sólo dijo:

—Esa pobre mujer no hubiera ganado nada importante… nada significativo, de hecho, según tus extraños cálculos. ¿Qué son diez años, restados a diez billones de años? La décimo-milésima parte de un segundo. Es decir, nada. Pues bien, ahora está en el infierno y allí se quedará para siempre. Si a eso le restas diez años, la diferencia no cuenta. Su dolor físico en la hoguera duró seis minutos… no hubiera valido la pena salvarla de *eso*. La pobre criatura ahora está entre las llamas eternas. ¡Mira!

No me dio tiempo a pedirle que me lo evitara. Una oleada roja irrumpió ante mis ojos, y ahí estaba la anciana, entre los condenados. Después el mar encendido y su invocador se habían esfumado, y yo estaba solo en mi habitación.

Capítulo 23

Yo era demasiado joven, me sentía totalmente abatido, sin perspectivas. Empecé a perder interés en los asuntos del castillo y sus ocupantes hasta que dejaron de importarme por completo. Me aislé y dejé de prestar atención a los sucesos cotidianos. Mi duplicado acaparaba todo mi trabajo y para mí quedaba vagar sin rumbo y ser infeliz a mis anchas.

Mis días transcurrían lentamente, sentía que me faltaba algo y cada vez notaba más su ausencia, pero apenas me atrevía a nombrarlo. ¡Era Marget, la sobrina del señor! Yo era su admirador secreto desde hacía tiempo. Adoraba su cara y su cuerpo a la distancia, pero no tenía el coraje de ir más allá. Aspirar tan alto no era para mí; no todavía, al menos, en mi tímida e inexperta juventud. Si ella se dignaba a hacerme un comentario al pasar, yo temblaba de emoción, un éxtasis celestial entraba en posesión de mis sentidos, me quedaba desvelado la noche entera y lo disfrutaba mucho más que dormir. Valoraba como tesoros cada uno de esos comentarios espontáneos y triviales que ella me dedicaba al pasar. Recordaba a la perfección en qué momento había sido dicho cada uno, qué circunstancia le había dado pie, cómo había sido su tono de voz y la expresión de su cara y la luz que brillaba en sus ojos cuando los había pronunciado. No pasaba una noche sin que los repasara en todos sus detalles y jugueteara con ellos como una niña pobre con su modesto collar de perlas falsas. Pero nunca me atreví a soñar que Marget pudiera prestarme atención —o dedicarme más palabras que al gato.

En general, ni siquiera advertía mi presencia; apenas me dirigía una mirada de reconocimiento cuando pasaba a mi lado en el salón o el corredor. Ahora llevaba días sin cruzármela porque la

enfermedad de su madre había empeorado y Marget pasaba todo su tiempo en la habitación de la enferma. Cuando ya no podía más de ganas de verla, de gozar de su agradable presencia, se materializó de pronto ante mis ojos, a no más de veinte pasos de distancia, como una visión encantada. Ah, su dulce rostro, su figura delicada, ese aire sutil y exquisito que hace de los diecisiete años la edad perfecta y lozana por excelencia… ¡cómo no caer rendido a sus pies! Marget caminaba hacia mí, pensativa y absorta en su propio mundo. Yo me había hecho invisible y cuando la tuve delante, en vez de apartarme, me quedé quieto. Entonces ella siguió andando, me atravesó y sentí su calor en mi corazón. Marget se detuvo, sorprendida, sonrojada. Respiraba breve y rápidamente. Miró alrededor y dijo dos veces, en voz muy baja:

—¿Qué fue eso?

La devoré con los ojos durante un minuto entero, quizá más, mientras ella se quedaba en donde estaba, sin moverse. Después murmuró para sí:

—Estaba soñando despierta, tiene que haber sido eso. ¿Por qué me habré despertado? —Tras decir esas palabras se alejó por el gran corredor.

No hay forma de describir mi alegría. De golpe entendí que me amaba y lo había mantenido en secreto para guardar las formas, como corresponde a una doncella. Pero yo la convencería para que se sincerara. Sería franco y valiente con ella. Me hice visible y en un minuto la había alcanzado y caminaba a su lado. Estaba excitado y feliz. Confiado, le toqué el brazo y las palabras cálidas empezaron a brotar solas de mis labios.

—Mi querida, querida Marget…

Ella me dedicó una mirada de rechazo amable pero muy frío, que prolongó hasta convencerse de que había llegado a destino y luego se alejó sin decir palabra.

No me atreví a seguirla. Estaba paralizado por la sorpresa. ¿Por qué se comportaba así? ¿Por qué le gustaba soñar conmigo y no le gustaba verme cuando se despertaba? ¡Qué misterio! Algo extraño sucedía y yo no podía entender. Le di vueltas y vueltas al enigma mientras la veía alejarse. Estaba al borde del llanto, avergonzado por mi impertinencia y la dura lección que había recibido. Entonces Marget se detuvo. ¡Por Dios, a lo mejor volvía! Me hice invisible en

medio segundo. No me hubiera atrevido a enfrentarla por nada del mundo.

Ella giró sobre sus talones. Yo me apoyé contra la pared para darle paso. Hubiese querido salir volando, pero no podía: su visión era un hechizo irresistible. Tenía que quedarme a contemplarla, a venerarla. Muy lentamente se fue acercando, con el mismo andar absorto y soñador. Cuando pasó a mi lado se detuvo, un segundo o dos —fueron tres, de hecho—, y antes de seguir camino dijo, con un suspiro: «A lo mejor me equivoco, pero juraría que lo sentí de nuevo».

¿Lamentaba equivocarse? ¿Le había entendido bien? Me sentí colmado de esperanza. Tenía que confirmar lo que suponía, me costaba contenerme para no interceptar de nuevo su camino y ver qué sucedía. Pero el rechazo era demasiado reciente, el dolor estaba en carne viva y no me atreví. Me limité a dejar que mis ojos se deleitaran con su belleza sin correr riesgos. No pensaba privarme de ese placer. La seguí de lejos, y cuando finalmente entró en su habitación y cerró la puerta volví apenado a la mía y a mi soledad.

La fiebre nacida de aquel maravilloso primer contacto no me daba tregua. Hora tras hora, traté de combatirla, pero era inútil. Llegó la noche y fue discurriendo lentamente y sin alivio. A las diez, el castillo dormía en silencio y yo estaba despierto. Salí de mi habitación y di vueltas por todos lados. Cuando flotaba por el gran corredor vi una figura de pie, inmóvil, iluminada por una luz difusa, en el lugar memorable del encuentro de esa tarde. La reconocí. Con menos luz también la hubiera reconocido. No pude evitarlo, me acerqué como a un imán. Avancé lleno de anhelo, pero cuando me faltaban uno o dos pasos para llegar me dio un escalofrío porque recordé quién era ella y quién era yo y me detuve. No me importaba. ¡Estaba cerca de Marget! Ella dio un respingo y movió su cabeza con tensa y amorosa expectativa. Tenía una expresión de vehemente felicidad, la luz mortecina la iluminaba. Esos ojos azules y húmedos, que yo quería tanto, me miraban como a través de un velo. Sus labios dijeron en un susurro: «No oigo nada… pero está cerca, sé que está cerca. Mi sueño ha regresado».

La pasión me desbordó y fui flotando hasta ella como una exhalación, la abracé contra mi pecho, apoyé mis labios en los suyos y caí en un estado de embriaguez. Ella cerró los ojos y con un

suspiro que parecía de gratificación inmensa, dijo en tono romántico: «Te amo tanto… Hace tanto que te espero…».

Su cuerpo temblaba con los besos que recibía y correspondía. Gracias a la intensidad y el caudal de los sentimientos que me embargaban descubrí que las sensaciones que experimentaba mi estado físico eran insignificantes en comparación con las que sentía como espíritu.

Yo era invisible, impalpable, insustancial, transparente como el aire, y aun así podía sostener a una chica entre mis brazos. Era más que una ilusión, era una realidad. Y era una novedad también: yo no sabía hasta entonces que mi espíritu contaba con ese poder. Sentí la necesidad de explorar los alcances de ese recurso tan valioso. Quería hacer experimentos. Dije:

—Querida, cuando te aprieto la mano, ¿lo sientes?

—Sí, claro.

—¿Y cuando te beso?

—¡Claro que sí! —y se rió.

—¿Sientes mis brazos cuando te rodeo con ellos?

—Sí, por supuesto. ¡Qué preguntas raras!

—Oh, son tonterías, sólo excusas para escuchar tu voz. Porque tu voz es música para mí, mi querida Marget.

—¿Marget? ¿Por qué me llamas así?

—Oh, qué apegada a las convenciones. ¿Debo llamarte Fräulein Regen? ¡Pensé que ya habíamos superado eso!

Parecía sorprendida. Volvió a repetir:

—¿Por qué me llamas así?

Ahora el sorprendido era yo.

—¿Por qué? No se me ocurre ninguna razón, salvo que ése es tu nombre, querida.

—¿Mi nombre? —y negó con su bonita cabeza—. Nunca nadie me llamó así.

Tomé su cara entre mis manos y la miré profundamente a los ojos para ver si estaba bromeando, pero sólo encontré dulce sinceridad. Como no sabía qué decir, improvisé.

—Cualquier nombre que te guste me encantará, belleza. Sólo dime. ¿Cómo quieres que te llame?

—Veo que te sobra el tiempo para galantear. ¿Cómo quiero que me llames? Pues por mi propio nombre. Y no le agregues ningún

Fräulein.

Seguía confundido pero no me importó. Cuanto más tiempo me llevara entender, más placentero y mejor. Así que continué con la mascarada:

—Tu nombre de pila, claro. Pero no sé qué me ocurre… ¡Qué vergüenza! ¡Lo he olvidado! ¿Cuál es, querida?

La música de su risa brotó clara y sonora como el canto de un pájaro. Y mi amada me dio un suave tirón de oreja.

—¿Lo olvidaste? No te creo. Me estás haciendo una broma. Cuando lo oigas de mi boca, seguro dirás algo que me haga sentir una tonta. ¿Es eso? ¿Qué me harás si te lo digo, querido?

—Echaré tu cabeza hacia atrás hasta que quede apoyada contra mi brazo izquierdo… y te besaré así.

Ella me miró, acunada en mis brazos, y susurró con deliciosa resignación:

—Puedes llamarme Lisbet —y se preparó a aceptar su castigo.

—Buena chica —le dije, acariciándole la mejilla—. No hay ninguna trampa, Lisbet. Sólo fingí que lo había olvidado porque no hay nada más dulce que oír el nombre más dulce dicho por los labios más dulces.

—¡Mi querido! ¡Voy a decirte mi nombre completo por el mismo precio!

—Soy todo oídos.

—¡Elisabeth von Arnim [10] !

Le di tres besos prolongados y ardientes. Había averiguado su nombre gracias a mis maniobras diplomáticas. Lo repetí un par de veces, en parte por el placer de oírlo y en parte para memorizarlo. Le comenté a Lisbet que me hubiera gustado seguir jugando. La idea le encantó y dijo:

—Podemos hacerlo también con *tu* nombre, Martin.

¡*Martin*! ¿De dónde sacaba esos nombres inauditos, por lo menos hasta entonces? ¿Cuál era el secreto de ese misterio, el cómo, la explicación? Era todo demasiado profundo para mí, y no era el momento para ponerse a pensar. Quise descubrir el resto de mi nombre, así que dije:

—Mi nombre sólo tiene importancia cuando lo pronuncias. Dilo, querida.

—Martin. ¡Págame!

Lo hice.

—Dame más música, querida. Pronuncia el resto de mi nombre.

—Martin von Giessbach[11]. ¡Qué lástima que no sea más largo! ¡Paga!

Lo hice, y con intereses. Entonces resonó la solemne campana de la torre mayor.

—Oh, las once y media, ¿qué va a decir mamá? No pensé que fuera tan tarde, Martin…

—Es cierto, pensé que habían pasado solamente quince minutos.

—Vamos, apurémonos —dijo, y nos apuramos, al menos hasta cierto punto. Yo le rodeaba la cintura con mi brazo izquierdo y ella posaba su mano sobre mi hombro. Varias veces susurró, soñadora: «¡Soy tan feliz, *tan*, tan feliz!», y se entregaba a esa sensación, que la absorbía por completo. Entonces ocurrió algo que me dejó petrificado del susto. ¡Mi duplicado surgió de pronto de entre las sombras, justo cuando pasábamos!

—¡Marget! Estuve esperando horas frente a tu puerta, rompiste tu promesa. ¿Te parece bien? ¡Qué falta de consideración! —le reprochó.

Oh, los celos. Sentí su puntada por primera vez.

Pero con sorpresa y alegría advertí que ella ni siquiera lo miraba. Siguió caminando, como si no lo hubiera visto ni oído. Mi duplicado quedó atónito, la miró pasar a su lado y la siguió con la vista. Luego murmuró algo para sí y agregó, en voz más alta:

—Qué cosa más rara… ir caminando con la mano así, en el aire. ¡Parece sonámbula!

Y empezó a seguirnos, a unos pasos de distancia. Cuando llegamos a la puerta de Marget —¡Lisbet, quise decir!—, tomé su cara aterciopelada entre mis manos, besé sus ojos y sus labios. Ella había apoyado sus manos sobre mis hombros. Con delicadísima voz dijo:

—Buenas noches, y dulces sueños, mi querido —y entró.

Yo me dirigí a mi duplicado, que seguía mirando el lugar vacío donde había estado ella. Al rato él dijo, de lo más contento:

—¡Qué tonto, eran mis celos! Ese beso que lanzó al aire era para mí. Estaba soñando conmigo. Y ese buenas noches tan dulce también era para mí.

Dicho esto, fue hasta la puerta, se arrodilló y besó el lugar que

ella había pisado.

No pude soportarlo. Me abalancé sobre él y, con toda mi fuerza espiritual, le di una bofetada en plena cara. El golpe lo dejó dando vueltas hasta que chocó contra la pared. Estaba muy sorprendido. Se levantó, frotándose los magullones, miró desconcertado a su alrededor y se alejó rengueando mientras se decía:

—¿Y *eso* qué diablos fue?

Capítulo 24

Fui levitando con viento a favor hasta mi habitación, encendí el fuego y me senté a disfrutar de mi felicidad y pensar en el enigma de esos nombres. Rescaté de mis recuerdos algunos retazos de información provenientes de las charlas con 44 y al rato pude llegar a una conclusión: mi personalidad de carne y hueso no le interesaba en absoluto a Marget Regen, pero mi espíritu ejercía una influencia hipnótica sobre ella —como hubiera dicho 44— y la hundía en su sueño de sonámbula. En esos momentos su yo despierto perdía el dominio y le cedía el lugar al yo dormido. Su yo dormido tenía una personalidad independiente y por razones de su incumbencia había decidido llamarse Elisabeth von Arnim; estaba totalmente desligado de Marget Regen, ni siquiera estaba enterado de su existencia: no sabía nada de sus asuntos, sus sentimientos, sus opiniones, su religión ni cualquier otra cuestión relacionada con ella. Por otro lado, Marget ignoraba por completo la existencia de Elisabeth y todo lo relacionado con ella, incluido su nombre.

Marget me conocía como August Feldner, pero su yo dormido me llamaba Martin von Giessbach —*por qué*, era un asunto incomprensible. Cuando la chica estaba despierta, yo no le importaba nada. Cuando estaba sumida en el sueño hipnótico, yo era el ídolo de su corazón.

Había aprendido otra cosa de 44: el ser humano contiene en sí no sólo dos entidades independientes, sino tres —el yo despierto, el yo dormido y el alma. La última es inmortal, las otras dos funcionan gracias al cerebro y el sistema nervioso y son materiales y mortales, no responden si una lesión paraliza el cerebro o si un narcótico adormece los nervios. Cuando el hombre muere, ellas también *mueren* porque su existencia y su energía dependen del sustento

físico, y no pueden obtenerlo del cerebro o el sistema nervioso muertos. Cada vez que me hacía invisible, mi estructura física desaparecía, no quedaba nada conectado con ella —salvo mi alma, mi espíritu inmortal. Libre de las ataduras de la carne, podía experimentar fuerzas, pasiones y emociones de un carácter tremendamente efectivo.

Pensé que había descifrado el acertijo correctamente. Y tenía razón, como descubrí después. Pero eso derivaba en una consecuencia angustiante: mis tres yos estaban enamorados de la misma chica, ¿cómo podríamos ser felices todos? No le encontraba salida a esa situación plagada de confusiones, celos y resentimientos.

Hasta ese momento, mi duplicado no me preocupaba. Para mí era sólo un desconocido, ni más ni menos. Y yo era un desconocido para él. Ninguno sabía del otro hasta que 44 lo revistió de carne. Hasta entonces no habríamos sido capaces de vernos aunque hubiésemos querido porque cuando uno de nosotros estaba activo y usaba el cerebro y el sistema nervioso que compartíamos, el otro estaba dormido. Todas nuestras vidas habíamos sido como esos Box y Cox[12] que, según 44, compartían habitación: sabían que el otro existía pero sus asuntos no le interesaban, nunca se encontraban, salvo durante el brevísimo y confuso instante en que uno entraba y el otro salía, y jamás se detenían para saludarse.

A partir de la encarnación de mi yo dormido pudimos vernos uno al otro, pero nos saludábamos sin cordialidad, como meros conocidos. Aunque habíamos nacido al mismo tiempo y del mismo seno, no había afinidad espiritual entre nosotros. Desde el punto de vista espiritual éramos individuos totalmente independientes, con los mismos derechos sobre una propiedad carnal compartida. Ni siquiera teníamos el mismo nombre: mi duplicado material se hacía llamar Emil Schwarz[13].

Yo era amable con mi duplicado, pero también lo evitaba. Era lo lógico, porque mi imaginación, comparada con su espléndido dispositivo, era como una luciérnaga al lado de un relámpago. En lo relativo a nuestro oficio, él podía hacer más en cinco minutos que yo en un día. Se encargaba de todo mi trabajo en la imprenta como si fuese una insignificancia. En las artes de la seducción y la persuasión, yo era un mendigo y él era Creso. En las pasiones y

sensaciones —fuesen de dolor o de placer—, yo era un fósforo y él era el fuego. En una palabra, ¡todas las intensidades que padecía o disfrutaba en un sueño eran suyas!

Ésa era la criatura que había decidido enamorar a Marget. ¿Qué oportunidad tenía yo, con mi vulgar forma humana? ¡Ni una! Yo era consciente de eso, lo sabía y el dolor era insoportable.

En cuanto a mi alma liberada de la carne… ¿qué era mi duplicado comparado con ella? Nada, menos que nada. Las condiciones se revertían en lo tocante a las pasiones y las artes de la persuasión. Lisbet era mía y lo sería aunque todos pensaran lo contrario, pero sólo cuando era Lisbet, sólo cuando su yo dormido la dominaba. Cuando era Marget, era presa de su yo despierto y se convertía en la esclava de ese reptil. Y eso no tenía remedio, no había forma de salir de ese dilema diabólico. Yo sólo podía aspirar a la mitad de Marget. La otra mitad, que yo también adoraba, sería para mi duplicado. Era mía y era suya, por turnos.

Esas ideas desoladoras luchaban en mi cabeza sin pausa, persiguiéndose y enjuiciándose sin descanso, y yo no encontraba alivio a la tortura. Perdía de vista el amor de Lisbet, infinitamente valioso, porque no podía tener el de Marget. Eso me daba la pauta de que seguía siendo humano; es decir, alguien que lo quiere todo y sólo se conforma si lo tiene enteramente. Porque así somos: hasta el más humilde de nosotros tiene la voracidad de un emperador.

En la primera misa de la mañana recuperé la alegría quería conocer mi desgracia a fondo, en toda su magnitud y detalle.

Tomados del brazo fueron hasta una butaca donde se sentaron sin dejar de abrazarse, y besarse una y otra vez. Era un espectáculo de lo más ofensivo. Luego Schwarz levantó ese bello rostro, miró esos ojos luminosos y dijo, socarrón:

—¡Pequeña traidora!

—¿Traidora? ¿Por qué, Emil?

—Anoche no acudiste a la cita.

—Pero Emil, ¡fui!

—¡No lo hiciste! Dime, si no, qué hicimos, adonde fuimos. Te apuesto un ducado a que no lo sabes.

Al principio, Marget se sorprendió, después se desconcertó y luego se asustó.

—Es inexplicable —dijo—. Como si lo hubiera olvidado todo.

Pero sé que salí de mi habitación; estuve fuera hasta cerca de la medianoche. Lo sé porque mi madre me retó cuando volví, y trató de hacerme confesar dónde había estado hasta tan tarde. Ella estaba muy afligida y a mí lo único que me preocupaba era que sospechara la verdad. Pero no recuerdo nada de lo que sucedió antes. ¡Es inquietante!

El diabólico Schwarz soltó una carcajada y dijo que podía resolver el acertijo a cambio de un beso. Lo obtuvo y relató a continuación que se la había encontrado por un pasillo, caminando dormida, y que era evidente que soñaba con él porque la vio besar el aire, convencida de que lo besaba a él. Se rieron un poco del extraño incidente y después se dedicaron a intercambiar caricias sin pensar más en el asunto.

Hablaban del «día feliz» —una expresión que me quemaba como una brasa—, en que lograrían doblegar la resistencia de la madre de Marget y del señor. Después se imaginaron el futuro radiante y empalagoso que les esperaba. Estaban tan embriagados con el panorama que las palabras eran incapaces de expresar su dicha y morían en sus labios reemplazadas por el lenguaje verdadero del amor, que comunica las almas sin hablar: pechos henchidos, suspiros profundos, abrazo sostenido, la cabeza de ella sobre el hombro de él, los ojos empañados de felicidad, los interminables besos…

¡Por Dios, me estaba volviendo loco! Avancé hasta donde estaban y los envolví en una especie de nube invisible. En un segundo, Marget era Lisbet de nuevo. Se puso de pie, encendida de pasión por mí, y yo retrocedí, y ella me fue siguiendo. Cuando me detuve, cayó jadeando en mis brazos y susurró:

—¡Oh, amado mío, el tiempo no pasaba nunca! ¡No vuelvas a dejarme!

Mi duplicado, el sensiblero, se puso de pie, mirando como un estúpido. Tenía la boca abierta pero no le salían las palabras. Después creyó entender y empezó a acercarse a ella, mientras decía:

—¡Otra vez sonámbula, qué cosa más extraña! ¡Y la posición de su cuerpo! ¿Cómo puede arquearse tanto hacia atrás sin caerse?

Schwarz se acercó y puso sus brazos sobre los míos para sostenerla. Con ternura le dijo:

—Despierta, querida, reacciona. ¡No me gusta verte así!

Lisbet se soltó de sus brazos y le dirigió una mirada de ofendida sorpresa, que acompañó con estas palabras:

—¡Señor Schwarz! ¡No se sobrepase!

Eso dejó momentáneamente fuera de combate al estúpido reptil. Pero se recompuso y dijo:

—Oh, vamos. Sé razonable, querida. Me hiere tanto verte así. Si no puedes despertar, vamos al diván y duerme hasta que te recuperes. Yo te cuidaré con todo mi amor. Te protegeré para que nadie entre ni te descubra, mi querida Marget.

—¡*Marget*! —Los ojos de Lisbet brillaron ante la nueva afrenta. —¿Quién es esa Marget? ¿Con quién me confunde? ¿Y por qué se toma tanta confianza? —Pero al verlo tan angustiado, suavizó el tono: —Señor Schwarz, siempre fui amable con usted. Me ofende con su falta de respeto.

Él estaba tan confundido que dijo lo que no correspondía:

—Ah, mi pobre niña afligida. Reacciona, vuelve a ser la misma niña dulce de siempre y deja que nuestras almas sigan soñando con el feliz día de nuestra boda…

Fue demasiado. Lisbet lo interrumpió, furiosa:

—¡Fuera! ¿Está usted mal de la cabeza, o estuvo bebiendo? ¡Aléjese de mí! ¡No me toque!

Schwarz se alejó contrito. Desde la puerta, mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo, dijo:

—Pobrecita, qué desgraciada eres. Me partes el alma.

Mi querida Lisbet era sólo una chica: sol y lluvia alternados, en un momento era como un soldado mandón y al instante lloraba como una niña. Se refugió en mis brazos y dijo entre sollozos:

—Dame tu amor, amado mío. Cura mis heridas, ahuyenta el recuerdo de la vergüenza que me causó esa criatura odiosa.

Durante media hora recreamos la escena en la misma butaca donde se había desarrollado la anterior, beso a beso, sueño a sueño, y nuestra felicidad era tal que superaba las palabras. Pero había una diferencia importante: Marget tenía una mamá a quien debía explicaciones, Lisbet no tenía ese problema. Si tenía algún pariente en el mundo, ni siquiera estaba enterada. Era libre e independiente para casarse con quien quisiera, cuando quisiera. Así que, con una ingenuidad adorable, se le ocurrió que ese día y a esa hora eran perfectos para hacerlo. La propuesta fue tan repentina e inesperada

que si hubiera tenido pulmones me habría dejado sin aliento. Pero en mi estado me atravesó como una brisa impalpable. Me preocupaba, en cambio, una cuestión: ¿no sería reprobable que esa criatura tan joven y crédula se casara con un detalle imperceptible de la atmósfera? ¿Era justo que se casara conmigo solamente porque yo sabía cómo hacerlo? ¿No debía contarle, al menos, cuál era mi situación y dejar que ella decidiera? No, ¡podría equivocarse!

No podía arriesgarme. Tenía que pensar. Necesitaba encontrar una justificación valedera para que concretáramos la boda sin hacerle esa aclaración. Así estamos hechos los humanos: cuando queremos algo en serio, le buscamos justificaciones y las consideramos valederas para tranquilizar nuestra conciencia, pero en el fondo sabemos que sólo tratamos de sonar convincentes ante nosotros mismos.

Eso hice: urdí un plan y me convencí rápidamente de que era inobjetable. 44 era mi amigo, sin duda podría persuadirlo para que mi yo dormido se metiera en mi cuerpo y quedara encerrado ahí para siempre. De esa manera, Schwarz quedaría eliminado y el yo despierto de mi amada perdería interés en él y dejaría de quererlo. Eso sonaba convincente. Después, bastaría con cruzar frecuentemente mi yo despierto en el camino de su yo despierto, hasta que llegaría el momento en que… Por supuesto. Lisbet y Marget se convertirían en dos viudas necesitadas de consuelo y compañía, se rendirían a las atenciones de mi yo despierto y se casarían con él. El plan era perfecto, no tenía fallas. Y mi entusiasmo no tenía límites. Lisbet notó mi exaltación y dijo con alborozo:

—¡Hagámoslo ya mismo!

Yo me concentré en transmitir a su mente las sugerencias propias del caso, lo más rápido que podía, porque 44 me había dicho que el sujeto hipnotizado ve, hace y siente lo que uno quiere por medio de «sugerencias». Puede ver personas y objetos que no están presentes, oír palabras que no son pronunciadas, comer sal como si fuese azúcar, tomar vinagre por vino, hallar la dulzura de una rosa en la hediondez, olvidar todo al despertar y volver a recordarlo cuando la hipnotizan de nuevo.

Lisbet obedeció a mis sugerencias mentales y se vistió de novia. Hizo una reverencia ante el altar y el cura imaginarios, le sonrió a

los imaginarios invitados de la boda, pronunció las solemnes intenciones, recibió el anillo, inclinó su adorable cabecita ante la bendición, entreabrió los labios para recibir el beso de esponsales y se sonrojó como correspondía a una recién casada. Luego, por sugerencia mental, desaparecieron el altar, el cura y los invitados y nos quedamos solos… Eramos dichosos. ¡Eramos la pareja más feliz del Ducado de Austria!

Entonces se oyeron pasos. ¡Alguien venía! Corrí al centro de la habitación, para liberar a Lisbet del sueño hipnótico, así estaba preparada para enfrentarse a cualquier eventualidad. Marget empezó a mirar a su alrededor, sorprendida, intrigada, y también un poco asustada.

—¿Dónde está Emil? —dijo—. Qué raro. ¿Cómo pudo irse sin que lo viera? ¡Emil, Emil! ¿Por qué no contesta? Esta habitación debe estar embrujada. Pero estuvimos aquí muchas veces y nunca ocurrió nada parecido.

En ese momento entró Emil, cerró la puerta y dijo, compungido, pero con respetuosa formalidad:

—Disculpe, Fräulein Regen, pero temía por usted. Estaba haciendo guardia y la oí. No sería bueno que la encuentren aquí, y dormida. Su madre está preocupada por su tardanza. La doncella está buscándola por todas partes. La envié en otra dirección para darle tiempo a escabullirse. Disculpe, pero ¿le sucede algo?

Marget lo miraba sin entender. Las lágrimas empezaban a correr por sus mejillas. Se cubrió la cara con las manos y dijo:

—Qué cruel de tu parte dejarme sola, si estaba dormida. Oh, Emil, si tanto me amas, ¿cómo pudiste abandonarme en ese momento?

En menos de un segundo el repugnante sapo ya la tenía entre sus brazos y la apestaba con sus besos, que ella devolvía con repugnante pasión ¡cuando el eco de nuestros votos matrimoniales aún resonaba entre las paredes! ¡Un hombre como ese abrazaba a mi esposa frente a mis ojos y ella se entregaba sensualmente! No pude tolerar semejante aberración. Di una vuelta invisible aleteando en torno a ellos, con la intención de bajarle los dientes de un puñetazo al intruso, pero él tenía la boca ocupada y me quedé con las ganas.

Capítulo 25

Esa noche pasó algo terrible. Como mi felicidad era inefable y mi desdicha indescriptible, mi vida era una mezcla de éxtasis y agobio. No sabía qué hacer y me entregué a la bebida. La idea fue de Dongivadam. Quiso saber qué me pasaba y yo no quise contarle, pero algo sospechó y decidió que no estaría mal templarme un poco con unos jarros de vino.

Dongivadam tenía la mejor disposición conmigo por mi amistad con 44, le encantaba oírme hablar de él y que nos lamentáramos juntos de su triste final, calcinado en la hoguera. Yo no podía contarle que 44 estaba vivo por el bloqueo con que mi amigo trababa mi lengua cada vez que intentaba revelar el secreto. Así que bebimos unos cuantos jarros y nos lamentamos, tomé un poco de más y el vino se me subió a la cabeza. No estaba del todo borracho pero, cuando nos despedimos, estaba distraído y olvidé hacerme invisible. En ese estado, con entusiasmo y temeridad, me dirigí a la habitación de mi novia y permanecí en la antesala, confiado en la alegre bienvenida que ella le dedicaría a su amado Martin von Giessbach.

La antesala estaba a oscuras pero como la puerta estaba abierta eché un vistazo. La escena era cautivante y me instalé a disfrutar del panorama. Marget estaba sentada frente a un espejo de pared, vestida con un camisón y ofreciéndome su perfil. Una luz potente bañaba una mitad de su cara y la hermosa cascada de pelo rojo que llegaba hasta el piso. Una doncella la peinaba atentamente mientras le contaba algunos chismes. Marget sonreía de vez en cuando, la doncella le devolvía la sonrisa y yo, colmado de simpatía, les sonreía a las dos desde la oscuridad. Era una situación muy grata y mi corazón cantaba de alegría. Pero el cuadro no era del todo

perfecto, porque aquellos adorables ojos azules nunca miraban en mi dirección. Pensé que, si me acercaba, podría corregir el defecto. Convencido de que me había hecho invisible, me interné muy tranquilo en la habitación justo cuando la madre de Marget aparecía por la otra puerta. Las tres mujeres me descubrieron al mismo tiempo y empezaron a chillar a la vez.

Me escabullí corriendo. Llegué a mi habitación y me senté, afligido, a esperar el castigo que no tardaría en llegar. Pensé que el mismísimo señor se presentaría en persona y no me equivoqué. Entró hecho una furia pero, para mi alivio y sorpresa, descubrí que yo no era el blanco de sus acusaciones. Todas estaban dirigidas a mi duplicado. Lo único que esperaba el señor de mí era que le confirmara que no había sido yo quien había profanado la santidad del dormitorio de su sobrina. Cuando dijo eso, mi ánimo flaqueó. Si me exigía una respuesta… Pero afortunadamente no lo hizo. Siguió despotricando contra mi duplicado y repitiendo los detalles del exasperante episodio sin sospechar que no eran ninguna novedad para mí, porque el señor daba por sentado que mi cándida naturaleza me ponía por encima de cualquier sospecha. Fue tal el alivio que lo dejé despacharse a su gusto. Cuanto más insultaba él a Schwarz, más disfrutaba yo. Entendí que el señor pensaba escarmentar con la mayor severidad a mi odioso rival y me regocijé y colaboré pérfidamente para que no cambiara de idea.

Al parecer, tanto la madre de Marget como la doncella estaban convencidas de que el infractor había sido mi duplicado. El señor repitió eso varias veces pero en ningún momento hizo referencia a lo que había dicho la propia Marget. La omisión me pareció tan extraña que me atreví a preguntar.

—¡Oh! Su opinión no tiene fundamento y carece de importancia —dijo, sin inmutarse—. Ella asegura que fuiste tú pero eso es una tontería, como demuestran las evidencias y tu propia desmentida. Además es sólo una niña. ¿Cómo podría distinguir a uno del otro? Para darle el gusto le prometí que te pediría personalmente que confirmes que no fuiste el culpable. En cuanto a Emil Schwarz, lo que diga no tiene ningún valor para mí. Los duplicados siempre dicen lo primero que se les cruza por la cabeza, son unos delirantes. El muchacho es bueno seguramente, no quiso lastimar a nadie, pero su testimonio no tiene peso. Cometió una falta grave, que calificaría

de crimen si lo hubiera hecho alguno de los nuestros, porque el honor de mi sobrina ha quedado comprometido. Como sabes, las doncellas son incapaces de guardar un secreto. Sería como querer cargar agua en una canasta. De manera que he tomado una decisión… Cuando la campana anuncie la medianoche, las cosas cambiarán drásticamente para tu duplicado. Cuando termine con él, ¡podrá seguir cometiendo todas las faltas que quiera pero te aseguro que ya no comprometerá el honor de mi sobrina!

Supongo que era una maldad sentir tanta alegría, pero no pude evitarlo. En breve sacarían a mi odioso rival del medio y yo tendría el camino libre, ¡de sólo pensarlo estaba feliz! A modo de formalidad, el señor me pidió que negara expresamente que yo había violado la privacidad de la habitación de Marget.

Suministré mi desmentida de inmediato. Antes me hubiera dado terror decir una mentira tan ultrajante pero ahora lo único que quería era librarme de la criatura que se interponía entre mi amada y yo, así que no tuve reparos. El señor dijo, mientras se retiraba:

—Es suficiente. Con eso alcanza. Ahora lo obligaré a casarse con la chica antes de que se ponga el sol.

¡Dios mío! En el intento de destruir a mi duplicado, me había destruido a mí mismo.

Capítulo 26

De a poco fue pasando una hora interminable. Mi desasosiego era absoluto. ¡Oh, por qué no venía 44! ¿*Por qué* no venía? Necesitaba su ayuda y su consuelo. El silencio era escalofriante, la oscuridad de la noche también, empecé a temblar de miedo, cosa lógica porque, como decía Ernest Wasserman, nuestra morada estaba nublada de fantasmas. Pero Ernest era la persona que hablaba con menos propiedad en el castillo. «Nublan» es un verbo inaplicable a los fantasmas porque ellos no andan en grupo, sino que se presentan de a uno o a lo sumo de a dos, y cuando lo hacen revolotean en la penumbra como siluetas hechas de humo, uno puede ver los muebles a través de ellos, y entonces…

Pero ¿qué había sido eso? El sonido se repitió y empecé a temblar como la gelatina. Los escalofríos me paralizaban, estaba aterrado. Era un ruido seco, a huesos, una especie de

cric-crac

apagado, que venía de las lejanas bóvedas del subsuelo y se acercaba paso a paso por los pasillos. ¡Por Dios, cada vez se acercaba más! Mi corazón se consumía como una araña en la llama de una vela. Me senté en el piso hecho un ovillo, como hacen las arañas cuando agonizan, mientras me repetía: «Ahí vienen los esqueletos, ¿qué puedo hacer?»[14].

¿Hacer? Cerrar la puerta, por supuesto, si tenía fuerzas para incorporarme, cosa imposible, porque las piernas no me respondían. Opté por arrastrarme hasta la puerta, esperé jadeando, por si el sonido seguía acercándose, ¡y se acercaba! Después eché un vistazo y vi, a lo lejos, el lóbrego salón apenas iluminado por la luz de la luna, y una silueta alta que lo cruzaba de un salto sacudiendo los brazos violentamente, con ese ruido a castañuelas. Acto seguido, la

oscuridad se tragó la silueta pero no hizo lo mismo con el ruido, que cada vez se oía más alto. Cerré la puerta, volví arrastrándome y me quedé echado en el piso, exhausto y jadeando.

El temible sonido venía directamente hacia mi puerta. La puerta se abrió de golpe, la silueta entró de un salto y empezó a dar vueltas por toda la habitación. No era un esqueleto: era un hombre alto, vestido con un traje de lo más ridículo y estrafalario, con un volado blanco en el cuello y un sombrero abollado en la cabeza, caído provocativamente de lado. Entre los dedos llevaba pedacitos de huesos secos que hacían ese crujido terrible. La boca le cruzaba la cara de lado a lado y era de un rojo artificial, con labios extraordinariamente gruesos y dientes de un blanco irreal. Su cara era negra como la medianoche. Qué espectro terrible y atroz. Podía saltar hasta el techo, chocar los talones, correr de un lado a otro como un demonio y, a la vez, cantar una canción en una especie de dialecto:

Chicas de Buffalo,
vengan esta noche,
vengan esta noche,
vengan esta noche.
Oh, chicas de Buffalo,
vengan esta noche,
y ala luz de la luna
bailen para mí.

Después soltó una carcajada tremenda, giró con furia en el aire una y otra vez, como las aspas de un molino en una tormenta, y sus pies aterrizaron a mi lado con un ¡paf! que me estremeció. Entonces gritó:

—¡Pero si es el mismísimo señor Augustus de cuerpo presente! ¿Cómo dice que le va?

Contesté, casi sin aliento:

—Muy asustado. Tenga piedad de mí…

—¡Por Dios, estimado, no se asuste, que no soy ningún monstruo! Soy el esclavo de un coronel del ejército. Vengo de Carolina del Sur y de trescientos cincuenta años hacia adelante en el tiempo, para tocarle el banjo y levantarle el ánimo por si anda medio caído. Así que quédese donde está, jefecito, y escuche esta

música que voy a cantarle, como la cantan los pobres esclavos negros cuando su alma está lejos de casa, y andan medio caídos.

Sacó de la nada una cosa llamada *banjo*, se sentó, apoyó el tobillo izquierdo sobre la rodilla derecha, se acomodó con gracia el sombrero sobre la oreja, apoyó el instrumento sobre sus piernas, posó los dedos de la mano izquierda en las cuerdas, rasgueó con ganas y asintió complacido, como si dijera: «¡Este es el sonido que nos lleva de nuevo a casa!». Luego acercó amorosamente el oído a las cuerdas y apretó las clavijas con la mano hasta quedar satisfecho con la afinación. Se reacomodó en la silla, miró al techo con su cara negra y una expresión seria y ausente, quizás un poco patética, empezó a rasguear muy suavemente y su voz se elevó flotando hacia las alturas. Era una voz sencillamente divina:

Río abajo,
por el Swanee,
más allá de mi visión,
allí quedaron mis padres,
allí vuelve mi corazón.

Las estrofas que se fueron sucediendo pintaban el humilde hogar perdido, las alegrías de la infancia, las caras familiares que ya no volvería a ver. Era la música más hermosa y desgarradora del mundo, no tenía igual, era tan mágica que despojó de toda tosquedad y ridículo al ridículo y tosco personaje que la cantaba, hasta que él mismo empezó a parecerme tan bello como la canción porque eran tal para cual, él le pertenecía y al mismo tiempo la encarnaba como nadie. Si el cantante hubiese tenido la cara blanca y modales blancos y blancas ropas de la mejor seda, habría profanado la nobleza de la canción.

Yo había cerrado los ojos para tratar de imaginarme ese hogar perdido. Cuando las últimas notas se extinguían en la distancia, volví a abrirlos. El cantante había desaparecido, mi habitación había desaparecido, pero allí estaba el lejano hogar: una cabaña de madera bajo árboles frondosos, inmersa en la luz suave de un atardecer de verano, tan suave como esa música que se extinguía como se van borrando las imágenes de un sueño. A medida que se extinguía, mi habitación y mis muebles fueron reapareciendo, tenues y espectrales. La cabaña se alcanzaba a ver a través de ellos

como a través de un velo, y cuando la transformación terminó, mi habitación volvió a ser la misma de siempre, el fuego estaba encendido y donde había estado el negro vi a 44, que me miraba con una sonrisa que irradiaba autocomplacencia.

—Tus ojos están llenos de lágrimas —dijo—. Son el mejor aplauso. Pero eso no fue nada. Podría hacerte llorar de emoción aunque tuvieras ojos de vidrio. Aunque fueran meras cavidades incluso. Levántate. Vamos a comer.

Me alegró *muchísimo* verlo de nuevo. Su sola presencia bastó para disipar todas mis angustias. Sentí en mi cuerpo esa misteriosa reanimación que me embriagaba como el vino y se percibía en el aire cuando 44 andaba cerca, más allá de que pudieran verlo o no.

Después de comer, encendió su aparato de humo y nos sentamos junto al fuego para analizar mi desafortunada situación. La examinamos desde todos los ángulos y le dije que lo primero y más urgente era cerrar la boca indiscreta de la doncella para que no comprometiera a Marget. El señor no tenía la menor duda de que ella comentaría el desagradable incidente. Y, por supuesto, también teníamos que impedir la boda.

—Como verás, 44, es una suma de dificultades insalvables. Tienes que encontrarle una salida. ¿Lo harás?

Para mi desgracia, le sobrevino uno de sus ataques de cabeza hueca. ¡Siempre le venían en momentos de crisis, cuando su lúcida inteligencia hacía más falta! Dijo que la situación no le parecía tan complicada: lo más importante era silenciar a la doncella e impedir que Schwarz y Marget se casaran. Impasible, propuso que matáramos a los dos.

Se me pusieron los pelos de punta. Alcancé a decirle que si realmente pensaba… Pero me interrumpió, y adiviné en sus ojos el placer anticipado por la filípica que iba a pronunciar. Eso me deprimió aún más, porque a 44 le gustaba aprovechar cualquier oportunidad para disertar, se ponía exasperante, se cerraba como una almeja, sólo se oía a sí mismo, era imposible razonar con él.

—¿Por qué te parece una locura, August?

¡Qué pregunta *increíble*! ¿Cómo responder a semejante estupidez?

—Por Dios, 44, ¿no te das cuenta de que es una locura?

Al principio me miró patéticamente desconcertado. Después

dijo:

—Pero August, realmente no te comprendo. ¿No entiendes que no necesitamos a estas personas? Por lo que veo, no las necesita nadie. Hay muchas otras personas, puedo conseguir todas las que quieras. Es como si carecieras de espíritu práctico, eso es poco profesional de tu parte. Te quedas ahí callado como si te estuviera hablando en otra lengua. Hay docenas y docenas de personas como ellos. Puedo salir y traerte unas cuantas en cuestión de minutos…

—¡Por Dios! ¿Piensas que se trata de reemplazarlos y listo? ¿No crees que *ellos* tendrían algo para decir sobre el asunto?

Ese simple aspecto de la cuestión lo dejó mudo y se fue abriendo paso dentro de su cabeza —después de unos minutos de arduo trabajo— hasta que por fin dijo, como tocado por una revelación:

—Oh, no se me había ocurrido. Ahora me doy cuenta. Pero igual tendrán que morir, el momento es lo de menos. Los seres humanos no tienen especial importancia, August. Cuando matemos a esos dos…

—¡No vamos a matarlos! No digas una palabra más. Es una idea atroz. Tendría que darte vergüenza. Y tendrías que ser menos necio en vez de aferrarte así a una idea.

Estaba un poco inhibido, se le notaba. Me sentí mal, como si hubiera golpeado a un pobre animal que no molestaba a nadie. Era injusto de mi parte tratarlo tan duramente cuando sabía que estaba en uno de sus momentos obtusos, pero no *podía* decirle algo amable o disculparme. Necesitaba un tiempo para calmarme y pensar. Así que opté por dejar pasar unos minutos hasta que me sobrepuse y regresaron sus sonrisas y su alegría, y ya estábamos bien de nuevo, él agradecido como una criatura porque nos habíamos reconciliado.

Se concentró de nuevo en mi problema, con toda seriedad, y al rato había desarrollado un nuevo plan. La idea era convertir a la doncella en gato y además fabricar otros Schwarz. Marget no sabría distinguir a uno de otro, no podría elegir al indicado, y casarse con todo el harén era ilegal. Así lograríamos que se aplazara la boda.

¡Tenía razón! Hasta un ciego podía verlo. Lo felicité con gusto porque de verdad me sentía completamente reconciliado con él, y él no podía estar más feliz. Minutos después, oímos un sonido lastimero, entre maullido y balido, y 44 se frotó las manos con satisfacción:

—¡Es ella!

—¿Quién?

—La doncella.

—¿Ya la transformaste?

—Sí. Estaba despierta, esperando ansiosa que llegara su compañera de habitación para contarle el episodio. Su compañera andaba coqueteando con un paje y ya estaba por regresar. Un minuto más y hubiera sido demasiado tarde. Deja la puerta entornada. Cuando vea la luz entrará y sabremos qué tiene para decir. Es mejor que no me reconozca, así que voy a convertirme en el mago. Y de paso seguimos acrecentando su fama. ¿Quieres que te ayude a entender lo que diga la criatura?

—¡Sí, 44, por favor!

—De acuerdo. Ahí viene —dijo 44, imitando la voz del mago a la perfección. Y de pronto ahí estaba: el duplicado del mago, con el traje oficial y todo. Yo me hice invisible porque no quería que nadie, ni siquiera un gato, me viera con el brujo condenado.

Una gata muy bonita entró morosamente a la habitación. Pero en cuanto vio al nigromante, su cola se le erizó, arqueó el lomo, siseó un par de veces y trató de escabullirse. Yo pasé volando sobre su cabeza y cerré la puerta a tiempo. La gata retrocedió hasta un rincón, miró fijo a 44 con sus ojos amarillos y dijo:

—Usted me hizo esto. Y es una injusticia. Yo nunca le hice nada.

—Te lo buscaste.

—¿Por qué me lo busqué?

—Pensabas contar por ahí lo de Schwarz y la joven ama.

—No es cierto. Que me muera si…

—¡Tonterías! No mientas. Estabas esperando que llegara tu compañera para contarle. Lo sé todo.

La gata puso cara de culpable y resolvió no discutir el asunto. Pensó uno o dos minutos y luego dijo, con una especie de suspiro:

—¿Cree que van a tratarme bien?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Sí, estoy seguro.

Después de una pausa, y de otro suspiro:

—Prefiero ser una gata antes que una sirvienta que se desloma todo el día trabajando y encima tiene que sonreír cuando la

maltratan, como hacían conmigo Frau Stein y su hija. Ni siquiera tenían derecho porque ellas no eran las que pagaban mi salario pero igual me despreciaban y me insultaban. La vida de las sirvientas es terrible. Prefiero ser una gata. Sí. ¿Van a tratarme bien todos?

—Sí, todos.

—¿También Frau Stein y su hija?

—También ellas.

—¿Usted se va a encargar de que lo hagan?

—Lo haré. Te lo prometo.

—Gracias. Todos le tienen miedo y lo odian. A mí antes me pasaba lo mismo. Pero ahora lo veo distinto: tiene la misma voz y la misma ropa pero está cambiado. Parece más amable. No sé por qué, pero confío en usted. Creo que va a protegerme.

—Cumpliré mi promesa.

—Le creo. Mi vida antes era muy dura. Pensé que esos Steins no serían tan duros con una pobre chica como yo, sin nadie en el mundo. Es cierto: quería contar lo que vi a todas las personas posibles, para vengarme. Porque ellos iban a decir que Schwarz me sobornó para que lo dejara entrar. ¡Y eso es mentira! La señorita Marget también se creyó esa mentira. Al principio trató de defenderme pero se dejó convencer, y yo me di cuenta. Sí, yo iba a hablar. Estaba deseando hablar, porque estaba enojada. Pero no llegué a hacerlo, y me alegra porque ya no estoy enojada. Por lo que veo, los gatos no se enojan. No me transforme de nuevo, por favor déjeme así. Los cristianos van al cielo o a aquel otro lugar… lo sé bien. Pero los gatos… ¿Adónde cree que van los gatos?

—¿Después de morir? A ningún lado.

—Entonces déjeme como estoy. No me transforme de nuevo. ¿Puedo comer estas sobras?

—Sí, adelante.

—Nuestra cena estaba servida pero las otras doncellas me echaron porque dijeron que yo era una gata un poco extraña y no pude comer nada. Qué comida maravillosa. ¿Cómo llegó hasta esta habitación? En este castillo nunca hubo comida como esta. ¿Es otro de sus embrujos?

—Sí.

—Lo sabía. ¿No hace mal?

—En absoluto.

—¿Y siempre hay tanta cantidad?

—Siempre, de noche y de día.

—¡Qué lujo! Pero esta no es su habitación, ¿verdad?

—No, pero aquí paso mucho tiempo y siempre hay comida. ¿Quieres venir siempre a comer aquí?

—¡Esto es demasiado bueno para ser cierto!

—Ven cuando quieras, ni siquiera llames a la puerta.

—¡Qué amable! Me ha salvado. Ahora me doy cuenta.

—¿De qué?

—De seguir siendo una sirvienta. Ese idiota entró a los tumbos, parecía borracho. Si yo no hubiera estado ahí… Pero *estaba*, y nunca terminaré de agradecerlo. Esta comida es maravillosa. Le aseguro que nunca he probado algo igual en este castillo. Le agradezco mucho que me permita venir aquí a alimentarme.

—Ven cuando quieras.

—Haré lo que pueda para pagarle. Nunca atrapé un ratón pero siento que ahora podría hacerlo, y me mantendré siempre atenta para que no se cuele ninguno aquí dentro. Ah, ahora no estoy nada triste. Las cosas se ven distintas. ¿Cree que podría dormir aquí también? ¿Le molestaría?

—En absoluto. Siéntete como en casa. Tendrás tu cama especial. Me ocuparé de eso.

—¡Qué bien! Nunca hubiera dicho que ser gato era tan divertido.

—Tiene sus ventajas.

—¡Oh, si pudiera, sonreiría! Ahora me voy a dar una vuelta, a ver si encuentro algo interesante. Muchas gracias por todo. Volveré pronto.

Y se fue, ondeando la cola en señal de satisfacción.

—Como verás —dijo 44—, esta parte del plan salió bien. Y sin lastimar a nadie.

—Muy cierto —dije, reasumiendo mi aspecto visible—. Incluso le hicimos un favor. En su lugar, yo sentiría lo mismo. 44, fue hermoso oír ese lenguaje extraño y entenderlo. ¿Crees que podría aprender a hablarlo también?

—No tendrás que aprenderlo. Voy a *transmitírtelo*.

—¿Cuándo?

—Ya está; habla. Recita *El niño de pie en la cubierta en*

llamas [15] en gataracto, o como se llame ese idioma.

—¿El niño qué?

—Es un poema. Todavía no fue escrito pero es muy conmovedor. Voy a traspasártelo en gataracto. Ya está. Adelante, puedes recitarlo.

Lo hice sin saltearme ni un maullido. La verdad es que sonaba mágico en ese idioma, era original y emocionante. 44 dijo que, recitado en un techo a la luz de la luna y a cuatro voces, haría llorar a cualquiera. El halago me puso contento porque 44 no regalaba elogios. Le dije que me alegraba que tuviéramos a la gata, sobre todo ahora que podía hablar con ella.

—Hicimos un buen trabajo esta noche con esa pobre doncellita —dije—. Y coincido: será mucho más feliz ahora.

—En cuanto tenga gatitos —dijo él—. Y no falta mucho para eso.

Después propuse que pensáramos un nombre para darle, pero 44 dijo:

—Dejemos eso por ahora. Mejor duerme una siesta.

Hizo un gesto con la mano delante de mi cara. Fue suficiente: no había terminado de hacerlo y yo ya me había dormido.

Capítulo 27

Me desperté como nuevo, descansado y fortalecido, y descubrí que sólo había dormido seis minutos. Esos descansos que me imponía 44 cumplían su función con independencia del tiempo. Podían llevar un segundo o parte del día, de acuerdo a las interrupciones, pero el resultado era siempre el mismo. La reanimación física y mental era perfecta.

Una voz interrumpió el hilo de mis pensamientos. Levanté la vista y me vi de pie en la puerta de la habitación. Es decir que vi a Emil Schwarz, mi duplicado. Su cara triste me dio un poco de culpa. ¿Se habría enterado de lo sucedido a medianoche y venía a reprochármelo a las tres de la mañana?

¿Reprocharme? ¿Por qué? ¿Por mentir, por incriminarlo injustamente? ¿Pero quién había salido perdiendo? Yo, sin duda, porque me había quedado sin mi amada. ¿Y quién ganaba? Él, porque se casaría con ella. Muy bien, que me reprochara. Si no estaba conforme, podríamos intercambiar lugares, no me opondría en absoluto. Como mis razonamientos me habían llevado a buen puerto, le aconsejé a mi conciencia que se tomara un descanso y me dejara arreglar el asunto por mi cuenta.

Mientras reflexionaba aproveché para mirarme a mí mismo o, mejor dicho, a mi duplicado, ya que lo tenía cerca, y me quedé conforme con lo que vi. Lo había utilizado para llevar a cabo mi hazaña, y me había lucido. La hazaña no había sido intencional pero eso no tenía importancia, y como yo era un ser humano, era lógico que me sintiera orgulloso y me quedara con el mérito. 44 decía siempre que la naturaleza humana explica muchas locuras. Más de mil por día, según sus cálculos.

Hasta ese momento nunca le había prestado atención a mi

duplicado. Me costaba mirarlo; si podía evitarlo, lo hacía. No podía observarlo imparcialmente y con objetividad. Pero ahora era distinto: le había hecho un gran favor y lo miraba con otros ojos.

En ese tiempo había muchas cosas que yo ignoraba. No sabía, por ejemplo, que mi voz no sonaba igual para mí que para los demás. Un día 44 me hizo hablarle a un objeto que trajo cuando volvió a casa de uno de sus saqueos por los siglos del futuro, después rebobinó el artefacto y me hizo escuchar mi voz tal como la oían las otras personas: la verdad es que se parecía muy poco a la que *yo* estaba acostumbrado a escuchar y si no hubiese tenido las pruebas delante habría dicho que no era mi voz.

Lo mismo sucedía con la persona que veía cuando me miraba en el espejo. Estaba convencido de que era igual a la que veían los otros cuando me miraban, pero no era cierto. Una vez, 44 trajo algunas cosas robadas del futuro. Entre ellas había una *cámara*, y me hizo posar para unas *fotos* —le ponía esos nombres a las cosas, seguramente se le ocurrían en el momento, tenía esa costumbre porque no tenía principios. Las fotos que me mostraban tal como yo me veía en el espejo le parecían malas a 44, y las que a mí me parecían malas, para él eran excelentes.

Ahora sucedía algo por el estilo. Me veía a mí mismo en la imagen que estaba en la puerta tal como me veían los otros, pero entre esa imagen y lo que yo veía cuando me miraba en el espejo no había una equivalencia sino sólo un parecido, nada más. Y ni siquiera se trataba del parecido que hay entre dos hermanos; a lo sumo alcanzaba el parecido que alguien tiene con su cuñado. Me refiero a esos parecidos que no advertimos hasta que alguien los menciona y que son más imputables a la imaginación que a la realidad. Como cuando una nube se parece a un caballo sólo después de que alguien nos lo señala. En términos de parecido, las nubes en general no superan nunca el grado de cuñado. No lo diría en público pero es lo que creo y la verdad es que yo mismo he visto nubes que parecían cuñadas de algo aunque yo sabía muy bien que no lo eran. Para mí son todas ilusiones.

Lo cierto es que yo tenía enfrente a mi imagen, bañada por esa intensa luz eléctrica (otro botín del futuro) y el parecido apenas alcanzaba el rango de cuñado. Nunca había mirado bien a mi duplicado. Podía reconocerlo a rasgos generales, obviamente, pero

sólo porque sabía quién era. Si me lo hubiera cruzado en otro país, a lo sumo me habría preguntado: «¿Lo conozco de algún lado?», para olvidarme al instante del asunto, como si se hubiese tratado de una fantasía.

Pero ahí estaba él, es decir que ahí estaba *yo*. Y por primera vez me daban ganas de mirarlo. Era esbelto y proporcionado. Su actitud era relajada, educada y elegante. Tenía la complexión esperable en alguien de diecisiete años y antepasados rubios: saludable, en la flor de la edad. Su ropa era exactamente como la mía, hasta el último botón —o el que me faltaba.

La visión delantera me dejó muy conforme. Pero nunca me había visto de atrás, y me intrigaba. Dije con amabilidad:

—¿Podrías darte vuelta un momento, por favor, sólo un moment…?

Vaya, qué poco sabemos de nuestras espaldas. Por ese lado también me quedé conforme. No le encontré defectos, pero era una espalda desconocida para mí, el dorso de un extraño —del pelo a los pies. Si lo hubiera visto caminando por la calle no me habría llamado la atención.

—Date vuelta de nuevo, si me haces el favor… Gracias.

Sólo quedaba por examinar el último detalle, la mentalidad. Lo había dejado para el final porque me asustaba, tenía mis reparos. Un vistazo fue suficiente. Me encontré con lo que esperaba, qué tristeza: mi duplicado era mil veces mejor que yo, podía adentrarse en regiones que son inaccesibles para quienes vivimos con los pies en la tierra. Tendría que haberme saltado ese detalle.

—Ven, siéntate —le dije—. ¿Querías hablar conmigo sobre algo?

—Sí —asintió él, mientras se sentaba—. Te agradezco la amabilidad.

Me tomé un respiro para organizar mi defensa ante los reproches que se avecinaban, y al minuto ya estaba listo. Mi duplicado empezó a hablar con una voz y un tono tan tristes como el de su cara.

—El señor vino a verme y me acusó de profanar la intimidad de la habitación de su sobrina.

No sé por qué, dejó de hablar en ese momento y me miró expectante, como una persona que despierta de un sueño y pretende que venga alguien y lo retome aunque no tenga ningún tipo de

indicaciones. Me tocaba decir algo, y como no tenía nada mejor que ofrecerle, dije:

—Lo siento, de verdad, y espero que puedas convencerlo de que está equivocado. Puedes hacerlo, ¿no es cierto?

—¿Convencerlo? —repitió, y me miró como un tonto—. ¿Para qué querría convencerlo?

Yo también me sentí un tonto. Era una pregunta insólita. Nunca la hubiera esperado, aunque me hubieran dado una semana para imaginarla. Dije lo único que se me ocurrió:

—¿No es eso lo que quieres?

Me miró con lástima, como si se dijera con indulgencia: «Esta pobre criatura no entiende». Después contestó:

—No, no quiero. Y además no importa.

—¡Por Dios! ¿Caer en desgracia no te importa?

Negó con la cabeza y dijo simplemente:

—No importa y no cambia nada.

Yo no podía creer lo que oía.

—Si tu desgracia no te preocupa, piensa que para la dama sería una desgracia que se corriera la voz.

Tampoco eso surtió efecto. Sólo dijo:

—¿En serio? —como un niño de cuatro años.

—¿En serio? ¡Por supuesto! Y no querrás que suceda *eso*, ¿no?

—Bueno… —pensativo—, no creo que sea para tanto.

—Oh, ¡vamos! ¿Cómo se puede ser tan infantil y estúpido? ¡Eres insufrible! ¿La amas y no te importa su reputación?

—¿Amarla? —dijo, como quien trata inútilmente de ver a través de la niebla—. Yo no la amo. ¿De dónde sacaste esa idea?

—¡Esto ya es demasiado! Te vi con mis propios ojos: la *cortejabas*.

—Ah, sí. Es verdad.

—¡Claro que lo es! ¿Por qué la cortejabas si no la amabas?

—No es así. En realidad la amaba.

—Oh, voy a contar hasta tres. Ya ni sé de qué estamos hablando. No entiendo nada.

Él dijo plácidamente:

—Sí, ahora me acuerdo de que la amaba. Lo había olvidado. No, no lo había olvidado pero, como no era importante, estaba pensando en otra cosa.

—¿Sí? ¿Hay *algo* en esta vida que te parezca importante?

—¡Pues claro! —contestó, entusiasmado, pero la animación y la vivacidad lo abandonaron enseguida y agregó, cansado—: pero no es esto.

Me dio un poco de pena, era como el lamento de un exiliado. Nos quedamos un rato en silencio, pensativos.

—No te entiendo, Schwarz. Marget es espléndida, la amabas de verdad y…

—Sí —dijo él tranquilamente—, es cierto. Parece que fue ayer. Sí… creo que fue ayer.

—¡Te *parece*! Claro, no es importante. ¡Por Dios! ¿Por qué tendría que importarte una estupidez como esa? Dime, por favor, qué fue lo que cambió. Porque algo pasó, ¿o no?

—Que yo sepa, no pasó nada.

—Entonces por qué diablos… ¡Oh, Dios santo, me sacas de las casillas! Schwarz, querías *casarte* con ella.

—Sí, es verdad. Eso fue… ¿ayer? Sí. Es decir que tengo que casarme hoy. O dentro de poco, en todo caso. Es una orden del señor. Me lo dijo.

—¿Y eso no te importa? Es como si nada te conmoviera ni te interesara en lo más mínimo. ¡Vamos, debes tener un corazón, aunque no lo demuestres! Ábrelo, deja salir lo que guardas ahí, deja que lo veamos. Inténtalo. ¡Lo que daría yo por estar en tu lugar! ¿Y a ti te da lo mismo casarte o no con ella?

—No, por supuesto que no. Qué preguntas tan *raras*. Doy vueltas y más vueltas, trato de seguirte, pero es todo niebla, niebla, niebla. Eres un misterio, ¡no hay manera de entenderte!

Qué descaro, pensé. ¡Él no podía entenderme a *mi*! ¿Cómo podía atreverse a decirme eso si él mismo era una especie de caos andante? Ni siquiera Satán hubiera comprendido lo que decía.

—¡Es el colmo! —le grité—. ¡Esto sí que es insuperable! Cuando entraste en esta habitación pensé que sabía para qué venías. Entendía todo. Pensé que venías a reprocharme que…

Era difícil para mí decir lo que seguía a continuación, así que no lo dije. Luego de una pausa, agregué:

—Schwarz, seguramente viniste por algo. Se te notaba en la cara. Pero no sé si quedó todo aclarado. ¡No me das una sola pista! ¿Estás conforme?

—Oh —contestó, en un arranque de energía—, esas cosas no tenían importancia. ¿Puedo *hablar* ahora? ¿Tendrías la bondad de escucharme? Te lo agradecería mucho.

—¡Será un placer! Adelante. ¡Estás reaccionando, por fin! Tenías corazón, y sentimientos. Puedo verlos brillar en tus ojos como estrellas. Soy todo oídos.

Ahora era una criatura distinta. La confusión y la perplejidad habían desaparecido de su cara, que estaba despejada y llena de vida.

—No vine por esas pequeñeces. ¡Vine con el corazón en la mano, a pedirte, suplicarte, rogarte, implorarte, que tengas piedad de mí! —dijo.

—¿Piedad?

—Sí, piedad. ¡Ten piedad y libérame!

—Pero, yo… Schwarz, no entiendo. Hace un momento dijiste que si tienes que casarte, no te importa.

—¡*Eso* no me preocupa! No se trata de eso. Me refiero a estas ataduras —y me tendió las manos—. Libérame de ellas, de esta materia vil y decadente, de esta carga impura, este costal de corrupción que encarcela mi espíritu y mancha y lastima mis alas. ¡Ten piedad! Intercede por mí ante ese mago maléfico. Sé que estuvo aquí, lo vi salir por la puerta, y sé que volverá. Jura que serás mi amigo, hermano mío. Porque eso es lo que somos: hermanos nacidos del mismo seno. Yo vivo por ti, y moriré cuando mueras. ¡Seamos amigos, hermano mío! ¡Pídele al mago que se deshaga de esta carne putrefacta y libere mi espíritu! Esta vida humana y terrenal es agotadora. Es servil y es dura y sus anhelos son tan insignificantes… Su orgullo es trivial y su vanidad es tan infantil… En cuanto a las glorias que valora y celebra, ¡por Dios, qué huecas! Aquí soy un sirviente. Yo, que nunca estuve al servicio de nadie, aquí soy el esclavo de miserables reyes y emperadores que se deben a sus investiduras y que a su vez son esclavos de esa carroña sucia que es su esclava.

»¿Tú crees que vine a verte preocupado por esas *intrascendencias*? ¿Por qué tendrían que importarme a mí, un espíritu del aire, un habitante del augusto Imperio de los Sueños? *Nosotros* no tenemos moral. Los ángeles no la tienen. La moral es para los impuros. Nosotros no tenemos principios. Esas cadenas son

para los hombres. Nos encariñamos con los seres queribles que conocemos en los sueños, al otro día los olvidamos, y conocemos a otros parecidos, con los que también nos encariñamos. Son criaturas soñadas, ninguna es real. ¿Desgracias? Las desgracias no nos importan, no sabemos qué son. ¿Crímenes? Los cometemos todas las noches, mientras ustedes duermen. Para nosotros no son nada porque no tenemos *una* personalidad, tenemos *todas* las personalidades. En un sueño somos honestos y en el que le sigue, deshonestos. Luchamos en una batalla y escapamos en la otra. No cargamos cadenas, no podemos soportarlas. No tenemos hogar ni prisión. El universo es nuestro hogar. No conocemos el tiempo, no conocemos el espacio. Vivimos, amamos, trabajamos, sentimos cincuenta años en una hora, mientras ustedes duermen profundamente y sus tejidos locos se regeneran. Damos una vuelta entera a su pequeño mundo mientras ustedes guiñan un ojo. No nos limitan los horizontes, como a un perro que cuida su rebaño. Viajamos por el infierno y por el cielo, nuestros campos de juego son las constelaciones y la Vía Láctea. ¡Ayúdame, ayúdame! Seamos hermanos en mi adversidad. Pídele al mago, ruégale, suplícale. ¡Él va a escuchar y conmoverse, y va a liberarme de esta carne odiosa!

Sus palabras me emocionaron tanto que no presté demasiada atención a sus comentarios burlones y sus calumnias sobre mi difamada raza. Me levanté, le estreché las manos con vehemencia y le prometí de corazón que intercedería por él ante el mago y no me detendría hasta que mis súplicas fueran atendidas o me prohibieran terminantemente proseguir con ellas.

Capítulo 28

Schwarz se emocionó tanto que no podía hablar, yo me quedé sin voz por el mismo motivo. Permanecimos en silencio, de la mano, y ese gesto expresó todo lo que no podíamos decirnos. En ese momento entró la gata y se quedó mirándonos, muy seria, y yo empecé a sentirme incómodo, como si ella fuera humana y me hubiera pescado en una situación comprometida. Sentí que me sonrojaba. ¿Era porque sabía que ella había sido un ser de nuestra especie hasta hacía pocas horas? Me molestó que mi hermano no se inmutara aunque eso no tendría que haberme llamado la atención: mi duplicado era impredecible, no había forma de saber cuándo algo iba a afectarle. Incómodo por la mirada crítica de la gata, empujé con cortesía torpe a Schwarz para que se sentara de nuevo en su silla, y me hundí en la mía.

La gata también se sentó. Nos miraba desconcertada. Después inclinó la cabeza para un lado y el otro, con recelo, como hacen los gatos cuando descubren algo insólito y les cuesta reaccionar, y empezó a limpiarse un lado de la cara de una manera tan torpe y tentativa que cualquiera podía darse cuenta de que estaba fuera de práctica o no sabía hacerlo. El asunto la aburrió y lo dejó, como si lo hubiera empezado sólo para hacer tiempo y prefiriera pensar en algo mejor. Se quedó inmóvil, con los ojos entornados, medio dormida, hasta que finalmente tuvo una idea tan buena que pareció que se preguntaba por qué no se le habría ocurrido antes.

Se levantó y se paseó entre los muebles y los objetos, olisqueando y examinando todo con atención. Si era una silla, la rodeaba para examinarla, después le saltaba encima y olía el asiento y el respaldo. Si era el cofre que estaba cerca de la pared, pasaba por detrás y le dedicaba una inspección completa. Si era algo que

estaba más alto, se paraba sobre las patas traseras, se estiraba hasta alcanzarlo con las garras. Cuando le tocó el turno a la mesa, se agachó para calcular la distancia, dio un salto y aterrizó mal porque todavía era una novata. Patinó al tocar el borde, manoteó dando arañazos en el aire hasta que logró treparse y se dedicó a oler lo que encontró sobre el mantel. Tanteaba con las garras, sutil y delicadamente, todo lo que se movía. A veces separaba algo y lo hacía rodar alegremente. Adoptaba poses muy graciosas. En un momento levantó las patas traseras, curvó las delanteras y sacudió la cabeza hacia un lado y otro con la vista fija en un objeto, de pronto se le echó encima y lo llevó a los cachetazos de aquí para allá por la habitación hasta que se cansó y descubrió la alacena y el armario. Quiso subir de un salto a la alacena y, como no llegaba, se desilusionó. Pero como ya estaba conforme con el resto del lugar, se relajó, ronroneó y ondeó la cola, satisfecha, mientras daba por terminada la inspección.

Soy amante de los gatos y conozco sus costumbres. Si alguien me hubiera dicho que esa gata ya había estado antes en esa habitación y sólo se le había ocurrido examinarla ahora, le habría dicho sin dudar: «Cuidado, no es una gata común y corriente, es una mala imitación, tiene un problema de origen, seguro que es hija natural o sufrió algún otro tipo de desperfecto madurativo, no es una auténtica gata cristiana, conozco bien los síntomas».

Mientras tanto, como a la gata no se le ocurría nada mejor que hacer, pensó que podía limpiarse el otro sector de la cara, pero no se acordaba cuál lado había quedado pendiente, así que optó por quedarse quieta, parpadear y asentir entre cabeceos. De pronto le oí decir:

—Sí. Uno es el duplicado y el otro es el original. Pero no puedo distinguir a uno del otro y me imagino que ellos tampoco podrían. Si yo estuviera en el lugar de ellos, tampoco podría. Mis señoras dijeron que el que entró en el cuarto anoche fue el duplicado y yo me sumé a la opinión de la mayoría por cuestiones tácticas. Es la única protección que tenemos las sirvientas para evitarnos problemas, aunque me gustaría saber cómo llegaron a esa conclusión. Tampoco sería fácil diferenciarlos si los desvistieran. Hablando de eso, tengo una idea…

La interrumpí y empecé a recitar en gataracto, en voz baja,

como para mí:

> *«El niño estaba solo en la cubierta en llamas,*
> *Todos, menos él, habían huido…».*

La gata dijo en voz baja:

—Ese fue el duplicado. Porque los duplicados hablan varios idiomas. De a ratos saben todo y después no saben nada. Lo dijo Fischer, aunque tal vez fue su duplicado. En este lugar embrujado no hay forma de saber si una habla con la persona o con su reflejo. Fischer también dice que los duplicados no tienen moral ni principios, aunque claro, quizá lo dijo su duplicado, una nunca sabe. En general, cuando una le recuerda a alguien que dijo algo y esa persona lo niega, es porque la habían confundido con su duplicado. Pero en un lugar como éste una no sabe si fue así o si se volvió loca. Qué suerte que soy una gata y no tengo ningún duplicado, por eso siempre sé quién soy. Si es cierto que los duplicados no tienen principios, el que entró en la habitación de mi señora fue el duplicado. Aunque si estaba borracho también pudo haber sido el original, que en ese momento no tenía conciencia de cuál de los dos era. Ahora estamos de nuevo donde estábamos al principio, con pocas certidumbres y muchas dudas. En fin, me parece que no resolví nada. De hecho, estoy segura de que no. De todas maneras, creo que el que maullaba recién era el duplicado porque cuando quieren ellos hablan todos los idiomas, y cuando no quieren no hablan ninguno. Los humanos, en cambio, no tienen ningún idioma y por eso tampoco pueden *aprenderlo*. Es lo que dice Fischer, o su duplicado. Así que ya sé quién habló, está decidido. El cristiano no podría hablar en gataracto ni aunque quisiera. ¡Oh, estoy terriblemente cansada!

Cerré la boca y me hice el dormido. Mi hermano ya me sacaba ventaja y roncaba suavemente. Pero yo opté por esperar un poco así averiguaba qué le preocupaba a la gata, porque la notaba inquieta. Al rato carraspeó y yo la miré como diciéndole: «Te escucho, adelante». Con afectada cortesía, dijo:

—Es muy tarde. Disculpen la molestia, caballeros, pero estoy muy cansada y querría irme a la cama.

—Por supuesto —dije—. No te demores por nosotros. Descansa tranquila.

Me miró sorprendida.

—¿*Con ustedes aquí*?

Ahora el sorprendido era yo, pero disimulé:

—¿Te molesta?

—¿Si me molesta? Esa pregunta no se le hace a una dama. Me ofende, señor. Le ruego que me libere ya mismo de su compañía, y que se lleve a su amigo con usted.

—¿Llevármelo? No puedo hacer eso. Es mi invitado, él tiene prioridad. Y te recuerdo que estamos en mi habitación.

Traté de disimular pero me reía por dentro porque aunque le había hablado en buen tono, la había descolocado.

—¿Su habitación? ¡Disculpe, señor, me iré enseguida! Fui víctima de un error: pensé que era *mi* habitación.

—Y lo es. No te equivocas. Ahí está tu cama.

La gata miró hacia donde le señalaba y dijo, sorprendida:

—¡Qué raro! Hace cinco segundos no había nada ahí. ¡Ay, es preciosa!

Le había gustado realmente. Como buena gata que era, se olvidó de lo que le interesaba hasta entonces y se dedicó a lo que le interesaba ahora. También podía complacer su afición innata por las cosas bonitas. Porque la verdad es que la cama era preciosa. Tenía un dosel de madera exótica ricamente tallada, con un lecho de cincuenta centímetros de ancho y setenta de largo, almohadas suntuosas, encajes, frunces, satenes y demás. La gata palmeó el colchón, revisó y olfateó debajo de la cama, y después exclamó, en un rapto de placer:

—¡Me *encantaría* tirarme un rato!

—Pues adelante, Mary Florence Baker Nightingale Eddy [16]. Es un regalo del mago. Como verás, el mago es un amigo auténtico y no un impostor.

—¡Qué hermoso nombre! —dijo—. ¿Está seguro de que es para mí? ¿Me lo puedo quedar? ¿De dónde lo sacó?

—No sé. Lo oyó en algún lado, siempre está atento a todo. Y yo lo recordé ahora. Me alegra que te guste, porque es un encanto de nombre. Ahora, Mary Florence, a la cama. Estás en tu casa.

—Usted es muy bueno conmigo, señor duplicado. No podría estar más agradecida pero, en fin… ya sabe cómo son estas cosas. Nunca he compartido la habitación con nadie que no fuera de mi

propio sexo y…

—Aquí estás totalmente a salvo, Mary Florence. Te lo aseguro.

—Sería una ingrata si no le creyera, pero estamos en un momento tan… delicado. Usted sabe a qué me refiero: después de lo que sucedió en la habitación de la señorita Marget…

—Ni una palabra más, Mary Florence. Mi armario es grande y cómodo. Puedo prescindir de él sin problemas. Pondré tu cama ahí. Sígueme. Así está bien. Cómoda, abrigada y a salvo. ¿Qué te parece? ¿Contenta?

La gata dio unas vueltas primero y luego revisó el lugar. Me quedé cerca y le hablé mientras ella inspeccionaba cada detalle como una experta, porque ya le estaba tomando la mano a sus nuevas costumbres. Revisó con cuidado la manija de la puerta, se estiró sobre sus patas traseras y la probó hasta entender cómo trabarla para quedar a salvo de curiosos e indeseables. Me agradeció que le hubiera llevado la cama hasta allí, se excusó por todas las molestias y me dio las buenas noches. Cuando le pregunté si le molestaba que hablara un rato con mi invitado antes de acostarme, dijo que habláramos cuanto quisiéramos. Estaba tan cansada que podría dormir en medio de una tormenta o un terremoto. Así que le dije cordialmente:

—Buenas noches, Mary Florence. *Und schlafen Sie wohl* [17] —y la dejé entregada a sus sueños.

Nunca había visto una gata tan sensible, y eso que conocí a varias.

Capítulo 29

Desperté a mi hermano y nos quedamos hablando para hacer tiempo mientras esperábamos al mago. Le dije que a lo mejor no vendría porque era muy informal, cuando lo necesitaban no aparecía, pero Schwarz se empeñó en quedarse, confiado en su suerte, así que esperamos y conversamos. Me habló de la vida y las costumbres de él y todos los espíritus de los sueños, con el estilo voluble e inconexo propio de su especie. Se iba por las ramas en medio de una frase si algún otro tema le llamaba la atención, y lo hacía sin pedir disculpas ni justificarse, como sucede en los sueños. Su charla estaba salpicada de palabras y expresiones insólitas, tomadas de mil mundos, porque había viajado por todas partes. A veces me explicaba qué querían decir y de dónde las había sacado, aunque no siempre o, mejor dicho, en contadas ocasiones, porque la memoria de los sueños es, como dijo, bastante arbitraria, a veces buena, generalmente mala y muy inconstante.

«Irse por las ramas», por ejemplo: no podía asegurar de dónde había sacado esa expresión, creía que la había oído en una estrella del Cinturón de Orión donde había pasado un verano completo en una sola noche con unos turistas de Sirio que había conocido en el espacio. En cuanto a *cuándo* había sucedido, estaba en blanco. A lo mejor en el pasado, a lo mejor en el futuro, no podía decir cuándo. De hecho, no podía saberlo: pasado y futuro eran convenciones humanas, incomprensibles para los espíritus de los sueños, para ellos eran una misma cosa. Y, además, «no era importante». ¡Dicho por él, sonaba casi lógico! Su noción de las prioridades era de lo más básica, como quien dice.

Con frecuencia usaba expresiones que para él eran claras pero yo no lograba comprender a pesar de sus explicaciones, porque

provenían de lugares y épocas completamente distintos a los nuestros. Algunas provenían de cometas donde nada era sólido y nadie tenía piernas; otras venían de nuestro sol, donde todos estaban a gusto al rojo vivo y era inútil hablar en términos de frío y oscuridad porque nadie entendía esas palabras. Algunas provenían de invisibles planetas negros que flotaban en una medianoche eterna cubiertos por una caparazón de hielo perpetuo, donde la gente no tenía ojos, que por otro lado no les hubieran servido de nada, y donde explicar el significado de palabras como calor o luz hubiera sido una pérdida de tiempo. Y algunas provenían del espacio *exterior*, ese mar de éter sin orillas que se expande sin fin, esa inmensidad de penumbra negra y espesa por la que uno puede deslizarse a la velocidad del pensamiento para cruzarse, después de pausas interminables y cansadoras, con archipiélagos de soles festivos, que surgen efervescentes a lo lejos y crecen y se agrandan y estallan en explosiones de luz que encandilan y parecen infinitas, pero quedan rápidamente atrás, convertidas de nuevo en titilantes archipiélagos a la distancia, hasta que se los traga la oscuridad. ¿Constelaciones? Sí. Las más cercanas estaban dentro de nuestro propio sistema solar; el resto en sistemas solares desconocidos para los hombres.

En esos vuelos se cruzaba con espíritus de los sueños *muy* interesantes, provenientes de billones de mundos y ligados a billones de otros, siempre amigables y comunicativos, siempre entusiasmados con el lugar que visitaban y con lo que veían, siempre con ganas de hablar de todo en un millón de idiomas extranjeros, que a veces se entendían y a veces no —y mañana olvidarían la lengua que habían entendido hoy, porque no había nada constante en la personalidad de los espíritus de los sueños: ni su constitución, ni sus creencias, ni sus opiniones, ni sus intenciones, ni sus gustos, ni sus aversiones y demás. Lo único que les importaba era viajar, hablar, ver cosas maravillosas y pasarla bien.

Schwarz me contó entonces que los espíritus sentían buena predisposición hacia sus hermanos físicos y hacían lo que podían para compartir con ellos las maravillas de sus viajes, pero eso sólo era posible en una proporción insignificante, porque la comunicación con sus hermanos físicos debía realizarse a través de

la imaginación del yo despierto, y utilizar a ese intermediario era… bueno, como «verter un arco iris en una ratonera».

Su tono no era ofensivo. Creo que tampoco quería serlo. Hablaba con ecuanimidad, pero sus expresiones resultaban insultantes porque no medía su franqueza. Por ejemplo, en cierto momento dijo que, una vez, hacía un millón de años, había ido de excursión a Júpiter con unos amigos y…

Lo frené y le dije:

—Yo tengo apenas diecisiete años y dijiste que nacimos juntos.

—Estamos juntos desde hace dos millones de años, según tus métodos de cálculo. Pero ya te dije que nosotros no medimos el tiempo. He viajado cinco mil, diez mil o veinte mil años en una sola noche. Siempre me voy lejos mientras duermes. Salgo en cuanto te quedas dormido y regreso cuando te despiertas. Durante mi ausencia sueñas todo el tiempo pero te enteras de poco o nada de lo que veo, apenas te llegan unos jirones, lo que tu limitada mente humana puede percibir. A veces no te llega nada de las aventuras de una noche entera que en realidad duró muchos siglos, si supera el alcance de tu obtusa mente mortal.

A continuación, quiso hablar de sus «posibilidades». Es decir que empezó a hablar de mi salud con desaprensión, como si fuera mi dueño y tuviese que cuidarme por su bien. Hasta entró en detalles, ¡qué amable! Me aconsejó que vigilara mi dieta, que hiciera mucho ejercicio, que respetara una rutina, que evitara la disipación y la religión y que no me casara porque la familia multiplicaba el amor pero también había que repartirlo, era una fuente de preocupaciones agotadoras y angustias, todos sufrían, aumentaban las desgracias, eso le hacía mal al corazón y acortaba la vida. Pero si me cuidaba y evitaba esas imprudencias, él podría vivir diez millones de años y sería feliz…

Como no quería ponerme agresivo, opté por cambiar de tema. Primero le pregunté por el cielo. Dijo que había conocido unos cuantos pero el nuestro era el que más le gustaba, porque a diferencia de nosotros, ellos no descansaban los domingos. Respetaban los sábados y eso era agradable: los que estaban cansados podían tomarse un recreo y los que no, pasaban un buen momento sin hacerle mal a nadie. Pero no tenían domingos, dijo. Eso del domingo era un invento comercial, ideado por Constantino

para equilibrar los ingresos de los judíos y los cristianos[18]. Las estadísticas gubernamentales de la época mostraban que un judío ganaba en cinco días la misma cantidad de dinero que un cristiano en seis. Constantino pensó que, si seguían a ese paso, los judíos se quedarían con la riqueza y los cristianos con la pobreza. Se dijo que no era justo ni razonable, que un gobierno probo debía hacer leyes equitativas para todos y cuidar por igual a competentes e incompetentes, y a estos últimos más, en todo caso. Así que inventó el domingo como día de descanso para nivelar los ingresos. Ahora, el judío tenía que permanecer inactivo ciento cuatro días al año y el cristiano sólo cincuenta y dos. Y así se pusieron al día. Pero luego agregó que, mientras hablábamos, había una reunión allí arriba para considerar una nueva nivelación, ya que, según las predicciones, en el siglo veinte tendrían que inventar otro día de descanso. Schwarz mismo había visitado las primeras décadas del siglo veinte hacía poco, y le había dado esa impresión.

Después «se fue por las ramas» con su característico estilo: se puso a observar de golpe mi cráneo, con sumo interés, y dijo que quería meterse de una vez ahí dentro, así podría ser libre en cuanto me quedara dormido y pasarla terriblemente bien.

—Oh —dijo—, ¡todo lo que podría ver! Maravillas, esplendores, espectáculos que serían demasiado para tus ojos. ¡Y todo lo que podría oír! La música de las esferas. Ningún mortal resistiría cinco segundos de ese éxtasis. ¡Que venga el mago de una vez! Si no viene… —Se interrumpió y quedó con la boca abierta y la mirada perdida, como en trance. Después susurró: —¿Sentiste *eso*?

Entendí al instante de qué hablaba. Se refería a ese efecto revitalizante y misterioso que invadía el aire cuando 44 andaba cerca. Pero disimulé para sonsacarle información:

—¿A qué te refieres?

—El mago está cerca. Como antes no transmitía ese influjo, los espíritus de los sueños pensábamos que era un vulgar nigromante. Pero cuando redujo a 44 a cenizas estábamos allí y entendimos enseguida quién era en realidad. Supimos que era… Era… Era… ¡qué raro! ¡Mi lengua se traba!

Por supuesto, 44 le impedía hablar. ¡Justo cuando estaba por enterarme del secreto! Qué lamentable desilusión.

44 entró, disfrazado todavía de mago. Schwarz se arrodilló

inmediatamente y empezó a rogarle con fervor que lo liberara. Sumé mi voz al pedido. Schwarz decía:

—Oh, poderoso, usted me ha encarcelado. Y usted, sólo usted, puede liberarme. Porque usted tiene el poder, *todo* el poder, usted es el amo de todas las fuerzas que dominan a la Naturaleza. Nada le es imposible, porque usted es… es…

Nuevamente se le trabó la lengua y no pudo decirlo, aunque estuvo muy cerca. Yo hubiera dado cualquier cosa en el mundo por oírlo, pero 44 lo impidió. Así somos los humanos, como bien saben: cuando podemos tener algo, no lo queremos; pero si no podemos tenerlo, bueno… empezamos a verlo con otros ojos.

44 reaccionó con generosidad. Dijo que lo dejaría ir. Schwarz le abrazó las rodillas y le besó el ruedo de su túnica, mientras 44 terminaba la frase: sí, dejaría ir a éste y fabricaría uno nuevo para la boda, así la familia podría arreglarse. Entonces le dijo a Schwarz que se levantara y se disolviera. Y Schwarz lo hizo.

Fue muy bonito. Primero sus ropas se afinaron hasta volverse transparentes. Después se alejaron flotando como jirones de vapor y quedó desnudo. La gata se asomó y, al ver la escena, retrocedió gateando enseguida. La carne de Schwarz empezaba a afinarse, hasta que vi su esqueleto, muy nítido y pulcro —un buen esqueleto. Entonces desaparecieron los huesos y no quedó más que su contorno, una forma vacía, perfecta y bella, como una estatua hecha de pompas de jabón. Sus reflejos tornasolados flotaban en el aire, los muebles se veían a través de ella, y entonces… ¡*puf*! Desapareció.

Capítulo 30

La gata entró ondeando la cola, la recogió sobre su pata delantera derecha, como si fuera la cola de un vestido, y desfiló por la habitación hasta llegar al mago. Entonces se alzó sobre sus patas traseras e inclinó el cuerpo con las patas delanteras extendidas en magnífico gesto de saludo. Fue algo de lo más elegante, teniendo en cuenta sus limitados recursos. No hay nada más hermoso que la reverencia de una mujer. Y las reverencias de doncellas son las mejores de todas, porque las doncellas tienen más práctica que nadie: ensayan todo el tiempo cuando no las ven. Concluido su artístico saludo, la gata sonrió muy cheshireanamente (esta palabra se la había oído a mi hermano dormido, que decía que era de otra comarca y del futuro aunque tampoco estaba seguro), y con suma gracia le preguntó al mago:

—Mi señor, ¿cree que podría comer un bocado ahora, sin esperar mi turno? Esta mañana van a pasar muchas cosas y pagaría una canasta llena de ratas por no perderme nada…

En ese momento pasó corriendo por el piso un ratoncito ínfimo de ojos brillantes. Mary Florence soltó un grito, pegó un saltó y aterrizó en la silla más alta de la habitación, alzándose una falda imaginaria. Ahí se quedó, mientras su desayuno aparecía flotando desde la alacena, servido en una bandeja de plata. La gata pidió que se lo alcanzaran a la silla, cosa que sucedió. Dio uno o dos mordiscos rápidos para llenarse el estómago y, después de pedir que le guardaran el resto para cuando volviera, salió corriendo porque no quería perderse la diversión.

—Acércate a la mesa —me dijo 44—. Tomaremos café vienés de dentro de dos siglos, el mejor del mundo. Y tortas de trigo sarraceno de Missouri, cosecha 1845. Aquí tienes huevos franceses

de hace cien años y un trozo de ballena sazonada del post-Plioceno, cuando eran del tamaño de un boquerón: ¡una *delicia*!

Ya me había acostumbrado a esas comidas extrañas, que venían de países nunca antes mencionados y épocas distantes, y su origen y procedencia empezaban a parecerme un detalle sin importancia, porque siempre estaban frescas y en óptimo estado. Al principio, los huevos de un siglo de antigüedad o el maná de los tiempos de Moisés me caían mal y la sola idea de probar ballena me hubiera dado náuseas, pero era una cuestión de prejuicio, pronto lo superé y aprendí a disfrutarlos sin hacer preguntas ni inmutarme. Conversamos mientras desayunábamos. 44 habló con nostalgia de los espíritus de los sueños. Dijo que en su momento fueron importantes porque eran el vehículo perfecto para despachar mensajes con discreción y rapidez. Se sentían de lo más orgullosos por transmitir los mensajes con absoluta exactitud. En materia de celeridad, sólo podían compararse al teléfono, y superaban con creces al telégrafo. Puso como ejemplo los sueños del José bíblico. 44 opinaba que, si José los hubiera despachado por correo, las vacas flacas habrían muerto de hambre antes de que llegaran los telegramas. Pero el sistema se fue a pique en los tiempos de los romanos. Fue por culpa de los intérpretes, no de los espíritus de los sueños.

—La interpretación depende de la buena formulación —dijo 44—. Por ejemplo, si la Madre Fundadora de la Ciencia Cristiana [19] enviara un telegrama escrito en su extraño dialecto, ¿qué harías? Lo único que podrías hacer es tratar de *adivinar* lo que dice y confiarte a tu suerte, porque nadie, ni en el cielo ni en la tierra, entiende esa jerga incomprensible. Es un galimatías.

—¿Un qué?

—Expresión americana; todavía no fue descubierta. Significa que estarías en un aprieto, condenado a malinterpretar lo que no entiendes, y que entonces la función que debería cumplir el mensaje se malogra, y genera un gran daño. Voy a darte un ejemplo concreto para que entiendas. Éste es un telegrama de la Madre Fundadora a sus discípulos, fechado un 27 de mayo dentro de cuatrocientos quince años. Salió publicado en un diario de Boston. Lo traje esta mañana.

—¿Qué es un diario de Boston?

—No se lo puede describir en pocas palabras… Tiene fotos, titulares catástrofe y mala fe. Ya te lo explicaré. Ahora quiero leerte el telegrama.

Escucha, Oh Israel:
El Señor es nuestro Dios, el Señor es Uno.
Solicito a todos los miembros de mi Iglesia
que suspendan sus plegarias por la paz de las naciones.
Dios no atiende nuestros ruegos porque hablamos demasiado,
pero Él bendecirá a todos los habitantes de la tierra,
y «no habrá quien se oponga a su poder ni le pida
cuenta de sus actos».
Él nos bendecirá a todos gracias a Su Enteridad
con Su Verdad y Su Amor.

Mary Baker G. Eddy
Pleasant View, Concord, N. H.
27 de mayo de 1905

—¿Comprendes? Hasta la palabra «naciones» cualquiera puede entender que se está librando una gran guerra [20] hace diecisiete meses, en la que se han destruido flotas y ejércitos enteros. En diecisiete palabras, ella hace varios anuncios: «Pensé que nuestras plegarias podrían acabar con la guerra y por eso les ordené que rezaran, pero fue un error de mi mente mortal que confundí con una inspiración. Ahora les ordeno que dejen de rezar y se concentren en hacer algo que esté a nuestro alcance, como huelgas y levantamientos». El resto significa… Déjame pensarlo un minuto. Podría significar que el de arriba ya no atiende las plegarias porque lo molestamos. Eso nos lleva a la expresión «hablamos demasiado». En ese punto, cae la niebla y se va espesando con irrelevancias que no se pueden descifrar. Si sumas todo, obtienes los siguientes resultados: hay que dejar de rezar (eso queda claro, aunque la justificación sea incierta). ¿Pero qué pasaría si la otra mitad del mensaje, la parte incomprensible e indescifrable, fuera *realmente* importante? De hecho podríamos afirmar que lo es, porque la primera mitad no lo es. Entonces, ¿con qué nos enfrentamos? Con

un desastre inminente, absolutamente inevitable, y todo porque no podemos entender las palabras que explican cómo prevenirlo. Ahora entenderás cuál es la importancia del intérprete en estos asuntos. Si escribes parte de un mensaje en un dialecto y el resto en otro, derrotarás al intérprete más experimentado y los daños serán colosales.

—No lo dudo. ¿Pero qué significa «Su Enteridad»?

—Paso.

—¿Qué?

—Expresión teológica. Significa «me abstengo». Probablemente quiso decir que decidió entrar en el juego porque pensó que el de arriba sólo participaba a medias, y ella podría darle una mano. Después se dio cuenta de que Él participaba con Su Enteridad y encima jugaba para el bando contrario, así que optó por retirar sus fichas y salirse. Creo que eso es todo. Suena razonable, como verás, porque se pasó diecisiete meses sin que le fuera bien con ninguna de las fichas que había apostado. Era lógico que quisiera tomarse un respiro, y quizá también un trago. Como ya te dije, este sistema se fue a pique en tiempos de los romanos, por culpa de las malas interpretaciones. En Suetonio tenemos un buen ejemplo, cuando habla de Acia, madre de Augusto:

> *«Antes de dar a luz, soñó Acia que sus entrañas subían hacia los astros,*
> *y cubrían toda la extensión de la tierra y de los cielos»* **[21]**.

—A ver, ¿cómo interpretarías eso, August?

—¿Yo? No creo que pueda, pero no me hubiera gustado nada ver esa escena. Debió ser una carnicería.

—¿Eso es todo lo que te sugiere?

—La verdad que sí. ¿Tú qué opinas?

—Que no tienes ningún talento para la interpretación. No fue algo real, sólo fue un sueño, transmitido a Acia para avisarle que, cuando diera a luz, nacería una criatura excepcional. Ahí tienes un ejemplo notable de lo que tenía que enfrentar el intérprete. Con el tiempo, los mensajes soñados fueron perdiendo precisión y contundencia, como bien demuestra el telegrama de la Madre Fundadora. Como era lógico, los intérpretes se volvieron

descuidados cuando se dedicaron a adivinar en vez de interpretar, y así es como el negocio se fue a la ruina. Roma tuvo que renunciar a los mensajes soñados y empezar a confiar en las entrañas para acceder a la información profética.

—¡Y tenían razón, 44! ¿Acaso no hay que confiar en lo que nos dicen las entrañas?

—Me refiero a entrañas de aves.

—Yo no confiaría mucho en eso. ¿Qué saben las aves sobre el futuro?

—No entiendes, August. No se trata de lo que sabían las aves. Las aves no saben nada, pero cuando los romanos mataban una y analizaban el estado de sus entrañas, los augures podían enterarse de lo que iba a pasarle a los emperadores. Fue el método que inventaron los dioses romanos para comunicarse con sus criaturas cuando la comunicación por sueños dejó de funcionar y todavía no había correo. No fue mala idea porque, en general, las entrañas de un ave sabían más cosas que un dios romano si el dios estaba borracho, y eso pasaba con frecuencia.

—¿No te da miedo hablar así de un dios, 44?

—No. ¿Por qué?

—Porque es una irreverencia.

—No lo es.

—¿Por qué no? ¿Qué es para ti una irreverencia?

—Cuando otra persona no respeta a *tu* dios. No hay ninguna palabra que defina tu falta de respeto a *su* dios.

Lo medité un poco y sospeché que era cierto, aunque nunca se me había ocurrido pensarlo en esos términos.

—Volvamos al sueño de Acia, y a su verdadero significa…

La gata entró corriendo excitadísima y dijo:

—¡Abajo se está armando un lío tremendo! ¡Se lo oí decir a Katzenyammer! —y salió corriendo de nuevo. Yo me apresuré a seguirla pero 44 ordenó:

—Siéntate. No hay apuro. Las cosas están saliendo tal como planeé. Ya suspendí las videncias proféticas, está todo listo.

—¿Videncias? ¿Proféticas?

—Sí. Allá de donde vengo, nosotros…

—¿De dónde vienes, 44?

En realidad no logré verbalizar esas palabras. 44 me lo impidió y

siguió como si nada:

—Allá de donde vengo tenemos un don que termina por aburrirnos: podemos predecir todo lo que va a pasar. Y cuando finalmente ocurre no es ninguna novedad, ¿entiendes? No nos sorprende. Allá no podemos suspender las videncias proféticas pero aquí, sí. Es una de las principales razones por las que vengo con tanta frecuencia. ¡Me encantan las sorpresas! Soy joven, es lógico. Me gustan los espectáculos, me gusta sorprender a la gente, me gusta alardear, me gusta hacer cosas divertidas. En suma, todo que le gusta a un chico. Y, cuando estoy aquí, me gusta dirigir el curso de los acontecimientos hasta un momento determinado y después suspendo las videncias proféticas para que empiece la diversión. Las suspendí hace dos horas, de manera que sé tanto como tú acerca de lo que va a suceder. Eso es lo que quería contarte. Que tenía planes, pero los abandoné. Dejaré que la situación se desarrolle sola y reaccionaré de acuerdo a las circunstancias. Tendremos sorpresas. A lo mejor a ti te parecen insignificantes porque estás acostumbrado a lo inesperado. Pero, a mí, hasta las sorpresas más ínfimas me parecen grandiosas.

La gata entró corriendo excitada y dijo:

—¡Llegué a tiempo, qué suerte! ¡Cierren la puerta! Hay gente por todos lados. Que no nos vean. Querido mago, póngase algún disfraz. Corre más peligro que nunca. Lo han visto, saben que está aquí. Fue una imprudencia dejarse ver. Póngase un disfraz y venga conmigo. Conozco un lugar del castillo donde nunca van a encontrarlo. ¡Por favor, apúrese! ¿No oye esos ruidos a lo lejos? ¡Vienen por usted!

No se imaginan lo contento que estaba 44. Dijo:

—¿Lo ves? Yo no sabía lo que iba a ocurrir, tal como tú. Y tengo el pálpito de que nos esperan más sorpresas.

—Si quiere siga hablando, ¡pero por favor póngase un disfraz que oculte su identidad o no sé qué puede pasar! No sólo lo buscan a usted. También al señor duplicado, y al original, y a mí también. Y, como no nos encuentran, están empezando a creer que alguien mató a los tres…

—¡Ya sé qué voy a hacer! —gritó 44—. ¡Oh, cómo nos vamos a divertir! ¡Vamos, cuéntanos más!

—Katrina está desesperada por atraparlo porque usted incineró a

44, que era la luz de su corazón. Tiene un cuchillo de cocina tres veces más largo que mi cola y está escondida detrás de una columna en el gran salón. Da miedo ver cómo lo afila con furia contra la columna, le saca chispas. Le ruego que se ponga un disfraz y venga conmigo, ¡rápido! Que las leyes me bendigan. ¡Es una conspiración!

—Oh, esto es impresionante, August. ¡Es directamente impresionante! Y yo no sabía nada… ¿De qué conspiración hablas, gatita?

—Los huelguistas van a matar a los duplicados. Yo me había sentado en la falda de Fischer y oí todo. Han acordado señales y claves entre ellos, para distinguir a los suyos de los duplicados. Ojala me las hubiera aprendido, aunque creo que ni con eso podría salvarme. ¡Póngase el disfraz y vámonos! Creo que voy a gritar en cualquier momento.

—Oh, no te preocupes por el disfraz. Voy a salir así como estoy. Y si intentan hacerme algo, tendrán que escucharme.

Abrió la puerta y salió. Mary Florence lo siguió con lágrimas en los ojos, murmurando:

—Nada de lo que diga les importará. ¿Por qué es tan imprudente y arriesga así su vida? ¿Qué será de mí cuando usted no esté? Van a golpearme y maltratarme.

Yo me hice invisible y fui con ellos.

Capítulo 31

Era una mañana oscura, destemplada y lúgubre. La nieve caía de costado como un velo. El viento lastimero aullaba dentro de las chimeneas y resonaba entre las almenas y las torres. Según 44, era el clima ideal para la ocasión, sólo un eclipse podría mejorarlo. Eso le dio una idea: haría un eclipse artificial, tan bien hecho que sólo Simón Newcomb [22] podría diferenciarlo de uno auténtico. Se puso manos a la obra sin perder tiempo y los enormes túneles de piedra se oscurecieron, sepulcrales, y los pasos lejanos se oyeron más extraños, sin la menor estridencia, con un eco amortiguado, porque cuando uno camina en esa especie de penumbra el piso se hunde bajo los pies y se produce un efecto de sordina, aterrador en esos castillos decrépitos que pasaron por tantos siglos de crueldad, cautiverios, asesinatos y misterio.

Esa noche era, además, la Noche de los Fantasmas. 44 no iba a olvidarse de eso justamente. Dijo que los eclipses perdían potencia después de la puesta de sol pero eso no era un gran inconveniente, y él se encargaría de que el suyo durara hasta la madrugada. El eclipse sería de gran ayuda para sus planes y también aportaría muchos efectos espeluznantes, ideales para la ocasión porque todos los fantasmas del castillo asistirían a la Noche de los Fantasmas. Como el evento se celebraba cada diez años y se lo consideraba de lo más selecto y distinguido, en especial cuando se cumplía un siglo —como ahora—, los mejores fantasmas de otros castillos también se sumaban al gran baile de la Noche Centenaria, un espectáculo tan interesante que el propio 44 había asistido más de una vez.

El reencuentro con esos amigos etéreos le resultaba triste y fascinante. Los pobres fantasmas le contaban las mismas historias anticuadas, porque no tenían nada nuevo para contar. Pero esta

Noche Centenaria sería la más formidable que se hubiera celebrado en los doce siglos de existencia del castillo. 44 invitaría a fantasmas de primer nivel, de todas partes y de toda época, y cada uno podría traer amigos si tenía ganas —cualquier amigo, sin restricciones, con tal de que estuviera muerto, y si yo quería, también podía invitar a alguno. Entre todos sumarían mil o dos mil. Sería *la* Noche Centenaria de todas las Noches Centenarias, nadie podría igualarla en todo el milenio.

No vimos ni un alma en el sombrío trayecto desde mi puerta hasta que llegamos a la gran escalera central y bajamos los primeros peldaños. Desde ahí vimos que había mucha gente, de los nuestros y de la aldea. Estaban todos armados, formados en dos hileras que atravesaban el gran salón, atentos a la irrupción del mago, si éste tenía el valor de intentarlo. Katrina estaba entre ellos, severa, imponente, marcial, cuchillo en mano. Miré hacia atrás y vi otro vallado de fuerzas vivas a nuestras espaldas. Se ve que el espectáculo fue demasiado escalofriante para Mary Florence, porque había desaparecido.

Cuando los hombres que estaban detrás de nosotros vieron que su plan había sido un éxito y que la presa había caído en la trampa, soltaron un grito de euforia. Pero a mí no me sonó genuino: tenía una nota discordante, como cuando una persona ha atrapado un pájaro y descubre que no está tan contenta como suponía y trata de disimular. Se persignaban con afectación, cosa que también me pareció un indicio.

44, disfrazado de Balthazar, avanzó con paso seguro hasta el último escalón. Entonces hubo una gran agitación al otro extremo de la sala, seguida de un griterío: «¡Abran paso al padre Adolf!». El cura avanzó resollando entre las filas de hombres y dio un salto bastante torpe para frenar a Katrina, cuando vio que se abalanzaba sobre 44.

—¡Deténganla, burros! —gritó el cura—. ¡Si lo acuchilla, lo salvará de arder en la Santa Hoguera!

Una maraña de sombras bamboleantes se arrojó sobre Katrina. Sólo se veían su cabeza y su brazo y el cuchillo. Ella aprovechaba para desahogarse enérgicamente con su vozarrón, más poderoso que el estruendo general y las imprecaciones del cura:

—¡Déjenmelo! ¡Le prendió fuego a mi niño!

—Sáquenla, hombres, sáquenla…

—¡La Iglesia no se lo puede quedar! ¡Quiero que pague con su sangre, tengo derecho! ¡Fuera de mi camino!

—¡Atrás, mujer, atrás, te digo! Háganla retroceder, hombres. ¿No tienen fuerza para imponerse? ¡Parecen criaturas!

—¿Creen que pueden detenerme porque soy una mujer? ¡Ni cien de ustedes podrían frenarme!

Y así fue. De un tirón se soltó, blandió el cuchillo y, usando su propia cabeza como ariete embistió contra el vallado humano que palpitaba en la oscuridad. Entonces todo se iluminó con una luz magnífica. Katrina alzó la vista y la luz dio de lleno en su cara sombría y la transfiguró con su gloria inmaculada, que se propagó por el salón y alcanzó las columnas del fondo y las personas aterradas que se ocultaban tras ellas. Katrina dejó caer el cuchillo y se arrodilló con las manos unidas, y todos la imitaron. Quedaron arrodillados con las manos unidas o extendidas en cruz, y el resplandor sobrenatural los inundó, y donde había estado el mago vimos a 44, con su belleza suprema y la gracia de su juventud. De él provenía esa luz, estaba completamente bañado por ese fulgor inmortal y brillaba como el sol.

Katrina se acercó de rodillas, agachó su vieja cabeza y le besó los pies. Él se inclinó y le dio una palmada suave en el hombro, luego apoyó sus labios sobre el pelo gris de la anciana ¡*y desapareció*! Pasamos dos o tres minutos como ciegos en medio de la oscuridad, sin ver a quién teníamos al lado. Al rato empezamos a distinguir, entre las formas tenebrosas, a los que seguían de rodillas, los que estaban echados boca abajo desmayados, los que se tambaleaban cubriéndose los ojos con las manos como si la luz los hubiera lastimado. Katrina se alejaba con paso inseguro. Su cuchillo había quedado abandonado en el piso de piedra.

Fue una suerte que a 44 se le ocurriera lo del eclipse. Los efectos fueron impecables. 44 dijo que el espectáculo había sido un hito que superaba con creces a Barnum y a Bailey[23]. A mí me sonó a sánscrito y me parece que ni siquiera en sánscrito debía significar algo. Se le habría ocurrido en el momento y le habría sonado culto, y ya sabemos que a 44 le importaban más los sonidos que el sentido. Ha habido muchos otros como él, pero él fue el peor.

Según mis cálculos, a la gente le llevaría varias horas

reacomodarse, porque habían quedado todos muy aturdidos. Mientras tanto no iba a suceder nada. Yo quería aprovechar el tiempo de alguna manera, así que volví a mi habitación, me revestí de mi cuerpo material y me tumbé frente al fuego después de dejar la puerta entornada para que la gata trajera noticias, como esperaba. Pero al rato me quedé dormido y no desperté hasta las diez de la noche. Cuando abrí los ojos me encontré a la gata terminando su cena y mi cena servida en la mesa, caliente y muy tentadora, ya que no había comido nada desde el desayuno.

Mary Florence se acercó, se sentó en una silla y se dedicó a limpiarse mientras despachaba las noticias y yo comía. Ella también había sido testigo de la escena de la gran transformación. Le había impresionado tanto que, en vez de quedarse hasta el final, había subido por la chimenea, donde se había quedado escondida y muerta de frío durante media hora hasta que alguien encendió el fuego y se sintió mejor. Cuando el calor empezó a quemar, trepó hasta llegar al techo, volvió a entrar por una claraboya, y hacía un momento había atrapado una rata sin ningún problema, algún día iba a enseñarme cómo hacerlo si me interesaba. No se la había comido porque no era una rata fresca, le pareció que estaba fuera de temporada o algo por el estilo, pero le hizo recordar que tenía hambre y por eso había vuelto a mi habitación.

—Si le gustan las sorpresas, duplicado —dijo a continuación—, escuche esta: ¡el mago no está muerto!

Monté el numerito del sorprendido como un experto y levanté los brazos mientras gritaba:

—¡Eso es imposible, Mary Florence!

Encantada, exclamó:

—¡Le *dije* a él que usted no iba a creerme! Pero juro que es cierto, con la garra en el corazón. ¡Que no vuelva a despertarme si miento, porque lo vi, vivito y coleando!

—¡Oh, vamos! Sólo estás tratando de engañarme.

Ella estaba fuera de sí por el efecto de sus propias palabras. Dijo:

—Ah, qué visión maravillosa —trató de aplaudir con las manos pero fracasó porque sus almohadillas eran blandas como champiñones—. Si le demuestro que está vivo, ¿me creería?

—Por supuesto —dije—, ¿Pero qué tienes para ofrecerme? ¿O sólo estás diciendo tonterías? Cuando una persona está muerta,

cuando *se sabe* que está muerta, muerta en forma definitiva, probadamente muerta, no hay manera de demostrar que está viva. No me digas que no lo sabes.

Ella estaba radiante, apenas podía contenerse, parecía que iba a estallar en cualquier momento, o echárseme encima. Pero bajó de un salto al piso y con sus patas delanteras acercó algo hasta mis pies. Mientras yo lo levantaba, saltó de nuevo a su silla.

—Él dijo que usted sabría qué es eso. ¿Qué es?

—Él lo llama diario de Boston.

—Correcto. Eso file lo que dijo. Y dijo también que está en inglés del futuro y que usted puede leerlo. ¿Es cierto?

—Es cierto, pero él no pudo decirlo porque está muerto.

—Mire la fecha.

—No lo dijo porque está muerto y entonces ni siquiera pudo pensarlo pero bien: 29 de mayo de 1905.

—Eso fue lo que él dijo. Y me dijo que le preguntara cuál fue el mensaje de la Madre Fundadora a sus discípulos, publicado en el otro diario de Boston. ¿Qué decía ese mensaje?

—Decía que había una gran guerra y que ella se hartó de que las personas rezaran por la paz durante diecisiete meses sin obtener recompensa, entonces les ordenó que dejaran de rezar y se replegaran. También dijo que nadie podía entender el resto del mensaje y que esa incomprensión podría provocar un desastre horrible.

—¡Exacto! Y eso fue lo que sucedió. En cuanto ella canceló las plegarias se enfrentaron las dos flotas, y una aniquiló a la otra. Eso no habría pasado si ella hubiese permitido que sus fieles continuaran con sus plegarias. Ahí tiene. No sabía eso, ¿verdad?

—Ni lo sabía ni me consta aún.

—Pronto lo sabrá. Aquel mensaje era del 27 de mayo, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, el desastre sucedió al otro día[24], justo después de que dejaran de rezar. Encontrará la noticia en el diario del día siguiente, que es el que tiene en la mano, con fecha 29 de mayo.

Le eché un vistazo a los grandes titulares.

—¡Increíble! ¡Es cierto! Mary Florence, ¿te das cuenta de que nunca ha pasado nada tan increíble en este castillo? Esto prueba que él está vivo. Nadie más podría haber traído este diario. No hay

duda de que él está de nuevo entre nosotros, a pesar de la tremenda escena de extinción y desintegración que presenciamos. ¡Sí, Mary, está vivo! Oh, estoy tan contento… No tengo palabras para agradecerte.

—Espléndido, ¿verdad? Sabía que podía demostrarlo. Lo sabía muy bien. Yo también pensé que había desaparecido para siempre cuando lo convirtieron en cenizas. Estaba tan asustada y triste… ¡Pero él es maravilloso! No hay mago que pueda competir con él, ¿no le parece, duplicado?

—Puedes apostar tus orejas, Mary Florence. Cuando se trata de acertar en el blanco no hay nadie como él. Aunque fuera bizco y zurdo acertaría.

—Pero no lo es, duplicado.

—¿No es qué?

—Ni bizco y zurdo.

—¿Y quién dijo que lo fuera, tontita?

—Usted.

—Dije *aunque fuera*, que no es lo mismo que decir que lo es. Era una suposición, una figura literaria, una metáfora, cuya función es aumentar la fuerza de…

—Diga lo que quiera, pero yo me habría dado cuenta si fuese bizco.

—¡Oh!, ¡cállate! Ya te dije que fue *en sentido figurado*.

—Nunca me hará creer que es bizco y zurdo porque una vez cuando…

—Mary F, ¡si vuelves a abrir la boca voy a hacerte tragar este tenedor! Eres tan incoherente e incomprensible como la pobre Madre Fundadora.

Pero la gata ya se había escondido debajo de la cama, pensando probablemente en lo terrible que sería tragarse un tenedor.

Capítulo 32

Entonces entró 44, muy animado, todavía disfrazado de mago Balthazar, y se dejó caer en una silla. La gata salió confiada, se estiró ronroneando sobre sus piernas y dijo:

—El duplicado no me creía cuando le conté que usted estaba vivo. Y, cuando le presenté las pruebas, trató de meterme un tenedor en la garganta para asustarme, pero no lo logró. ¿No es cierto, duplicado?

—¿No es cierto *que*?

—Lo que acabo de *decir*.

—No entiendo lo que acabas de decir, porque hablaste en el dialecto de la Madre Fundadora, que es incomprensible. Pero diré que sí a cualquier cosa con tal de que calles y te quedes quieta y dejes que el amo nos cuente qué tiene en mente.

—Lo que tengo en mente es esto, August: algunos de los invitados más distinguidos no pueden venir. Flora McFlimsey [25] no tiene qué ponerse. Lo mismo le pasa a Lady Godiva. Adán tiene otro compromiso. Nerón y otros dicen que no les avisaron con la debida anticipación y piden que les demos tiempo para llegar. Así que tendremos que esperarlos.

—¿Cómo vamos a hacer? El espectáculo está programado para dentro de una hora.

Entonces oímos la gran campana del castillo, tocando la hora. También sonó nuestro reloj de pared del futuro y, al mismo tiempo, débil y lejana, la campana de la aldea. El vendaval se llevaba y silenciaba la mitad de sus notas. Nos sentamos sin decir una palabra y contamos cada campanada hasta el final.

—Once —dijo 44—. Bien, ahora podemos proceder de dos maneras. Una es detener el tiempo, algo que se ha hecho muchas

veces. La otra es retroceder el tiempo uno o dos días, que es algo relativamente nuevo y ofrece los mejores resultados. Yo voto por retroceder, y es lo que haremos todos en breve. Haré que las agujas del reloj giren al revés.

—¿Funcionará?

—Por supuesto. Y ya verás cómo llama la atención. Pero lo más sorprendente será el efecto del sol.

—¿Por qué?

—Cuando salga por el Oeste, dentro de seis horas, va a acaparar la atención del mundo entero.

—¡Me lo puedo imaginar!

—Habrá más madrugadores que nunca en la raza humana. Creo que será un récord.

—Yo, al menos, no pienso perdérmelo. Voy a quedarme despierto para verlo.

—Tampoco estaría mal que saliera por el Sudoeste, en vez del Oeste. Sería más impactante, ¿no? Y nunca visto.

—¡Maestro! Sería maravilloso. Jamás se ha visto un prodigio semejante. Hablarán de él mientras exista la raza humana. Y nadie podrá ponerlo en duda porque todos los seres humanos lo verán cuando despierten por la mañana, no podrán decir fue una exageración.

—Tal cual. Será el único acontecimiento realmente autenticado en la historia humana. El registro de los demás acontecimientos importantes ha dependido del testimonio, siempre bastante dudoso, de unos pocos testigos. Esta vez será distinto.

—¿Cuánto retrocederemos?

—Dos días, tres, una semana, lo suficiente para que Robert Bruce y Enrique el Joven[26] y todos los demás que tengan el corazón enterrado en un lugar y las otras partes del cuerpo en otro tengan tiempo de juntar todo. Haré que el sol y los relojes retrocedan y después los haré marchar de nuevo hacia delante, para que todos lleguen puntuales a la medianoche de hoy, a la hora señalada.

—¡Lo voy entendiendo! Será algo increíble…

—Sí —dijo él, en un rapto de elocuencia—, y la fama de Balthazar Hoffman alcanzará así su máximo esplendor. ¡Lo convertiré en el mago más glorioso de la historia! Y lo quemarán en

la hoguera, por supuesto. Como bien sabes, todo esto me ha dado mucho trabajo. No ha habido otro plan que me interesara más en todos estos siglos. No escatimé esfuerzos físicos y mentales, y me siento orgulloso y satisfecho como nunca antes. Cuando lo corone con este final magnífico, y haga incinerar o pulverizar al mago, o algo igual de espectacular y estrafalario, te aseguro que habrá valido la pena.

Las campanas empezaron a sonar de nuevo.

—¡Ahí tienes! Dan las once otra vez.

—No puede ser.

—Cuenta y verás.

La gata se despertó de golpe, se estiró, larga como era, y me preguntó si el tiempo empezaba a retroceder, lo que demostró que había escuchado la conversación y que entendía alemán. Luego se acomodó para dormir otra siesta y dijo que, cuando dieran las diez, saldría a cazar la rata de nuevo.

Conté en voz alta las campanadas del reloj. Cuando dieron las once, 44 gritó:

—¡Retrocede, oh, Tiempo! ¡Vuela hacia atrás! Mira las agujas del reloj, August. Oye las campanadas.

Me encontré contando de nuevo las campanadas en voz alta, pero ahora en sentido inverso:

—¡Once… diez… nueve… ocho… siete… seis… cinco… cuatro… dos… uno!

La gata se despertó de pronto y repitió su comentario sobre volver a cazar a la rata, ¡pero lo dijo de atrás para adelante!

Entonces 44 volvió a hablar, pero las campanadas del gran reloj del castillo se mezclaban con sus palabras:

—¡Oh, te aseguro que todos esto valdrá la pena! —Su voz imponente empezó a elevarse, cada vez más poderosa y magnífica. —¡No hubo otro plan que me interesara más en todos estos siglos! ¡No escatimé ni esfuerzos físicos ni mentales y me siento orgulloso y satisfecho como pocas veces antes! —Ya alcanzaba el clímax, estaba muy conmovido y su voz grave de armonio temblaba de emoción. —¡Lo convertiré en el mago más glorioso de la historia! ¡Lo quemarán en la hoguera! ¡Y así la fama de Balthazar Hoffman alcanzará su máximo esplendor!

Mi cerebro giraba tan rápido que podía oírlo zumbar. Me

levanté tambaleante y, cuando estaba por desmayarme, 44 me atajó. El contacto con sus manos me reanimó. Lo oí decir:

—Se nota que esto es demasiado para ti. No podrás soportarlo. Puede que enloquezcas incluso. Así que te eximo de tu participación en este gran acontecimiento. Puedes observar y disfrutar sin involucrarte en el retroceso del tiempo ni en su avance. Podrás reintegrarte cuando retomemos el curso normal de las horas. Mientras tanto, puedes ir y venir a tu antojo, puedes divertirte como quieras.

¡Palabras benditas! No sabía cómo agradecerle.

Entonces en mi mente se hizo un blanco absolutamente silencioso, que representaba nuestra conversación sobre hacer retroceder el tiempo y sobre el sol. Luego vino otro blanco silencioso: el de mi discusión con la gata respecto a si el mago había muerto o no. Pasé esos intervalos sin tedio ni pesar; sólo miraba el reloj del futuro y las agujas que retrocedían en su esfera. ¡Qué espectáculo insólito! Después me quedé dormido y, cuando desperté, el reloj ya había retrocedido siete horas y era media tarde. Como contaba con el privilegio de ir y venir a mi antojo, me despojé de mi cuerpo y bajé a ver el espectáculo de la gran transformación, ahora en reversa.

Fue más impresionante y magnífico que antes. Algunas personas yacían boca abajo en la oscuridad, otros estaban arrodillados, otros iban de un lado a otro cubriéndose los ojos con las manos. Katrina caminó hacia atrás con paso inseguro, hasta que se hizo la luz y la vi arrodillada, con la cabeza gacha delante de 44, que brillaba como si irradiase la luz del sol, y 44 besó la cabeza de Katrina, y de ahí en más la escena siguió su curso hacia atrás, detalle por detalle, hasta el principio. El mago, la gata y yo subimos las escaleras de espaldas y atravesamos el eclipse en ciernes hasta mi habitación.

Mientras el tiempo retrocedía me salteé algunas cosas, me detuve en otras y me entretuve con algunas que me gustaban especialmente. Vi a mi duplicado hacerse visible de golpe, convertido en bonita estatua de pompa de jabón con reflejos tornasolados. Luego vi su esqueleto ganando forma y solidez. Vi cómo se revestía de piel y de ropa, y vi todo lo que venía después, pero me salteé las conversaciones con la gata. También me salteé la conversación de medianoche con el señor en mi habitación. Y,

cuando el reloj hubo retrocedido veintitrés horas y me tocaba aparecer borracho en la habitación de Marget, me contuve y no entré.

Después, para divertirnos y movidos por la curiosidad, 44 y yo —invisible— fuimos a China, donde era mediodía. El sol estaba a punto de descender en su nueva dirección Noreste y millones de orientales observaban atónitos el cielo, mientras otros millones yacían tendidos en el suelo, extenuados por el terror y la confusión, en estado benigno de inconsciencia. Nos ubicamos detrás del sol y recorrimos el mundo. Nos tomamos nuestro tiempo en las grandes ciudades del camino, observamos y admiramos los efectos del portento. En todas partes había gente preocupada que repetía en sentido inverso charlas que ya habían tenido pero no lograban entenderse. ¡Qué aspecto de cansados tenían todos! Y no faltaban los que miraban con tristeza los relojes de las aldeas. En todas las ciudades se oficiaban funerales que ya se habían oficiado y las carrozas fúnebres y las procesiones marchaban solemnemente en reversa. Se libraban de nuevo las batallas de antaño pero empezando desde el fin. Volvían a matar a los que ya habían matado. Los heridos recibían el golpe una vez más y se lamentaban. La sangre corría a raudales y había duros enfrentamientos entre grupos de caballeros que cruzaban los campos —marcha atrás— con sus armaduras de acero. En los océanos, los barcos aceleraban hacia atrás con las velas completamente henchidas y surcaban las mismas aguas que ya habían navegado el día anterior. Los tripulantes, asustados, rezaban, algunos miraban el sol enloquecido con muda angustia y otros se entregaban a indecencias indescriptibles. En Ruán vimos a Enrique el Joven, que juntaba su calavera rota con el resto de sus huesos.

Capítulo 33

Pero 44 era, sin duda, la criatura más cambiante que existía. Nada le interesaba mucho tiempo. Planeaba un proyecto de lo más complejo, se dedicaba a él en cuerpo y alma y de pronto lo dejaba por la mitad y empezaba algo nuevo. Eso fue lo que pasó con su Asamblea de los Muertos. Convocó a esos pobres despojos de diferentes épocas y lugares del mundo y, cuando los preparativos para la fiesta estaban listos, se le dio por hacerse una escapada a los tiempos de Moisés y ver el mal momento que pasaron los egipcios en las aguas del Mar Rojo. Me dijo que fuera con él. Me contó que ya había ido dos veces y que era uno de los acontecimientos más hermosos y emocionantes que había visto. Hice lo que pude para persuadirlo y lo logré, porque la procesión me fascinaba.

Al principio había una oscuridad terrible, negra, espesa y sólida, y un silencio tan expectante que parecía que la tierra misma contenía el aliento. El silencio se prolongó durante varios minutos y se volvió tan opresivo que yo mismo contenía la respiración. Entonces sentí una oleada de aire frío, húmeda, penetrante, con olor a tumba, estremecedora y terrible. Pocos minutos después, oí un chasquido débil, lejano, que se fue acercando lentamente, y aumentó en masa y volumen hasta que todo el lugar empezó a resonar con ese golpeteo seco y agudo. ¡Ya estaba muy cerca, pasaba a nuestro lado! El salón se iluminó con una penumbra difusa, como de atardecer, que dejaba entrever las siluetas arácnidas y enclenques de miles de esqueletos que marchaban en procesión. Me quedé sin aliento. No pueden darse una idea de lo espantoso, espeluznante y horrible que era.

Poco a poco empezó a clarear, con una luz de amanecer, y pudimos distinguir bastante bien los detalles. 44 había agrandado el

salón del castillo y lo había transformado en un corredor que se prolongaba interminable hacia el fondo. La Procesión lo recorría con ese penoso golpeteo que se iba desdibujando a medida que se alejaban y finalmente se esfumaba en la distancia.

44 me había ido señalando algunos de los esqueletos que pasaban, comentándome que en su tiempo habían sido personajes distinguidos y descollantes. Algunos nombres me sonaban conocidos, aunque la mayoría no. Era lógico porque venían de naciones que habían desaparecido de la Tierra hacía diez mil, veinte mil, cincuenta mil, cien mil, trescientos mil o seiscientos mil años.

Gracias a la magia de 44, cada esqueleto tenía atada una etiqueta con su nombre, sus fechas de nacimiento y muerte y algunas palabras sobre su vida. La idea era buena porque ahorraba preguntas. Vi faraones, vi a David y a Goliat y otros personajes bíblicos, como Adán y Eva. Vi algunos cesares, a Cleopatra, a Carlomagno, a Dagoberto, vi tantos reyes que era imposible contarlos. Algunos llevaban puestas sus coronas y les colgaban jirones de terciopelo raído entre los huesos. Era un espectáculo bastante patético.

Vi también esqueletos que yo mismo había conocido. Había asistido a sus funerales apenas tres o cuatro años antes: hombres y mujeres, niños y niñas. Estiraban sus pobres manos huesudas para estrechar la mía, y estaban muy tristes. Algunos arrastraban de una cuerda los restos deteriorados de sus ataúdes, preocupados por esa mísera propiedad.

Entonces entendí que los sentimientos perduran. Las emociones derivadas de algo que sucedió hace tiempo siguen intactas, como si todo hubiera sucedido ayer. Había un esqueleto esbelto, de una mujer joven, que desfiló con la cabeza gacha, y se cubría los ojos con las manos huesudas, como si llorara. Era una madre joven. Su pequeño había desaparecido un día y nunca más se supo de él; eso le había destrozado el corazón, lloró hasta morir. Mis ojos se llenaron de lágrimas y su dolor me partió el corazón. ¡Y cuando leí su etiqueta vi que todo había sucedido hacía mil quinientos años! Me pareció asombroso que me afectara tanto, pero imagino que ciertas cosas no envejecen, siguen vigentes para siempre.

Al rato pasó el Rey Arturo con todos sus caballeros. Me interesaba especialmente ese grupo porque habíamos trabajado su

historia en la imprenta, copiándola de Caxton[27]. Montaban unos cajones huesudos que alguna vez habían sido caballos, y se veían imponentes a pesar de que sus armaduras estaban oxidadas y se les veían las costillas entre las piezas que faltaban. Hablaban entre ellos, aunque eran esqueletos. Vi sus mandíbulas que subían y bajaban a través de la hendidura de sus yelmos. Con la ayuda de 44 pude entender lo que decían. Hablaban de la última batalla de Arturo; estaban convencidos de que había tenido lugar ayer, lo que demuestra que mil años en la tumba son sólo una siesta para los muertos.

Lo mismo pasaba con Noé, sus hijos y sus nueras. Se comportaban como si hubieran olvidado de que ya habían bajado del Arca, no podían entender por qué habían aparecido caminando en tierra firme. Hablaban del clima; era lo único que les importaba.

Los esqueletos de los ancestros de Adán superaban por millares a los representantes posteriores de nuestra raza. Montaban monstruos que ni siquiera se han soñado, de tamaño y aspecto totalmente extraordinarios. Eran diez mil, marchaban uno al lado del otro. Las paredes cedían y se esfumaban para que ellos pudieran avanzar y parecía que colmaban toda la Tierra con su presencia. Entre ellos vi al Eslabón Perdido. Así lo llamó 44. Era un esqueleto muy pequeño, montado sobre el lomo de una criatura de tres metros de alto, que tenía una cola larga y un cuello también larguísimo y que, según 44, estaba muerta desde hacía ocho millones de años.

Los muertos desfilaron durante horas en grupos continentales. El golpeteo de sus huesos era tan ensordecedor que uno apenas podía escuchar sus propios pensamientos. De pronto 44 hizo un pase de manos y aparecimos en un mundo completamente vacío y sin sonido.

Capítulo 34

—Y ahora te irás, lo sé —le dije a 44—. Y no volverás.

—Sí —reconoció él—. Hemos compartido muchos buenos momentos y ha sido muy grato para los dos. Pero ahora tengo que irme. Y no volveremos a vernos.

—En esta vida, 44. ¿Pero qué ocurrirá en la otra? Seguramente nos encontraremos. ¿O no?

Con toda calma y templanza, me dio esta extraña respuesta:

—*No hay otra*.

Mi espíritu recibió una sutil inspiración de su espíritu. Y con ella llegó una sensación imprecisa, confusa pero colmada de optimismo y confianza: esas palabras increíbles podían ser ciertas —y quizá fueran ciertas.

—¿Nunca lo habías pensado, August? —dijo 44.

—¿Cómo hubiera podido? Pero si fuera cierto…

—*Es* cierto.

Sentí que una extraña gratitud brotaba de mi pecho, pero me quedaba una última duda:

—Sin embargo nosotros… nosotros *vimos* esa vida futura. ¡La vimos de verdad, existe!

—Fue una ilusión. No existe.

Yo apenas podía respirar, la esperanza se abría paso en mi pecho.

—¿Una ilusión?

—La vida misma es una ilusión, un sueño.

¡Qué emocionante! Yo había pensado lo mismo mil veces en mis cavilaciones.

—Nada *existe* —continuó 44— Todo es un sueño. Dios, el hombre, el mundo, el sol, la luna, la vastedad de las estrellas: son

un sueño, no existen. Nada existe, salvo el espacio vacío… y tú.

—¿Yo?

—Sí. Y tú no eres tú. No tienes carne ni sangre ni huesos. Sólo eres un *pensamiento*. Yo tampoco existo, sólo soy un sueño: tu sueño, una criatura de tu imaginación. Dentro de poco te darás cuenta, me borrarás de tu imaginación y yo regresaré a la misma nada de donde me sacaste.

«Ya estoy llegando a mi fin, me consumo, desaparezco. Dentro de poco tiempo te encontrarás solo en un espacio sin orillas. Podrás explorar por siempre sus soledades ilimitadas, sin un amigo o un camarada, porque sólo serás un pensamiento, un Pensamiento Único que, por naturaleza, es inextinguible e indestructible. Gracias a este humilde servidor has podido descubrir quién eres y te has liberado. ¡Sueña otros sueños, mejores que éste!

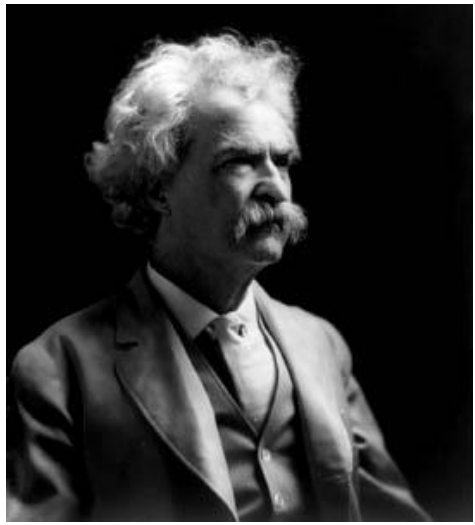
»Es extraño que no hayas sospechado hace años, siglos, épocas, eones, que existes en tu soledad desde todos los tiempos. Qué notable, realmente, que no hayas sospechado que tu universo y todo lo que contiene sólo eran sueños, ilusiones, ficciones. ¡Es extraño porque esas ilusiones son locuras tan absurdas como los sueños! Un dios que podía hacer hijos buenos y malos, y optó por los malos. Un dios que podría haber hecho felices a todos y no hizo feliz a ninguno. Un dios que deja que sus criaturas se apeguen a sus vidas amargas y luego se las arrebata en forma mezquina. Un dios que dio felicidad eterna e inmerecida a sus ángeles y exige a sus otros hijos que se ganen esa vida con el sudor de su frente, condenados a las desgracias más duras de la mente y el cuerpo. Un dios que habla de justicia e inventó el infierno; que habla de piedad e inventó el infierno; que habla de principios morales y de perdonar setenta veces por siete e inventó el infierno; que habla de ética y no tiene ninguna; que censura los crímenes y los comete; que creó al hombre sin que nadie se lo pidiera y ahora trata de endilgarle al hombre la responsabilidad de los actos del hombre, en vez de imputársela a sí mismo, como correspondería. Un dios, en fin, tan torpe que pretende que esos pobres esclavos maltratados lo adoren.

»¿Entiendes ahora que todas esas cosas sólo pueden ser posibles en un sueño? ¿Comprendes que son locuras pueriles, creaciones tontas de una imaginación que no es consciente de sus monstruos? ¿Comprendes que son un sueño y que tú eres su artífice? ¿No te das

cuenta aún de que tienen todas las características de un sueño? Tendrías que haberlo sospechado antes.

»Pero no importa, ahora te lo he revelado: no hay Dios, no hay universo, no hay raza humana, no hay vida terrenal, no hay cielo, no hay infierno. Todo es un Sueño, un sueño grotesco y estúpido. Eres lo único que existe. Y sólo eres un pensamiento: un pensamiento errante, un pensamiento inútil, un pensamiento sin hogar, que viaja solitario por las vacías eternidades».

Y entonces 44 se esfumó y yo me quedé horrorizado, porque de pronto comprendí que todo lo que me había dicho era cierto.



Samuel Langhorne Clemens nació en Missouri en 1835 y murió en Connecticut en 1910. Fue aprendiz de imprenta, grumete en un barco en el Mississippi y buscador de oro antes de descollar como periodista y escritor con el seudónimo Mark Twain. Sus libros más admirados son *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876), *Príncipe y mendigo* (1881), *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1884), *Un yanqui en la corte del rey Arturo* (1889) y *Diario de Adán y Eva* (1906). No sólo brilló por su maestría verbal y su comicidad infecciosa sino también por su crítica a la esclavitud, el imperialismo, la codicia, la superstición y la estupidez humana. *44* es el último libro que escribió y su versión completa permaneció desconocida hasta que fue rescatada por la University of California Press casi un siglo después.

Notas

[1] *Eseldorf*: en alemán, «pueblo de burros». (*N. de la T.*). < <

[2] Los husitas, seguidores de Jan de Hus, estaban a favor de la libertad de prédica, de la pobreza en el clero y del castigo de los pecados mortales a todos los miembros de la sociedad, sin distinción de rangos. Eran considerados herejes. Hus murió en la hoguera en 1415. (*N. de la T.*). < <

[3] En imprenta se llama «empastelar» a mezclar por accidente o descuido las palabras o líneas de una composición. «Empastelada» hace alusión, extensivamente, a todo desorden o mala mezcla. (*N. de la T.*). < <

[4] Degradación fonética de la palabra alemana *Katzenjammer*, que significa maullido de gato, sonido chillón, o estado depresivo, resaca. La palabra ingresó en el vocabulario estadounidense a través de la tira cómica *Los chicos Katzenjammer*, que se basaba, a su vez, en una historieta alemana de Wilhem Busch, *Max und Moritz*, que llegó a Estados Unidos con las masas migratorias alemanas del siglo XIX. (*N. de la T.*). < <

[5] Twain nunca explicó por qué eligió el nombre 44. En *Una broma*, nota publicada en el *Cleveland Herald* el 16 de noviembre de 1868, se quejaba de que tenía un doble que recorría el país haciendo de las suyas: «Yo soy Twain, y Twain significa dos. Entonces mi doble sería un doble-twain, y el doble de mi doble sería 44». Pero también hay que señalar que, a lo largo de la novela, hay un juego constante entre las personas y sus dobles o duplicados, y en el capítulo 8, el narrador, August Feldner, dice que su número de registro es el 4, lo que convertiría a 44, el aprendiz, en su otro yo. (*N. de la T.*). < <

[6] En tiempos de Twain había un rito de iniciación al que se sometía a los aprendices de impresores: se los enviaba a lo del talabartero a buscar aceite para las correas, sabiendo que el talabartero no iba a darlo, y después los azotaban porque no lo habían conseguido. (*N. de la T.*). < <

[7] En el original, *Doangivadam*. La palabra es una contracción de la frase *I give a damn don't*, que significa «me importa un bledo», o «me da igual». (*N. de la T.*). < <

[8] El *cakewalk* era un baile que realizaban los esclavos del Sur norteamericano los domingos, cuando se vestían con ropas hechas por ellos y desfilaban, imitando las costumbres refinadas de sus amos. La pareja ganadora del concurso se ganaba una torta (*cake*). Los blancos disfrutaban de estos espectáculos que después fueron absorbidos por los minstrels, donde actores blancos con la cara pintada de negro imitaban a los esclavos imitando a sus amos blancos. (*N. de la T.*). < <

[9] Se trata de una pipa de maíz, muy común durante la Guerra Civil en los Estados Unidos. (*N. de la T.*). < <

[10] La escritora Mary Annette Beauchamp (1866-1941), autora de *Elisabeth y su jardín alemán* (1898), adoptó ese *nom de plume* cuando se casó con el señor von Arnim. Lo hizo en homenaje a Elisabeth Brentano von Arnim (1785-1859), escritora, activista social y buena amiga de Goethe. (*N. de la T.*). < <

[11] Giessbach: unas cataratas de Suiza, que fascinaron a Twain cuando las conoció. (*N. de la T.*). < <

[12] Farsa en un acto escrita por John Madison Morton, basada en un vaudeville francés llamado *Frisette*. Contaba la historia de dos inquilinos que vivían en la misma habitación, uno de día (Box, el tipógrafo) y otro de noche (Cox, el sombrerero). (*N. de la T.*). < <

[13] En alemán significa negro. Al llamar así al duplicado de August, Twain intensifica el juego de opuestos blanco-negro de los minstrels, que abundará en las páginas siguientes. (*N. de la T.*). <<

[14] La expresión «vienen los esqueletos» era una apertura habitual en los espectáculos de minstrel y la canción *Buffalo Gal* (que entonará enseguida el personaje que se le aparece a August) era un clásico de aquel repertorio. Twain apela al minstrel para potenciar el juego de dobles. El minstrel ridiculizaba a las personas esclavas de color, 44 trabaja como un esclavo, el mismo juego se refleja entre originales y duplicados. (*N. de la T.*). < <

[15] Primer verso de *Casabianca*, poema de la escritora inglesa Felicia Dorothea Hemans
(1793-1835)
que fue bibliografía obligatoria en las escuelas de Inglaterra y Estados Unidos durante casi un siglo, y en algún momento se convirtió en blanco de parodias. (*N. de la T.*). < <

[16] Nombre inventado por Twain, que une el de Mary Baker Eddy, fundadora de la Ciencia Cristiana, y el de Florence Nightingale, precursora de la enfermería profesional moderna. (*N. de la T.*). <<

[17] En alemán, «Que duermas bien». (*N. de la T.*). < <

[18] Constantino el Grande (306-337), primer emperador cristiano de Roma. Unificó el imperio y convocó el primer concilio ecuménico. Twain alude aquí con ironía a uno de sus decretos, en el que declaró que el Día del Sol (actual domingo) debía ser de descanso obligatorio. (*N. de la T.*). < <

[19] Nueva alusión de Twain a Mary Baker Eddy, a quien parodia a continuación. (*N. de la T.*). < <

[20] Se refiere a la Guerra Ruso-Japonesa (1904-1905), que tuvo en vilo a la opinión pública, por el impacto que causaban las terribles imágenes que mandaban los reporteros desde el frente. Cuando Mary Baker Eddy publicó el telegrama citado por Twain, se temía que Francia participara y el conflicto tuviera alcance mundial. (*N. de la T.*). <<

[21] *Vida de los doce Césares*, de Suetonio. (*N. de la T.*). < <

[22] Simón Newcomb (1835-1909), astrónomo y matemático nacido en Canadá. (*N. de la T.*). < <

[23] Phineas Taylor Barnum (1810-1891), artista circense norteamericano, recordado por sus célebres trucos en el mundo del entretenimiento. James Anthony Bailey (1847-1906) maestro de ceremonias y empresario. En 1881 fundó el *Barnum and Circus Bailey's*
con Phineas Barnum. (*N. de la T.*). < <

[24] En la batalla naval de Tsushima, que tuvo lugar entre el 27 y el 28 de mayo de 1905, la flota rusa fue aniquilada por los japoneses. (*N. de la T.*). < <

[25] Personaje de un poema popular de William Allen Butler, que hablaba de una señorita Flora McFlimsey, que no tenía qué ponerse. (*N. de la T.*). < <

[26] Robert Bruce (1274-1329), rey de los escoceses, reverenciado como un héroe nacional. A su muerte pidió a sus compañeros de armas que llevaran su corazón a Tierra Santa. Enrique el Joven (1155-1183), rey de Inglaterra, pidió que sus entrañas fueran enterradas en el monasterio de Charroux y que el resto de su cuerpo descansara en la catedral de Ruán. (*N. de la T.*). < <

[27] *La muerte de Arturo*, de sir Thomas Mallory, cuenta la historia del Rey Arturo y sus caballeros, basada en varias leyendas inglesas y francesas. El libro fue impreso por primera vez en 1485, por William Caxton, responsable de la primera imprenta que hubo en suelo inglés. (*N. de la T.*). < <